

**Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras**

**LA PRESENCIA COREANA EN LA ARGENTINA: LA CONSTRUCCIÓN
SIMBÓLICA DE UNA EXPERIENCIA INMIGRATORIA**

**Tesis de Doctorado de
MIRTA BIALOGORSKI**

ÍNDICE

PRIMERA PARTE	7
Capítulo 1	7
INTRODUCCIÓN	7
Antecedentes de la cuestión.....	7
Conceptualizaciones teóricas.....	10
Algunas consideraciones metodológicas.....	15
Hipótesis.....	17
Organización del trabajo.....	18
Capítulo 2	
EL FENÓMENO INMIGRATORIO	
COREANO EN LA ARGENTINA	20
Las causas socio-económicas y políticas de la emigración coreana.....	20
Las políticas inmigratorias en la República de Corea	22
La Argentina y la inmigración coreana	23
La Argentina y sus políticas inmigratorias respecto de los asiáticos.....	28
Los proyectos oficiales con inmigración coreana en la Argentina.....	30
Características de la inmigración coreana	31
Capítulo 3	
EL MÉTODO DE INVESTIGACIÓN	33
La aproximación a la comunidad	33
Las dificultades en el trabajo de campo.....	35
Los ámbitos de las entrevistas	39
Entrevistas a argentinos y a miembros de otros grupos minoritarios.....	40
Universo de análisis	41
Ordenamiento y análisis de la información	42

SEGUNDA PARTE

LA CONSTRUCCION SIMBÓLICA DE LA EXPERIENCIA

MIGRATORIA EN LOS INTEGRANTES DE LA COMUNIDAD

COREANA: IMÁGENES EXÓGENAS, ENDÓGENAS Y DEL VÍNCULO.... 52

Capítulo 4

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IMÁGENES EXÓGENAS.....56

Las imágenes de la Argentina en la mirada coreana	56
La Argentina y la presencia coreana	56
La Argentina y la diferencia	57
La Argentina y los grupos minoritarios.....	58
La Argentina y sus aspectos positivos y negativos.	58
La Argentina y la discriminación	59
La Argentina y la ilegalidad	61
La Argentina y la imposibilidad de progreso económico	61
La Argentina como país receptor de los beneficios del coreano	62
La Argentina, lugar de cambios	62
Las imágenes del argentino.....	63
La construcción de la imagen del argentino en cuanto a su esencia y existencia	63
La construcción de la imagen del argentino en cuanto constructor de la imagen del coreano	65

Capítulo 5

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IMÁGENES ENDÓGENAS 67

La construcción de los vínculos con el país de origen	67
Las imágenes propias	69
La “mentalidad coreana”	71

La construcción de la propia imagen a partir de los rasgos fenotípicos	73
Nosotros, los inmigrantes coreanos.....	74
Áreas de procedencia, tipo de inmigración	75
Las distintas imágenes del inmigrante coreano hacia el interior del grupo	77
La permanencia en la Argentina	78
Las imágenes de la comunidad coreana	79
La comunidad y el trabajo	80
La comunidad y sus instituciones	80

Capítulo 6

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IMÁGENES DEL VÍNCULO

CON EL CONTEXTO ARGENTINO	84
Afincarse en Buenos Aires.....	84
Un trabajo en la Argentina.....	88
El ámbito textil	91
Los empleados	95
Los proveedores y locadores	98
La actividad profesional	100
El tiempo de ocio	101
Los coreanos se “adaptan”, se “argentinizan”, se “integran” y se “identifican” con el contexto argentino	102
Los coreanos se comunican con el contexto argentino.....	108
Las diferencias lingüísticas	110
Las diferencias culturales	113
Educarse en la Argentina	116
La valoración del estudio	118
Educación y compromiso con el país..	120
Las relaciones interpersonales en el ámbito escolar	121
La posibilidad de establecer vínculos afectivos con los argentinos.....	122
El noviazgo	123

El matrimonio.....	124
Los coreanos perciben la respuesta de los argentinos Frente a su presencia	125

TERCERA PARTE

LA MIRADA DEL OTRO: LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN DEL GRUPO COREANO EN EL DISCURSO ARGENTINO.....129

Capítulo 7

ELLOS, LOS COREANOS	131
Las imágenes de los argentinos acerca de los vecinos coreanos	136
Diversas miradas sobre los coreanos en el ámbito educativo.....	138
El alumno coreano en el Colegio Nacional de Buenos Aires	142
Las imágenes del inmigrante coreano.....	145

Capítulo 8

LOS COREANOS, UN ENIGMA CONVERTIDO EN LEYENDA URBANA	147
La leyenda en sí.....	148
Ajenidad	149
Espionaje	150
Ocultación/no ocultación	150
Agresión	151
La leyenda y su vinculación con la actividad laboral.....	151
Ajenidad	151
Espionaje	152
Ocultación /no ocultación	153

Agresión	153
----------------	-----

Capítulo 9

LA IMAGEN DE LOS INMIGRANTES COREANOS

EN EL DISCURSO PERIODÍSTICO.....	157
---	------------

Asentamiento urbano	158
---------------------------	-----

Tradiciones	159
-------------------	-----

Lengua	159
--------------	-----

Hábitos Alimenticios	160
----------------------------	-----

Trabajo.....	160
--------------	-----

A MODO DE CONCLUSIÓN.....	164
----------------------------------	------------

BIBLIOGRAFÍA	169
---------------------------	------------

PRIMERA PARTE

Capítulo 1 INTRODUCCIÓN

El objetivo general de este trabajo es acceder a la significación que adquiere para los integrantes de la comunidad coreana instalada en Buenos Aires su experiencia migratoria en la Argentina, tal como resulta construida en su universo discursivo a partir de sus propios mecanismos cognitivos, en contrastación con la construcción que de la misma realizan los integrantes de la sociedad receptora. La finalidad es identificar el conjunto de rasgos y relaciones posibles con los que resulta configurado el fenómeno migratorio para dicha comunidad estableciendo sus modalidades de inserción e interrelación en ámbitos diferentes del escenario argentino. Se procura de este modo, dar cuenta de las zonas de proximidad, distancia o ruptura en las diversas áreas de la convivencia y arribar así a un modelo no apriorístico de la identidad de este grupo en su actual contexto.

Antecedentes de la cuestión

Este trabajo es el resultado de una investigación que comencé en el año 1989 como becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y que se extendió con ese apoyo hasta 1998.

El primer contingente de inmigrantes procedentes de la República de Corea del Sur arribó a la Argentina en 1965 constituyendo el germen de una pequeña comunidad que, tras un cambio de proyectos de desarrollo rural, decidió instalarse en la Capital Federal. Paulatinamente sus límites se fueron ampliando con la incorporación de nuevos miembros, adquiriendo fuerte presencia hacia mediados de la década del 80 en que un número relativamente importante se sumó a los grupos anteriores. Esta llegada respondió a un Tratado Bilateral firmado en 1985 entre los gobiernos de Corea del Sur y de la Argentina. El primero, acorde con su política de fomento de la emigración, el segundo, estableciendo en el marco de una política inmigratoria restrictiva, la implementación de una “inmigración condicionada” que sólo concedería residencia a “profesionales o técnicos especializados, empresarios u hombres de negocios,

científicos, profesores, religiosos, escritores, padres, hijos o cónyuges de argentinos y a migrantes con capital propio suficiente” (Novick 1997:115).

La mayor parte de los inmigrantes recién llegados se incorporó al ámbito comercial y al de la pequeña y mediana empresa textil, fundamentalmente familiar, cuya base había establecido el primer contingente en la década anterior. Este tipo de inserción generó redes diversas de interacción no sólo con los argentinos sino con otros grupos minoritarios, sobre todo, argentinos de origen judío y bolivianos con quienes el contacto se estableció a nivel laboral y vecinal desde el inicio de la vida del grupo en Buenos Aires.

A estas particularidades hay que agregar que se trataba de un grupo con una cultura, una fisonomía y un lenguaje marcadamente distintos a los de la sociedad receptora y con pautas claramente diferenciales en la construcción del mercado laboral. En la sociedad argentina, advertimos, no pasaban desapercibidos sus rostros, su idioma, su concentración residencial y comercial en determinados espacios urbanos, los barrios capitalinos de Flores y Once. Sus hábitos sociales, religiosos, alimenticios y laborales e, innegablemente, sus proyectos de vida y sus planes en este país despertaban curiosidad. Si bien esta inmigración no fue numéricamente significativa (la instancia de mayor flujo no superó las cuarenta mil personas) su presencia aparece definida en el decir cotidiano de diferentes sectores y en el discurso mediático de la sociedad argentina como una presencia tan ajena como visible e invasora al punto de ser identificada como “el fenómeno coreano”, “la invasión coreana” o “la ola amarilla”.

Cuando iniciamos nuestra investigación, en 1989, al margen de algunos artículos periodísticos, sólo hallamos un trabajo que ofrecía datos generales y oficiales relativos a esta inmigración. Se trataba de un artículo de Rodolfo Martín Saravia, que formaba parte de un libro en el cual se reunieron las ponencias presentadas en las Primeras Jornadas Argentinas de Estudios Coreanos, organizadas por el Instituto de Estudios Coreanos y el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Comparadas Oriente-Occidente, en la Universidad del Salvador de la ciudad de Buenos Aires (García Daris 1988). Esta situación comenzó a cambiar hacia principios de los 90 en que algunos investigadores sociales se volcaron a esta problemática con distintos objetivos y con miradas y énfasis también diferentes. Para el contexto argentino podemos citar algunos trabajos que se ocuparon de la inmigración coreana sobre todo a partir de 1993. El de mayor sistematicidad es el que lleva a cabo Carolina Mera, proveniente del campo de

las Ciencias Sociales, que se centra en la inmigración coreana instalada en Buenos Aires desde la perspectiva de la Etnología Urbana (1998). Existen además, distintos trabajos que toman al grupo coreano como estudio de caso en relación con problemáticas puntuales. Nos referimos por ejemplo, al de la socióloga Martha Panaia (1995) quien da cuenta del modelo de inserción económico- laboral de esta comunidad en la Argentina, que caracteriza como “enclave étnico”. Por su parte, el antropólogo Mario Pitluck dio a conocer en dos artículos (1993; 1995) los resultados de una investigación que desarrolló a instancias de un pedido de peritaje sociocultural realizado por un Juzgado de Instrucción de la Capital Federal, con el objetivo de aportar elementos para el esclarecimiento de la causa seguida a un miembro de la comunidad coreana acusado de homicidio a un connacional. En 1998 se publica en *Voces Recobradas, Revista de Historia Oral*, un artículo de Liliana Barela, Mercedes Míguez, Martín Cremonte y Diana Milstein que relata una primera experiencia llevada a cabo en el barrio capitalino de Flores, con el objetivo de estudiar la relación identidad- alteridad a partir de una metodología de historia oral. Finalmente, mencionamos el estudio sobre inmigrantes coreanos realizados en el marco de un proyecto UBACyT, financiado por la Universidad de Buenos Aires (1994-1997) en el que se abordó entre otras, la situación de los niños coreanos en la escuela (Neufeld y Thisted 1999; Sinisi 1994; 1997) y el discurso de la prensa acerca de estos migrantes que, se sostiene, se vincula con lo que ocurre en las aulas (Neufeld, Courtis y Santillán 1999).

Con respecto a estudios etnográficos realizados sobre la inserción de otras colectividades conformadas por inmigrantes de ultramar y su problemática de vinculación con la sociedad argentina, interesa señalar una serie de investigaciones realizadas desde perspectivas encuadradas en su mayor parte, en el marco de los estudios étnicos. Leopoldo Bartolomé (1977) lleva a cabo un estudio de la colonia agrícola polaco- ucraniana de Apóstoles situada en la provincia de Misiones, en el que pone a prueba los conceptos de articulación social e integración para explicar la pérdida de su carácter étnico-cultural en relación con la actividad productiva desarrollada por sus integrantes. Horacio Sabarots (1987) analiza la identidad étnica de migrantes japoneses instalados en la provincia de Buenos Aires. También se ocupa de la colectividad japonesa en la Argentina, Isabel Laumonier (1987, 1989, 1995) aunque desde una posición que enfatiza más bien una visión histórica de la inserción del grupo o bien, los aspectos identitarios de los argentinos, descendientes de japoneses que en los

últimos años han decidido reemigrar por razones laborales, a su país de origen. Rosana Guber (1984) se ocupa de la identidad de los inmigrantes judíos ashkenazíes en la Argentina. Daniel Bargman (1992 a,b) analiza las relaciones interétnicas en las colonias judías en el contexto nacional y hace un aporte al estudio de la adscripción étnica centrándose en la noción de legitimación, en referencia al grupo judío. Por su parte, Leonor Slavsky (1993) relaciona las creencias y rituales de la muerte en dicha comunidad con los cambios ocurridos a nivel de su identidad étnica. Eleonora Smolensky, con la colaboración de Vera Jarach (1999), analiza el juego de las identidades judía e italiana en miembros de ese sector de la colectividad en la Argentina, emigrados entre 1938 y 1948 (antes o inmediatamente después de la segunda guerra mundial), a partir de la reelaboración en historias orales de tal acontecimiento.

Cabe señalar que la mayor parte de estos trabajos se llevan a cabo en la Argentina en un momento de amplia repercusión en el ámbito académico local de los enfoques sobre etnicidad, sobre todo en relación con la situación indígena. Prueba de ello es la publicación de tres compilaciones sobre esta problemática, *Identidad e identidad étnica* (1988), *Procesos de contacto interétnico* (1987) y *Etnicidad e identidad* (1992)¹.

Conceptualizaciones teóricas

Ante la presencia coreana en el contexto argentino se me plantearon como antropóloga, distintos interrogantes: ¿qué significaba para los integrantes de dicha comunidad migrante instalarse en el contexto argentino?; ¿quiénes eran para ellos, esos otros con quienes deberían comunicarse e interactuar en un mismo espacio histórico, experiencial y simbólico?; ¿cómo identificar, comprender y explicar en ese cruce de alteridades, en ese proceso de mutua adecuación, las particularidades que adoptaba la vinculación entre coreanos y argentinos con sus zonas de mayor o menor aproximación, alejamiento o ruptura que suponía, se estaban construyendo en el discurso de unos y otros?

¹ Para un abordaje crítico de los Estudios étnicos ver Ringuet (1987;1992); Tamagno (1988); Briones (1998), Trinchero (2000) y Vázquez (2000)

Decidí encarar el problema centrándome en la significación que iban adquiriendo las distintas instancias mediante las cuales estaba produciéndose el proceso de incorporación del grupo coreano, entendiendo por **significación** al conjunto de múltiples interpretaciones sociales elaboradas por los distintos actores intervinientes materializadas en sus respectivos discursos.²

Consideré la noción de **discurso** en su dimensión de **práctica social** constituyendo y construyendo el mundo en significado (Foucault 1973; Fairclough 1992; Hall 1995). Concretamente como una práctica social “con eficacia para la efectiva producción y/o reproducción del conjunto de representaciones perceptuales e interpretaciones conceptuales vigentes en una sociedad en un momento dados, soporte material asimismo, de las operaciones cognitivas que vinculan unas y otras” (Magariños de Morentin 1996:252).

Uno de los objetivos que me planteé para este trabajo fue la búsqueda de líneas de tratamiento de la información a efectos de que el mismo no estuviese ya sesgado por consideraciones subjetivas de la investigadora o por categorías teóricas previas, las que, conociéndolas, dejé provisoriamente a un lado, a fin de ver si, como resultado del análisis, aparecían y de qué manera. Procuré asimismo efectuar de modo permanente, una evaluación crítica del procedimiento elegido. Más allá del éxito de este objetivo, mi intención fue acercarme a un análisis del discurso como “acontecimiento” en sentido foucaultiano, es decir, como el efecto de una dispersión de enunciados³ que construyen objetos, significados, conceptos y cuya organización nos remitiría a las formaciones discursivas⁴ vigentes en la comunidad coreana y en la sociedad argentina.

² Existen diversas acepciones para la noción de significación en la teoría semiótica, “producción de sentido”, “sentido producido”, “sentido articulado” (cfr. J. Greimas y Courtes (1979), pero la definición por la cual optamos en este trabajo es una noción operativa que busca establecer cómo a partir de un conjunto de rasgos materializados en el discurso se construye el significado de un determinado fenómeno social. Se distancia así de la “significación conceptual” entendida como aquella valoración que viene predefinida desde distintos “sistemas simbólicos”, enfoque que al sostener que la verdad y la falsedad están establecidas a priori, conduciría a un análisis hermenéutico de todo texto y de la interpretación que se le atribuye (Magariños de Morentin, www.archivosemiótica.com).

³ En *El orden del discurso* (1970:47-9) Michel Foucault sostiene que “los discursos deben tratarse primeramente como conjuntos de acontecimientos discursivos...”. El acontecimiento discursivo “consiste en la relación, la coexistencia, la dispersión, la intersección, la acumulación, la selección de elementos materiales; no es el acto ni la propiedad de un cuerpo; se produce como efecto de y en una dispersión material”.

⁴ Michel Foucault en *La arqueología del saber* (1973:62) define a la formación discursiva como “el sistema de dispersión de enunciados cuando entre sus objetos, tipos de enunciación, conceptos, elecciones temáticas, se puede definir una regularidad (un orden, correlaciones, posiciones de funcionamiento, transformaciones)”.

Cuando decimos discurso no nos referimos sólo a expresiones verbales (orales o escritas) sino también a los distintos lenguajes (o sistemas de signos) visuales e indiciales que construyen el universo de las significaciones. Si bien en mi investigación he tomado únicamente el aspecto verbal del discurso entendemos que el origen de toda verbalización es una intersemiosis de lenguajes. Cabe aclarar que lo que hace perceptible e identificable a cualquier fenómeno que emerge es el hecho de ser enunciable en alguna de las semiosis vigentes (indicial, visual, verbal). La semiosis verbal dice a todas esas otras pero esto no significa que aquéllas no existan con eficacia fuera de la palabra.

Partimos de la idea de que el mundo en el cual está inmerso el hombre, acerca del cual habla y al hablar del cual se construye a sí mismo, construye a los demás y es construido por los otros, es un mundo ya interpretado a partir de alguna de las materias primas semióticas disponibles⁵.

El inmigrante coreano se encuentra en el contexto argentino con una multiplicidad de discursos (normas, pautas, comportamientos, imágenes, gestos) frente a los cuales por aceptación, rechazo o transformación construirá sus propias interpretaciones, sus propios mundos semióticos posibles⁶ y de esta manera, su subjetividad, la identidad de los otros no coreanos y la vinculación con el contexto argentino.

⁵ Desde este enfoque consideramos que ningún fenómeno social debe ser visto como un dato a priori, como un fenómeno en sí, pues una vez captado por el investigador, al describirlo ya lo ha interpretado en alguna de las semiosis. Este trabajo se inscribe en una perspectiva constructivista que tiene sus antecedentes en distintas líneas de trabajo: en la sociología del conocimiento científico (Berger y Luckman 1966); en la lingüística (Whorf y Sapir 1956); en etnometodología (Sacks 1963, Garfinkel 1967); en la semiología (De Saussure 1972 y Barthes 1977) y en el posestructuralismo (Lyotard 1984, Derrida 1976 y Foucault 1972) (cfr. Potter (1998). Estudios más recientes que provienen de la filosofía, la lingüística y la sociología, preocupados por explicar el modo en que existen los hechos sociales como los de Searle (1997), Potter (1998), Bourdieu (1997) pueden encuadrarse asimismo, con diferencias y matices, en esta perspectiva. También podemos hablar, desde este enfoque, de un constructivismo respecto de los hechos científicos, ya que tampoco son dados ni tienen una existencia independiente de los sujetos, de sus prácticas y de sus aparatos cognoscitivos y herramientas conceptuales. “La tesis constructivista fundamental es que el contenido del conocimiento y de las teorías científicas está determinado por el marco conceptual o el paradigma que comparten los miembros de una comunidad, el que presuponen en sus prácticas y en sus aproximaciones a la realidad para conocerla y para interactuar con ella” (Olivé 1999:115) (cfr. Gardin 1987).

⁶ La noción de "mundos semióticos posibles" se refiere a “aquel conjunto constituido por un texto y sus posibilidades de interpretación que tienen a su disposición (con relativa permanencia) o que construyen (coyunturalmente) los integrantes de una determinada sociedad” (Magariños de Morentin 1996:432). En tanto “mundo posible”, este concepto proviene del campo de la lógica modal. Según Hughes y Creswell (1973:73) el término “mundo” hace referencia a un estado de hechos concebible o imaginable. Y “mundo posible” a un mundo (un estado de hechos concebible o imaginable) que se da a partir de otro: son las variaciones posibles a partir de una estructura determinada (Hughes y Creswell 1973). Ver también Hintikka (1969); Partee (1989); Kuhn (1989); Eco (1989).

A modo de hipótesis operativa, entendemos por **subjetividad** la construcción que el sujeto realiza de sí mismo en su propio discurso, no como individuo en tanto entidad psicológica, sino como sujeto social plegado a los discursos de su época histórica (Díaz 1996). En este sentido, la subjetividad es una elaboración del propio sujeto en función de su capacidad de construirse a sí mismo y a los demás, en el contexto en el que está inserto y que le impone perspectivas, modos de ver y modos de construir, es decir, de interpretar. Una parte de esa subjetividad se refiere a la interacción social, esto es, a cómo se ve a sí mismo actuando y cómo ve actuando a los demás.

Dentro de las distintas semiosis y de los juegos de poder que están vigentes en un determinado momento en una sociedad, el sujeto va construyendo su subjetividad en la medida en que combina fragmentos de las distintas opciones discursivas disponibles. El sujeto se define así de acuerdo con su modo de configurar el mundo habida cuenta del conjunto de condiciones de posibilidad (e imposibilidad) para la producción discursiva que le da su sociedad (Terán 1985). Se trata de un sujeto plural, no de un sujeto trascendente, ni unitario ya que resulta segmentado en una diversidad de posiciones, en la dispersión de las formaciones discursivas de las que participa⁷.

Por **identidad** entendemos aquí la construcción que, por contraste, los sujetos atribuyen a los otros sujetos al integrarlos en los diversos discursos relativos a la sociedad, o sea, como resultado de la interacción de discursividades. En contraposición con una noción esencialista, se trata de una identidad que se configura de manera múltiple y contradictoria a través de los discursos y otras prácticas sociales y de las posiciones de los sujetos⁸ moviéndose en un universo de planos todos ellos

⁷ Foucault (1984:90) sostiene que "(...) se busca (en el discurso) más bien un campo de regularidades para diversas posiciones de subjetividad. El discurso concebido así no es la manifestación majestuosamente desarrollada de un sujeto que piensa, conoce y lo dice: es por el contrario, un conjunto donde pueden determinarse la dispersión del sujeto y su discontinuidad consigo mismo".

⁸ Nuestra perspectiva sobre la identidad se aproxima en este punto a la planteada por Hall y Du Gay (1995:6) en cuanto afirman que "los discursos particulares y los procesos que producen subjetividades nos construyen como sujetos que pueden ser hablados", refiriéndose así a un ser dicho desde afuera y, agregamos nosotros, desde los propios sujetos. Coincidimos además con el enfoque de estos autores en cuanto aluden a la noción de identidad como una construcción dentro y no fuera del discurso, localizable por lo tanto histórica e institucionalmente, dentro de formaciones y prácticas discursivas y por medio de estrategias enunciativas específicas. Identidad, afirman, que está en constante cambio y transformación y que surge dentro del juego de modalidades específicas de poder y por lo tanto es "más el producto de la marcación de la diferencia y la exclusión, que signo de una unidad idéntica, naturalmente construida" (1995: 5). En su libro *De la subjetividad en el lenguaje* (1985[1966]:180) Emile Benveniste afirma que "es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como sujeto; porque sólo el lenguaje funda en realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto de "ego". Para él, esta subjetividad, "póngase en fenomenología o en psicología..." no es más que la emergencia en el ser de una propiedad fundamental del lenguaje. Es ego quien dice ego. Encontramos aquí el fundamento de la subjetividad que se determina por el estatuto lingüístico de la

interpretados y combinando diversos elementos. Hablamos por lo tanto, de identidades relacionales y diferenciales⁹.

Planteamos un tipo de análisis en el cual la subjetividad y las identidades se pueden entender no como elementos independientes aunque con una relativa autonomía dada por el mayor peso del discurso del “otro” en las últimas y un mayor peso del discurso propio en la construcción de la subjetividad¹⁰.

Esta propuesta se inscribe en una formulación localista que permite encontrar los matices que dan individualidad al fenómeno de la presencia coreana en el escenario argentino actual, en términos de un modelo vivencial del grupo.

En base al juego de subjetividades e identidades relacionales y diferenciales, hemos organizado nuestro trabajo en función de tres enfoques concurrentes: la construcción de las **imágenes exógenas**, la construcción de las **imágenes endógenas** y la construcción de las **imágenes del vínculo**¹¹.

"persona". En este sentido, a nivel operativo el registro de los pronombres indicadores de la primera persona (singular y plural) en nuestro material discursivo, nos ha permitido atender a la construcción de la subjetividad del inmigrante coreano.

⁹ Decimos *identidad relacional* en cuanto es el producto de la interrelación de discursividades que configuran las imágenes propias y de los otros. Decimos *identidad diferencial* en cuanto toda construcción identitaria en la interacción social, supone un contraste con un otro distinto, en términos de que no hay identidad sin diferencia. Dentro del campo antropológico los procesos de interacción étnica se definen ya desde los años 70, como oposición de identidades contrastativas en el marco de sistemas sociales particulares (Barth 1969; Cohen 1974; Cardoso de Oliveira 1976) El carácter contrastativo se ha dado, según Vázquez (2000:60) a partir de oposiciones como en el caso de Barth y de Cardoso de Oliveira, o bien a partir de contradicciones, como en su propia perspectiva. La noción de identidad diferencial, en otros campos como en el de la folklórica, fue introducida por el norteamericano Bauman (1972). En la Argentina, Blache y Magariños de Morentin (1980, 1986, 1992) entienden por identidad diferencial, el efecto de significación que produce la circulación en un grupo social de determinados mensajes producidos e interpretables a partir de códigos específicos que contrastan con los vigentes en otros sectores con los que interactúan y cuya extensión delimita a un grupo folklórico.

¹⁰ Somos, no obstante, conscientes de la dificultad de establecer límites entre subjetividad e identidades dado que esa subjetividad es también una respuesta a dichas identidades que el sujeto logra construir en función de cómo se ve construido.

¹¹ Con relación a las nociones “imágenes endógenas y exógenas” y la construcción simbólica que los sujetos sociales elaboran respecto de las imágenes propias y ajenas, encontramos un punto de contacto con un concepto propuesto por William Hugh Jansen (1959), el “factor exotérico- esotérico” en referencia a una de las dimensiones intragrupal del Folklore. “Lo esotérico, dice el autor, se aplica a lo que un grupo piensa de sí mismo y a cómo supone que otros piensan de él. El exotérico es lo que el grupo piensa de otro y lo que piensa que otros piensan que él piensa” (1959:7) El encuentra estos factores en lo que considera “los géneros tradicionales del folklore” (narrativas, canciones, creencias, proverbios, adivinanzas, etc.” (Ibid:9). Sostiene, además, que “el aislamiento o la falta de comunicación” de un grupo favorece la aparición del “factor exotérico- esotérico” en su folklore (ibid:15).

Con respecto a nuestra propuesta, observamos que estos conceptos, en primer lugar, son atribuidos a determinados géneros discursivos; en segundo término, no contemplan la construcción simbólica que los sujetos sociales elaboran respecto del vínculo, más bien este enfoque parece negar la génesis de los mismos en situación de interrelación grupal. Finalmente, al circunscribir este fenómeno únicamente hacia la interioridad de un grupo, deja a un lado la posibilidad metodológica de un análisis contrastativo tanto de las imágenes vinculares como de las endógenas (“esotéricas”) y exógenas (“exotéricas”).

Denominamos **imágenes exógenas** a aquéllas en las que, en el discurso del propio coreano, adquiere peso predominante la construcción del otro no coreano, tanto en referencia al nuevo contexto (“la Argentina” genérica) como a sus habitantes (“los argentinos”) y a sus actividades, sus “formas de ser y existir” configurando de este modo, la imagen coreana de una **identidad** argentina.

Denominamos **imágenes endógenas** a aquéllas que emergen en el discurso coreano en las que, por el contrario, predomina la construcción que realizan los sujetos acerca de sí mismos en relación con su historia, su cultura, sus actividades en su situación actual (de inmigrante en este país) o pasada (en su país de origen) dando cuenta de la configuración de **subjectividades**.

Finalmente, nos referimos a las **imágenes del vínculo**¹² como aquellas manifestaciones que surgen del propio discurso coreano, en las que prevalece la construcción de la **interrelación** entre coreanos y no coreanos que, como veremos, son tanto argentinos como miembros de otras minorías migrantes, en espacios de contacto necesarios. Es decir, en las que los sujetos se ven a sí mismos actuando y ven actuar a los demás en situaciones concretas. Es en la interacción con los otros sujetos en términos de circunstancias o emociones, o frente a distintos ámbitos (institucionales o no) de la sociedad receptora, en donde se van construyendo las **identidades** y **subjectividades**. En este sentido es que afirmamos que los sujetos no hablan ya sólo de sí mismos ni de los otros sino de la relación. Si bien emergen las subjectividades no obstante, respecto de las imágenes endógenas y exógenas enfatizamos en esta perspectiva, el **predominio en la construcción de la conexión**, o sea, en la **construcción de la imagen del vínculo**.

Algunas consideraciones metodológicas

A partir de un intenso trabajo de campo, el universo de análisis quedó constituido por **cuarenta y siete entrevistas** realizadas a miembros de la comunidad coreana grabadas y transcritas, y una serie de entrevistas que giraron en torno a la

¹² Propongo la expresión *imágenes del vínculo* de manera tentativa y exploratoria de la entidad antropológica que puede representar en cuanto hace foco en la configuración de un tipo de relaciones entre los sujetos sociales que exceden lo puramente exógeno y endógeno estableciendo la conexión, lo que me parece un instrumento de importancia para abordar la construcción de casos concretos de interrelación.

traducción de un libro acerca de la historia de la inmigración coreana en la Argentina elaborada por uno de los miembros de la comunidad, (Lee Kyo Bum 1990). Incluimos asimismo, una serie de **notas periodísticas** de dos diarios comunitarios que nos fueron traducidas. Como material de contraste, ya que consideramos que todo discurso sólo es significativo en relación a otros a los que se contraponen en tanto formas valoradas diferencialmente, recurrimos al discurso de representantes de la **sociedad argentina** que tuvieran algún contacto con miembros del grupo coreano, entre ellos a comerciantes judíos, docentes, vecinos del barrio de residencia, clientes y empleados de autoservicios coreanos. Rastreamos en este caso, aquellos aspectos que según nuestro registro, habían surgido entre los miembros del grupo coreano con el fin de establecer la valoración diferencial. Agregamos a este material el discurso mediático por medio de la recopilación y análisis de **artículos de prensa** provenientes de los principales periódicos nacionales en los que aparecía el inmigrante coreano como protagonista, con el fin de analizar cómo era construida su imagen desde la perspectiva de la sociedad receptora.

La mayor parte de las **entrevistas** fueron planteadas desde un enfoque cognitivo y también foucaultiano, de manera abierta, tratando de que los entrevistados tuvieran la libertad de adoptar sus propios puntos de vista y no que fueran orientados de un modo u otro, por el interés de la investigación. Por eso resultó esencial considerar las temáticas introducidas por cada uno de ellos con sus intereses particulares. Era fundamental ver hacia dónde encaraban la conversación, qué aspectos les interesaban o creían conveniente plantear, con qué los asociaban y/o qué les evocaban. Importaba además, no sólo registrar los aspectos referidos sino también de qué manera los construían discursivamente: qué afirmaban o negaban del nuevo contexto, qué pensaban, suponían, esperaban o no, en su condición de inmigrantes. El tomar en cuenta estas modalizaciones nos permitiría ir estableciendo los diversos posicionamientos de los integrantes de la comunidad y acceder a las diferencias hacia la interioridad del grupo. Diferencias que en un primer análisis aparecían desdibujadas cuando no ausentes, configurando una imagen monolítica de comunidad, que parecía, de manera contradictoria subsumir la subjetividad en la homogeneidad y borrosidad del sujeto.

Entender los discursos como “prácticas que construyen sistemáticamente los objetos de que hablan y no meramente como conjuntos de signos (elementos significantes que envían a contenidos o a representaciones)” (Foucault 1973:81), me

permitiría atender a la construcción de significados, valores, conceptos asociados por los mismos actores sociales a los diferentes ámbitos de la convivencia. Por tal razón, recurrimos como método analítico a una aproximación textual basada en la semiótica cognitiva¹³ y el análisis del discurso¹⁴ buscando identificar los mundos semióticos posibles vigentes en la comunidad coreana en contraste con los vigentes en la sociedad argentina.

Creamos para el registro de la información, una base de datos cualitativa, que fue elaborada y reelaborada conforme a cada uno de los requerimientos de la investigación.

Hipótesis

El proceso de inserción e interrelación de la comunidad coreana con la sociedad argentina mostraría el esbozo de una etapa diferente en la historia de los fenómenos migratorios ya que frente a una explícita voluntad de mantener la cohesión cultural originaria, dicho proceso tomaría la forma de una dispersión de intereses y compromisos, con afinidades, distanciamientos y contradicciones puntuales en los diferentes ámbitos de la convivencia.

¹³ La semiótica cognitiva (Langacker 1987, 1991; Jackendoff 1983, 1987, 1993) permite dar cuenta de los procesos de producción de la significación en función de tres supuestos fundamentales: a. no hay semántica sin sintaxis; b. todo lo efectivamente dicho se corresponde con una posibilidad de decirlo preexistente y c. estas posibilidades de decir no son individuales sino que se comparten con la comunidad a la que pertenece el productor del texto. Cuando hablamos de cognitivismo nos referimos a las ciencias cognitivas que se desarrollan en los Estados Unidos a partir de la década de 1960 (cfr. Gardner 1996, 1987). En la actualidad un grupo de investigación interdisciplinario reunido en la *Association pour la Recherche Cognitive* de la Universidad francesa de Poitiers, está desarrollando un programa sobre producción verbal y resolución de problemas, a partir de una posición constructivista que procura caracterizar el proceso cognitivo a partir de recuperar operaciones cognitivas en producciones lingüísticas. El análisis realizado sobre marcadores lingüísticos se aproxima a los desarrollos de la Metodología semiótico-constructivista y es también análogo al programa metodológico de Foucault (1972).

¹⁴ El análisis de discurso por el que optamos es una metodología cualitativa cuyo objetivo consiste en establecer el contenido semántico de los conceptos correspondientes a los términos efectivamente utilizados en determinados textos, cuyo análisis se considera de interés para el investigador. Proviene, por una parte, del estructuralismo norteamericano, a través de los continuadores de la obra de Harris (1954) y por otra, de la escuela francesa de análisis del discurso originada en los trabajos lingüísticos de Pecheux (1969, 1975) y en las reflexiones sobre epistemología de la historia y crítica del discurso de Foucault (1969, 1971), todo ello continuado por lingüistas, sociólogos y politicólogos vinculados a la revista *Langages*. En sus aspectos más actuales se basa en los desarrollos de la lingüística cognitiva realizados, entre otros por Jackendoff (1983, 1987, 1993), Langacker (1987, 1991), Lakoff & Johnson (1980) y Lakoff (1987). Fundamentalmente, se diferencia del análisis de contenido al no admitir conocimiento a priori de ninguna clase en cuanto al contenido semántico del lenguaje, sino que se propone explicar respecto de cada término, de qué modo construye tal contenido o significación en función de su uso en el contexto material en el que aparece (Magariños de Morentin 1998:234-6).

Organización del trabajo

El trabajo consta de tres partes: en la primera, que corresponde a la Introducción y que está dividida en tres capítulos, desarrollamos, como ya hemos visto, las conceptualizaciones teórico- metodológicas que orientaron esta investigación. Básicamente partimos de las nociones de **significación, discurso** y de las categorías que definimos como **imágenes endógenas, exógenas y del vínculo** en relación con la configuración de imágenes emergentes del universo discursivo coreano y argentino (**Capítulo 1**).

El arribo de inmigración coreana a la Argentina, como uno de los destinos posibles, no ha sido un hecho azaroso. Por un lado, se ha enmarcado en los movimientos poblacionales internacionales actuales pero, sobre todo, ha sido resultado de políticas emigratorias puestas en vigencia en el país de origen, Corea del Sur, coincidentes en un determinado momento – la década del 80 – con políticas a nivel nacional de atracción de inmigración con ciertas características. En el Capítulo 2, hacemos referencia a este proceso y lo ubicamos en un breve panorama, en el contexto de la historia de la inmigración en nuestro país. Vemos como la inmigración coreana denominada “nueva inmigración” lo es precisamente en relación con la europea, ya detenida en el tiempo, y la limítrofe, con plena presencia, ambas consideradas tradicionales. Pero comparte su carácter “novedoso” con el de otros grupos asiáticos como los taiwaneses y chinos continentales y con inmigrantes latinoamericanos, fundamentalmente peruanos y en menor medida brasileños. El grupo coreano va a establecer contacto laboral desde su llegada, con inmigrantes bolivianos y con descendientes de aquellos judíos que formaron parte de la gran oleada migratoria de principios del siglo XX y de posguerra.

Focalizado nuestro estudio en el caso coreano, aunque considerando particularmente estas vinculaciones, damos cuenta en el Capítulo 3 del método de investigación, es decir, de nuestra aproximación a la comunidad y de la vinculación con nuestros entrevistados, no sólo coreanos, sino también argentinos, argentinos de origen judío y bolivianos. Asimismo explicamos en esa sección, el proceso de ordenamiento y análisis de la información que implementamos.

“La construcción simbólica de la experiencia migratoria en los integrantes de la comunidad coreana: imágenes exógenas, endógenas y del vínculo” es el eje central del trabajo y título de la segunda parte que se subdivide en tres capítulos en función de los enfoques concurrentes mencionados: **“La construcción de las imágenes exógenas”** (Capítulo 4), **“La construcción de las imágenes endógenas”**(Capítulo 5) y **“La construcción de las imágenes del vínculo”** (Capítulo 6), emergentes del juego de subjetividades e identidades relacionales construidas en el universo discursivo del grupo coreano. Es importante adelantar que la separación planteada responde al criterio de predominio de uno de los enfoques sobre los demás en las distintas construcciones, lo cual no supone la ausencia de los otros, ya que se da más bien una concurrencia y una implicación mutua.

En la tercera parte de este trabajo, abordamos el juego de imágenes exógenas, endógenas y del vínculo que se elaboran en el **discurso argentino acerca del inmigrante coreano** lo cual nos permite establecer el valor diferencial que adquiere la experiencia migratoria de la comunidad coreana en este contexto. Se constituye por lo tanto en un eje de contraste fundamental respecto de las imágenes exógenas, endógenas y del vínculo construídas en el discurso coreano. Consta de tres capítulos titulados **“Ellos, los coreanos”**, **“Los coreanos, un enigma que se convierte en leyenda urbana”** y **“La imagen de los inmigrantes coreanos en el discurso periodístico”**. Los dos primeros se analizan en base a la intervención sobre material de entrevistas. El tercero, se desarrolla a partir del análisis de material proveniente de los principales periódicos de circulación nacional en los que se registran referencias a la comunidad coreana argentina.

Capítulo 2

EL FENÓMENO INMIGRATORIO COREANO EN LA ARGENTINA

Las causas socio- económicas y políticas de la emigración coreana

La inmigración coreana, uno de cuyos destinos ha sido la Argentina, puede considerarse dentro de las actuales conceptualizaciones de la migración (Russell 1994; Massey et.al. 1993), una **inmigración laboral** tanto en sentido amplio del concepto, - dado que involucra a personas que tarde o temprano buscarán trabajo en los nuevos contextos y tendrán, en consecuencia, un efecto en el mercado laboral-, como en sentido restringido, pues depende del deseo personal o familiar del inmigrante por encontrar trabajo fuera de su país de origen. Esta decisión puede, no obstante, contar con apoyos oficiales como ocurrió en parte en el caso que nos ocupa. Sucede que la determinación de migrar no es un mero hecho individual e independiente del contexto. Los movimientos poblacionales se vinculan con la racionalidad de los sistemas sociales que determinan estructuralmente y en circunstancias históricas dadas, los tipos de migración que acontecen (Lattes 1983). Así entendidos, estos fenómenos se presentan como la manifestación de problemas estructurales más profundos derivados del estilo particular de desarrollo que adoptan los países expulsores habida cuenta de su posicionamiento en el nuevo orden mundial. En este sentido observamos que el proceso migratorio en Corea del Sur que se inició a comienzos de 1960 se desarrolló paralelamente a una rápida integración de este país a la economía capitalista mundial. De ser una de las sociedades agrarias más pobres del mundo, Surcorea se convirtió en los últimos treinta años en un país con una rápida industrialización, producto de la implementación de programas oficiales dirigidos a cambiar su estructura económica. Hacia 1961 sufría el tipo de dificultades comunes a las naciones menos desarrolladas: a una extrema pobreza se sumaban el crecimiento de la población a un ritmo desaforado (3% anual), un elevado nivel de desempleo y la ausencia de tasas de exportación dignas de mención; la economía dependía de la importación de materias primas y manufacturas. En el marco de un régimen militar impuesto por la fuerza en ese año, se instrumentó una estrategia de industrialización orientada fundamentalmente hacia los mercados extranjeros. Se adoptó una tasa de cambio más realista y se ofreció

financiamiento a corto plazo para las industrias de exportación con una fuerte estimulación a las inversiones extranjeras. El Primer Plan Quinquenal de Desarrollo Económico (1962-1966) sentó las bases para el despegue industrial pero, al mismo tiempo, profundizó las desigualdades sociales apoyado por una política de represión creciente. A dicho plan le sucedieron otros seis, marcando cada uno distintas prioridades de desarrollo. En la etapa inicial fueron líderes del progreso las industrias livianas con mano de obra intensiva, especialmente las textiles. Posteriormente, sin embargo, más de la mitad del volumen total de manufacturas correspondió a la industria pesada y química, a tal punto que Corea del Sur se convirtió en el décimo país productor de acero en el mundo. Por otra parte, la liberalización de las importaciones que comenzó a fines de 1970 con manufacturas seleccionadas, se aceleró desde 1983 llegando a cubrir una amplia gama de bienes y servicios, productos agrícolas y finanzas. Las tarifas fueron abolidas o reducidas y se disminuyeron las barreras no arancelarias. Esta transformación económica trajo graves consecuencias como el éxodo rural, un fuerte aumento del desempleo en las ciudades y afectó además, aspectos relativos a las posibilidades de vivienda y de educación. La República de Corea cuenta con una **población** de 43.000.000 de habitantes en un territorio de 100.000 km². Esta situación y los altísimos precios de los inmuebles provocaron graves desequilibrios en la distribución y acceso a las viviendas en los sectores urbano y rural (Datos sobre Corea 1991).

Con respecto a la educación, desde finales de los 50, al consolidarse su mercado local y abrirse a la competencia externa, las políticas orientaron fuertes inversiones al área educativa y de capacitación tecnológica (Informe 1992 sobre Desarrollo Humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Además, según señala Martín Saravia (1988), fue común percibir en los ciudadanos coreanos un denodado esfuerzo por obtener una elevada formación que les facilitara una inserción laboral en la nueva coyuntura, extremadamente competitiva. Dicha aspiración se vio obstaculizada por la enorme cantidad de aspirantes y las cuotas de ingreso limitadas en las universidades públicas y en las privadas. Estas circunstancias implicaron que un número importante de jóvenes no pudiese acceder al sistema educativo ni laboral constituyéndose en un problema social y familiar que influyó en la determinación de emigrar.

En este sentido, la situación política atravesada por Corea del Sur en lo referente a sus relaciones con Corea del Norte desde fines de la Segunda Guerra Mundial ha

tenido también su peso. En ese momento la península quedó dividida en dos sectores con dos regímenes políticos enfrentados. En 1950 estalla la guerra entre ambas que se extiende hasta el 27 de julio de 1953 y cuyas consecuencias fueron desconfianza, antagonismo y odios entre el Norte y el Sur. La prolongada división aumentó las diferencias ideológicas y culturales disminuyendo el sentido de comunidad. Millones de personas quedaron separadas por la división territorial y la guerra. El 7 de julio de 1988 el presidente Roh inició un proceso de redefinición de las relaciones de Corea del Sur con Corea del Norte en su Declaración Especial en Interés de la Autoestimación Nacional, la Unificación y la Prosperidad. En 1990 se produjeron ocho reuniones preliminares antes de la primera ronda de Conversaciones Sur- Norte de Alto Nivel que se celebró en Seúl el 4 de septiembre de 1990. Estas reuniones revelaron sin embargo, la brecha aún existente para resolver los asuntos pendientes entre ambas Coreas y por ende, la posibilidad de renovados enfrentamientos bélicos.

Para sintetizar, las motivaciones de los ciudadanos surcoreanos para abandonar su país aparecen vinculadas a la combinación de diferentes variables. La sociedad coreana tradicional sufrió el impacto de la modernidad de manera muy imperfecta y salvaje. Quienes decidieron emigrar han sido aquéllos que no se adaptaron a la industrialización y/o a quienes el nuevo modelo económico no les daba cabida. Esta transformación estructural acelerada trajo como consecuencia limitadas posibilidades para ciertos sectores con formación profesional, descontento en otros sectores de la clase media y alta que no lograron reubicarse ventajosamente en las nuevas condiciones y un acceso cada vez más difícil a altos niveles de educación. Esto, sumado a un clima de temor frente a una eventual guerra con Corea del Norte y a políticas de fomento de la emigración, hizo que muchos de ellos fijaran sus expectativas fuera del país de origen.

Las políticas inmigratorias en la República de Corea

En 1962 se promulgó en la República de Corea la Ley de Emigración 1030 que inició una política más definida, fomentando y subvencionando la emigración hacia distintos países del mundo. El propósito de esta ley era asegurar una adecuada política poblacional ya que algunos planificadores gubernamentales vieron en la emigración la forma de contener el crecimiento de la población. El resultado de esta política marcó el

inicio de la presencia coreana en contextos como los Estados Unidos y Canadá, principalmente. La guerra de Corea dio un gran empuje a la emigración, en especial hacia el primero de estos países con el que Surcorea estableció una muy estrecha relación dada su alianza durante el conflicto y por el hecho de que ofrecía a los coreanos la oportunidad de instalarse allí. La Enmienda a la Ley de Inmigración de los Estados Unidos en 1965 fue la que proporcionó gran impulso a este movimiento ya que significó la eliminación de cuotas a inmigrantes asiáticos, hasta entonces restringidas. La emigración hacia los Estados Unidos se duplicó y alcanzó, hasta 1988, un promedio de 28.000 coreanos por año (Martín Saravia 1988:180).

Recién a comienzos de 1962 el gobierno coreano comenzó a interesarse por enviar inmigrantes a Latinoamérica. Entre 1962 y 1981 emigraron unos 31.000 coreanos representando un 7,5 por ciento del total de la emigración surcoreana. En 1962 por negociaciones entre gobiernos, más de cien ciudadanos se instalaron en Brasil para dedicarse preferentemente a la agricultura. Durante la década del 70 el flujo continuó tanto por contrato entre gobiernos como en forma individual. En enero de 1984 el gobierno coreano cambió la responsabilidad del control de la emigración que dependía del Ministerio de Salud y Asuntos Sociales transfiriéndola al Ministerio de Relaciones Exteriores. En ese momento se inició la promoción de una **emigración de "inversión"**, llamada así porque estaba destinada a apoyar a los habitantes que deseaban emigrar y que mostraban capacidad para invertir en la pequeña y mediana industria en los países receptores. Esta política estaba dirigida sobre todo a Canadá, Chile, Ecuador y la Argentina (Ibid:181). Como veremos, en este último país, entre 1984 y 1988 se produjo el mayor flujo inmigratorio coreano.

La Argentina y la inmigración coreana

Referirnos a la presencia coreana en la Argentina no hace sino remitirnos de manera inmediata al proceso de inmigración vinculado indiscutiblemente en nuestro país a la conformación, en el siglo XIX, de una sociedad nacional y a su proyecto como nación independiente. Luego de la etapa de conquista y colonización es posible diferenciar diferentes flujos y momentos respecto de este fenómeno: la inmigración masiva, la de posguerra, la interna y la limítrofe. A ello se suma la denominada “nueva inmigración” representada desde las postrimerías de la década de 1970 por surcoreanos

y chinos (taiwaneses y continentales) incluyéndose asimismo dentro de esta denominación a la inmigración peruana y en menor escala en los últimos años, la procedente de países de Europa del Este.

Si durante la etapa colonial pudo comprobarse el predominio de un espíritu más bien cerrado a la libre admisión de extranjeros, salvo algunas excepciones (por ejemplo, el decreto del 4 de septiembre de 1812 de fomento a la inmigración inspirado por Bernardino Rivadavia), la sanción de la Constitución Nacional en 1853 marcó la transformación de ese espíritu y la puesta en marcha de una nueva política sobre poblamiento del territorio. Luego de la batalla de Pavón en 1861, unificada la República, comienza uno de los períodos claves de la historia argentina con el afianzamiento del orden institucional y el desencadenamiento de una profunda transformación de la estructura social y económica de la nación. El paso más significativo fue la apertura del país a la inmigración que, tal como se explicitaba, debía ser europea. Con este aporte se llevarían a cabo experiencias colonizadoras en el ámbito rural, se promovería el desplazamiento espontáneo de extranjeros y de este modo se lograría el desarrollo industrial y comercial posicionando a la Argentina en el mercado internacional (cfr. Gori 1988, Halperín Donghi 1987, Solberg 1970). Con una ideología sustentada en la necesidad de poblar y con una economía agrícola en expansión, el movimiento inmigratorio desde la década de 1870, se incrementó aceleradamente hasta la Primera Guerra Mundial. La mayoría de los extranjeros no procedían de los países considerados por los promotores de la inmigración como los más apropiados, esto es de Europa Septentrional y Central, sino que dadas las condiciones propuestas (no se aseguraba la posesión de las tierras) se reclutaron en regiones de bajo nivel de vida y escaso nivel técnico de la Europa mediterránea tales como Italia y España.

La tendencia en la distribución demográfica fue muy clara desde el comienzo, la mayoría se radicó en la zona del Litoral y en Buenos Aires, acentuándose la diferenciación con el interior del país ya no sólo por sus recursos económicos sino ahora también por sus particularidades sociales. Cosmopolita, europeizada en sus gustos y en su arquitectura, Buenos Aires fue la máxima expresión de los cambios ocurridos en el país y polo permanente de atracción para la población externa e interna.

Entre 1850 y 1932 se estima que la Argentina absorbió más de seis millones de inmigrantes, más de la mitad de ellos italianos, un tercio, españoles y los restantes polacos, rusos (muchos de ellos judíos), franceses, alemanes, sirio- libaneses En este

período los extranjeros representaban el 70% de la población de la ciudad capital y casi la mitad en las ciudades de mayor peso demográfico y económico (Leiva 1992:8).

La ideología que justificó esta política está representada por la generación del 80 a través de dos líneas de argumentación sostenidas por Domingo F. Sarmiento y Juan Bautista Alberdi: “mejorar la población” para el primero, “gobernar es poblar” para el segundo. Para legitimarla las clases dirigentes proyectaron el llamado “crisol de razas” en virtud del cual los inmigrantes serían integrados a una “identidad nacional”, aún no consolidada, mediante procesos de simbolización impuestos sobre todo a través de la educación pública (Ley 1420 de 1884), de manera que a las identidades de origen se superpondría una identidad cívica unificadora (cfr. Bargman et al. 1992). Esta labor ideológica, según Juliano (1988:94) se dio paralelamente en la desvalorización del grupo étnico “lo que permitía clasificar como conductas irracionales y bárbaras sus reclamos y rebeldías por el despojo de tierras de las que eran objeto” y, al mismo tiempo, en el ensalzamiento de la población extranjera en tanto tal, entendiendo su captación como una política de bien común. Por último, presentando al proyecto social del sector terrateniente como la historia común de los argentinos.

Paulatinamente los inmigrantes se fueron constituyendo en una vigorosa clase media conformada por empleados, pequeños propietarios, comerciantes y profesionales que imponían al país su sello, ignorando a las minorías tradicionales (cfr. Romero 1983). Es este sector el que ha ascendido al poder con el radicalismo y al que se enfrentó la elite conservadora. Aquélla que en plena crisis mundial del año 30 se apoderó del gobierno y como signo de su orientación política resolvió cerrar el país a la inmigración, estimulando por otra parte, la inversión externa y la industrialización en un marco de proteccionismo y expansión del empleo y del mercado interno (cfr. Oteiza y Aruj 1997).

Hacia 1944 se calculaba que había ocupadas en la industria 1.200.000 personas, las cuales fueron conformando un nuevo sector social que se estableció en las grandes ciudades, principalmente en Buenos Aires (Romero op.cit.:180). Este sector es el producto de un intenso movimiento migratorio desde el interior del país hacia aquellos centros en donde las posibilidades ocupacionales aparecían con mayor claridad.

En 1947 las migraciones internas totalizaban un conjunto de 3.386.000 personas, de las cuales la mitad se había situado en el Gran Buenos Aires, el 28% en la zona litoral y el 22% en otras zonas del país (Ibid.:181). Estos inmigrantes conformaron un

proletariado que se unió a los trabajadores de origen europeo y fueron llamados despectivamente “cabecitas negras” por los argentinos descendientes de europeos.

Acompañando este proceso se produce a partir de los años 30, pero sobre todo en la década del 40, una fuerte corriente migratoria limítrofe (chilenos, bolivianos, paraguayos y uruguayos). Esta inmigración no estuvo motivada por los éxitos económicos argentinos sino por la falta de trabajo urbano y rural en los países de origen como así también por la expectativa de acceder al sistema de salud, de seguridad social y al educativo. Ha sido siempre una inmigración espontánea, no organizada y frecuentemente ilegal. Según datos del Instituto Nacional de Estadística y Censo de 1991 y de la Dirección Nacional de Migraciones 1991/1996, se constata una presencia de 266.740 chilenos en las áreas fronterizas y en el Gran Buenos Aires. La inmigración paraguaya asciende a 353.171 y se concentra principalmente en el Gran Buenos Aires y en las provincias limítrofes de Chaco, Formosa y Corrientes. La mitad casi de la población boliviana (247.606) a su vez, reside en Capital y Gran Buenos Aires en tanto que la inmigración de uruguayos (156.560), instalada también en su mayoría en Buenos Aires, ha sido históricamente baja. Los representantes de estas corrientes no habrán de lograr nunca los mismos espacios de poder ocupados por los inmigrantes de ultramar (Bargman, et al. op.cit.).

Con respecto a estos últimos, si bien la política inmigratoria argentina desde 1930 a 1945 es de cierre relativo de las fronteras, en el momento posterior a la Segunda Guerra Mundial, entre 1947 y 1951, se produce un nuevo ingreso de inmigrantes europeos. Como explica María Luján Leiva (op.cit.), para sostener el proceso de industrialización, urgía al estado peronista de 1946 cubrir el déficit de mano de obra especializada que las inmigraciones internas no aseguraban. Si bien el Plan de Gobierno establecía que se optaba por “una inmigración libre” al mismo tiempo se establecía que debería ser “seleccionada y dirigida” (Ibid: 9). La mirada se dirigió principalmente, hacia técnicos y obreros italianos. Se firma así un Tratado de Inmigración entre los gobiernos de Italia y la Argentina en 1947. Entre 1946 y 1955 ingresaron 362.000 italianos mayoritariamente meridionales. El segundo grupo en importancia fueron los españoles (161.000 de los cuales el 65% procedían de Galicia, el 10% de Asturias y luego andaluces y castellanos). Tanto el flujo italiano como el español se detuvieron hacia 1952. Con respecto a la inmigración judía, aunque no se decía explícitamente, aparecía como una opción que no concordaba con el criterio de una inmigración

“asimilable por sus usos y costumbres (a la sociedad argentina) y de origen rural”. En los cinco años posteriores al Holocausto ingresaron sólo 5.000 personas entre legales e ilegales (Ibid:12). En este período se favoreció la llegada de polacos católicos sin ningún tipo de restricción, que en número de 12.000 ingresaron al país. Lo mismo ocurrió con refugiados croatas, eslovenos, ucranianos y bálticos cuyo favoritismo se debió a la necesidad de contar con mano de obra especializada en el área de fabricaciones militares. Un caso particular que constituyó una excepción a la política de “favorecer la inmigración europea” por parte del gobierno peronista en 1949, fue la llegada de caboverdianos con pasaportes portugueses forzados a abandonar las islas por las sequías y la falta de trabajo y que encontraron facilitada su entrada por la necesidad de expansión de la marina mercante argentina (ibid:14).

En la Argentina, la inmigración proveniente de Asia, no ha sido históricamente favorecida, a diferencia de lo que ocurría en otros países latinoamericanos como Brasil y Perú. La política de incentivar inmigración europea se traducía en escasos permisos de residencia a japoneses y chinos. Recién a partir de 1950 se firmaron acuerdos especiales entre el gobierno argentino y el de Japón que facilitaron la llegada de ciudadanos de este país. Ellos se instalaron en la Capital y en el cordón frutiflorihortícola del Gran Buenos Aires y Gran La Plata, también en las provincias de Misiones y Mendoza (Leiva, op.cit.20; cfr. Sabarots 1986; Laumonier 1987).

La llegada de inmigrantes procedentes de Corea del Sur, como veremos, entre 1970 y 1980 se da de manera limitada por las restricciones impuestas por los gobiernos militares en materia de política migratoria internacional, la que debe ser “saludable y culturalmente integrable” además de ser calificada y contar con capital propio, cuando no explícitamente europea, como se establece en 1981 en la Ley General de Migraciones y Fomento de la Inmigración (Novick 1997:111-112).

Un caso de excepción con respecto a inmigrantes asiáticos se dio durante septiembre de 1979 y marzo de 1980 en que entraron, en calidad de refugiados, once contingentes de indochinos a partir de un convenio firmado por el gobierno militar vigente y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. A partir del decreto 2073 de agosto de 1979, se aceptaba el ingreso de mil familias de las cuales 293 solamente concretaron su arribo. De ellas, 241 eran de nacionalidad laosiana (Redondo 1985).

Hacia 1985, y ya durante el período democrático, la Dirección Nacional de Migraciones dictó una Resolución por la cual se justificaba, dada la grave situación económica por la que atravesaba el país, la necesidad de formular una política restrictiva para el ingreso de extranjeros. En este marco el ingreso de ciudadanos de la República de Corea del Sur se dio a partir de un acuerdo firmado entre ambos países (Resolución 2340 del 26-6-1985) (Novick op.cit.:115).

La Argentina y sus políticas inmigratorias respecto de los asiáticos

En la década de 1960 la Argentina pasó de ser un contexto receptor fundamentalmente de inmigrantes europeos y en menor medida, del Cercano Oriente, a serlo fundamentalmente de inmigrantes de países latinoamericanos (límites o no como el caso de Perú) y, también a escala reducida, de Corea del Sur y de Taiwan. A su vez, se convirtió en centro expulsor de argentinos descendientes de europeos, con alto grado de escolaridad promedio, a Europa (Oteiza, Novick y Aruj 1997).

En este escenario, la **inmigración coreana** reconoce distintas etapas. El 14 de octubre de 1965, un grupo de familias procedentes de Corea del Sur desembarcó en el puerto de Buenos Aires para ser recibidos formalmente por su embajador y cónsul¹⁵. Esta llegada inaugura la etapa de emigración hacia América del Sur, que ya se había iniciado en Brasil y Paraguay conforme, como hemos visto, a la política emigratoria lanzada por Corea del Sur como solución al problema de excedente de población.

Hasta fines de la **década del 70**, dada como vimos la política restrictiva con respecto a los asiáticos, se calcula que se fueron incorporando a la Argentina alrededor de **6.000 coreanos** provenientes tanto de **Corea del Sur** como de países vecinos como **Paraguay y Bolivia**. Precisamente, dicha actitud dio como resultado un enorme ingreso de ilegales coreanos que optaban por ingresar desde países vecinos en calidad de temporarios o turistas para establecerse definitivamente en nuestro territorio. Esta actitud desencadenó también el inicio de una cadena de corrupción en donde se lograba el ingreso de los candidatos a cambio de altas sumas de dinero y mediante la

¹⁵ Existen registros que hablan, sin embargo, de la presencia ya en el año 1940, 1941 y 1950 de tres personas coreanas (dos mujeres y un hombre), y de la llegada en el año 1956 o 1957 de doce coreanos escapados de Corea del Norte llegados a través de Naciones Unidas (Lee Kyo Bum 1990).

falsificación de documentación hecha en forma sistemática (visas, permisos, pasaportes).

En la **década de 1980** comenzó a flexibilizarse esta situación pero si bien la Dirección Nacional de Migraciones mantuvo una política de captación más liberal que la anterior, modificó no obstante su orientación de fronteras abiertas y se concentró en el aliento de una **inmigración condicionada, con capital y tecnología** dispuesta a radicarse en el interior del país, lejos de la Capital Federal.

Cuando se alude al origen de la inmigración de ultramar que llegó durante estos años a la Argentina, se afirma que es casi en su totalidad asiática, preferentemente de **Corea del Sur y Taiwan**.

La situación sufrió algunas transformaciones durante 1983, cuando se establecieron nuevas pautas inmigratorias por parte de la Argentina y el gobierno coreano comenzó a intervenir más activamente fomentando planes de inversión.

El **30 de abril de 1985** se firmó el Acta de Procedimiento de Egreso e Ingreso de los Inmigrantes Coreanos entre la República de Corea y la Argentina. Este protocolo establecía cómo debía llevarse a cabo el trámite migratorio que era sumamente complicado hasta ese momento. Entre los requisitos solicitados por la Dirección Nacional de Migraciones del Ministerio del Interior de la República Argentina figura la necesidad de haber efectuado una transferencia de treinta mil dólares estadounidenses a la sucursal Nueva York del Banco de la Nación Argentina, para ser aplicados a la compra de Bonex que les serían entregados en la Casa Central de ese banco en la ciudad de Buenos Aires¹⁶ y además, poseer pasaje de la empresa Korean Airlines para el trayecto Seúl -Los Angeles, y con la empresa Aerolíneas Argentinas desde esta ciudad hasta Buenos Aires, teniendo en cuenta la tarifa promocional para inmigrantes otorgada por ambas empresas. En este documento ambos gobiernos acordaron iniciar las gestiones para celebrar un convenio sobre migraciones entre ambos países. Sin embargo hasta el momento no existe ningún acuerdo bilateral.

Durante 1986 la Dirección Nacional de Migraciones expidió 9.000 permisos de ingreso que se desglosaron en 3.000 para coreanos, 3.000 para taiwaneses y 3.000 para ciudadanos de países europeos y americanos (obsérvese que un sesenta y seis por ciento

¹⁶ En la actualidad, según la Ley de Migraciones 27.925 la cifra ha ascendido a cien mil dólares, requisito válido sólo para los “empresarios u hombres de negocios” que deseen establecerse en la Argentina y obtener su residencia.

viene de Oriente). Según datos de este organismo, entre **1980 y 1989** se radicaron **11.336 coreanos**. El **mayor flujo** se produjo entre **1984 y 1988**, cuando llegaron **9.625**. Entre **1990 y 1992**, aunque son cifras provisorias, se habla de 994 permisos de radicación. Es interesante observar, en términos comparativos, que mientras en 1988 ingresaron 2.400 coreanos y 1.600 chinos (taiwaneses), la situación se revirtió en 1990 cuando fueron 621 chinos y 563 coreanos. En 1991 la diferencia fue de 800 contra 400. Esta disminución en el flujo coreano se inició en 1989 y se fue acentuando hacia fines de la década de 1990, aunque como faltan datos censales no podría afirmarse el grado de continuidad en los flujos migratorios.

La Dirección Nacional de Migraciones estimaba que un 35 por ciento de los coreanos que vinieron al país se volvieron a Corea del Sur en los últimos años, en tanto que la afluencia de pedidos de chinos creció un setenta por ciento. Se calcula en la actualidad una población de 30.000 coreanos, 10.000 de los cuales han nacido en la Argentina. ¿Por qué se frenó esta inmigración? Según fuentes de la oficina de Migraciones, por un lado, la situación económica de Corea del Sur mejoró y sus habitantes ya no se veían tan tentados a buscar nuevos horizontes. Por otro lado, la Argentina, que en un momento funcionó como país de paso para llegar a los Estados Unidos y/o Canadá, cuando estos gobiernos impusieron ciertas restricciones a esta modalidad de ingreso desde países sudamericanos, dejó de resultar conveniente como escala para los ciudadanos coreanos.

Los proyectos oficiales con inmigración coreana en la Argentina

Frente a la imperiosa necesidad de Surcorea de exportar su saldo poblacional al exterior, se pensó en promocionar aquellos ámbitos en los cuales, quienes decidieran emigrar, pudiesen desarrollar distintos proyectos laborales.

En la Argentina, la mayoría de los proyectos respecto de la inmigración coreana que fueron aprobados entre 1970 y 1983 por las autoridades, entran en la categoría agrícola-ganadera. El objetivo de las primeras familias que arribaron en octubre de 1965 era instalarse en Campo Lamarque, provincia de Río Negro, para dedicarse a la agricultura, el cultivo de frutales y la apicultura. En diciembre de ese mismo año llegaría otro contingente con el mismo destino. Las tierras fueron adquiridas por la Corporación Coreana de Desarrollo de Ultramar (KODCO) que en 1971 agregó otros

73.000 km² de tierras en Luján, provincia de Buenos Aires para la cría de gallinas y cerdos y el cultivo de legumbres. En 1977 KODCO a través de tres ciudadanos coreanos estableció en el noroeste de la provincia de Santiago del Estero, la Colonia ISCA YACU, donde se autorizó a ingresar a 16 familias (Martín Saravia 1988).

Dichos emprendimientos, sobre todo los agrícolas que parecían promisorios, no obstante fracasaron. Y fue básicamente porque los inmigrantes no provenían del área rural; además, desconocían el suelo y las herramientas traídas y/o recibidas del gobierno de Corea no eran las adecuadas. Se trató en general de comerciantes, que se presentaron como agricultores a los fines de obtener el necesario permiso de ingreso sólo otorgado en ese momento para proyectos de esta naturaleza. En el período mencionado hubo además, otras iniciativas orientadas a la cría de nutrias (en el Delta del Paraná, provincia de Buenos Aires), a la cría de cerdos (en Lobos, provincia de Buenos Aires) y a la pesca. Se plantearon asimismo proyectos para la instalación de fábricas textiles en provincias como la de San Luis, Chubut, Río Negro y Buenos Aires (Martín Saravia 1988) que, con excepción de la de San Luis, tampoco prosperaron.

El resultado de este proceso fue que los inmigrantes abandonaron el campo, se trasladaron a la ciudad de Buenos Aires, donde se afincaron, y comenzaron a montar sus propios negocios para salir del paso. Así comenzaron a generarse los enclaves coreanos dedicados especialmente a la producción textil y a la actividad comercial.

Características de la inmigración coreana

Si nos referimos a las características sociológicas de la inmigración coreana que llega a la Argentina, la misma se caracteriza por movilizar a familias nucleares procedentes mayoritariamente de las áreas urbanas de Pusan y Seúl. Se trata de integrantes de sectores medios de la población: comerciantes, trabajadores independientes, empleados administrativos, profesionales liberales, pastores evangelistas y fieles católicos (Bialogorski 1993; Mera 1998). Estos inmigrantes presentan un nivel de educación que puede considerarse elevado dado que la mayoría de los que ha arribado ha cursado estudios secundarios, terciarios y, en menor medida, universitarios.

Los inmigrantes que llegaron en la **primera etapa** desde su país de origen, entre los años 60 y 70 lo hicieron con escasos recursos entre los que se contaban bienes

personales y herramientas destinadas a la vida rural (Lee Kyo Bum 1990). Los que arribaron posteriormente y sobre todo entre 1984 y 1989, debieron responder con un capital y un objetivo de inversión a las exigencias establecidas por las políticas inmigratorias de Corea del Sur y de la Argentina. Este capital provenía en algunos casos de la venta de sus viviendas que en ese momento habían duplicado y hasta triplicado su valor (Martín Saravia 1988). En otros casos, se trató del cobro de jubilaciones anticipadas tanto en el sector privado como en el sector público acorde con los planes de transformación económica desarrollados a partir del tercer Plan Quinquenal en la década de 1970 (Datos de la Asociación Coreana Argentina).

Aunque la comunidad coreana se halla expandida por todo el territorio nacional, el 90% se ubica hoy en día en Buenos Aires, siendo los barrios capitalinos de Flores y Once los núcleos de mayor concentración. Su actividad económica se centra principalmente en la pequeña y mediana industria textil, que aun siendo de tipo familiar, les ha permitido competir en el mercado con otros grupos de larga data en el país como los judíos y los armenios. En sus negocios y talleres de costura emplean no sólo a argentinos, sino también a inmigrantes limítrofes, fundamentalmente bolivianos y en los últimos años, peruanos. Su ocupación se orienta además, al comercio de alimentos y vestimentas y a la importación de determinados productos típicos y pequeñas maquinarias de tipo industrial destinados, fundamentalmente, al mercado consumidor intracomunitario.

Capítulo 3

EL MÉTODO DE INVESTIGACIÓN

La aproximación a la comunidad

Pude establecer los primeros contactos con miembros de la comunidad coreana a través de argentinos (a quienes conocí directamente o me fueron presentados por terceros) que compartían espacios de la vida cotidiana con los nuevos inmigrantes. En principio, se trataba de vecinos y/o clientes de comercios coreanos en los barrios de Flores Sur y de Once, ya constituidos en los focos centrales de concentración (residencial y comercial respectivamente) del grupo en la Capital Federal. Por su intermedio tuve acceso a comerciantes, adultos jóvenes al frente de negocios minoristas de indumentaria en su mayoría pero también de otros rubros como verdulería, tintorería, electricidad, venta al por mayor de flores artificiales y farmacia.

Paralelamente, por intermedio de una docente a cargo de un curso de español para extranjeros del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL) y de una colega de la Cátedra de Antropología del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, entré en contacto con mujeres adultas en un nivel ya avanzado de aprendizaje del idioma en el primer caso y, en el segundo, con jóvenes estudiantes también coreanos que habían cursado la escuela primaria en este país.

A través de la directora de un instituto privado dedicado a la enseñanza de castellano para extranjeros en el barrio de Belgrano, de cuya existencia tomé conocimiento en el INAPL, logré reunirme con adolescentes que en su mayor parte cursaban sus estudios secundarios y asistían a dicho instituto a fin de perfeccionar el español.

Gracias a una persona de mi amistad cuyo hijo asistía al Instituto Susini de enseñanza primaria y media, ubicado en el barrio de Flores, me enteré de que la presencia de alumnos coreanos era notoria en la institución. Tras una entrevista con el director, tuve la posibilidad de mantener entrevistas con algunos de los jóvenes que cursaban cuarto y quinto año del nivel medio.

Asimismo y a través de una colega miembro de una iglesia adventista argentina que mantenía vínculos con otra similar coreana, pude conversar con uno de los pastores y algunos de sus fieles. Dentro del ámbito religioso, supe además de la existencia de

un sacerdote católico coreano que desarrollaba sus actividades en el Hospital Álvarez, a quien también pude entrevistar.

Estos, como dije, fueron los primeros contactos, todos mediados por argentinos. Pero a partir de ellos, poco a poco, logré ir estableciendo nuevas conexiones tanto a través de mis entrevistados como por propia iniciativa. De este modo logré conseguir reuniones individuales con estudiantes avanzados de distintas carreras universitarias (Ciencias de la Educación, Ciencias Políticas, Ciencias Económicas, Diseño Textil), con profesionales de la generación intermedia (un contador público, un abogado, un farmacéutico, un médico acupunturista), con dos docentes de la Universidad de Buenos Aires y también con otros comerciantes.

Por otra parte, me ocupé de entrevistar al entonces cónsul de la República de Corea, a miembros de instituciones comunitarias como el presidente y vice- presidente de la Asociación Coreana Argentina, a uno de los miembros representativos de la Asociación de Empresarios de la Avenida Avellaneda, a colaboradores del semanario *El Coreano*, a un columnista del periódico *Korea Time* y del *Diario Central*, al entonces director y a un profesor de la Escuela de Corea y a un diácono de la principal iglesia protestante de esa comunidad en la Argentina.

Asistí asimismo, a reuniones con miembros de la Fundación de Investigaciones Culturales de la colectividad, quienes en una oportunidad me invitaron a una reunión interna en la que se planteó el debate acerca de la integración y la discriminación de los inmigrantes coreanos en la Argentina. Dicha fundación estaba integrada por varones pertenecientes a la primera generación que únicamente se comunicaban en su idioma original. La excepción fue un representante de la generación intermedia quien siendo uno de mis principales nexos con la colectividad, me contactó con esta institución y ofició de intérprete. Concurrí además a la presentación del segundo libro editado por la Asociación de Literatos Coreanos, conformada por hombres y mujeres que dedican parte de su tiempo a la literatura, al tiempo que paralelamente desarrollan sus actividades comerciales. Tampoco ellos, salvo un pastor que actuó de intérprete para los cuatro argentinos presentes en esa ocasión, se comunicaban en castellano.

En mi larga experiencia de campo hubo, no obstante, ámbitos a los cuales me resultó imposible acceder. Fue el caso del Centro Médico Coreano en donde no logré obtener entrevista alguna, ni con su director ni con médicos que trabajaran allí.

Tampoco conseguí que me permitieran visitar talleres de costura en los cuales convivían coreanos y bolivianos, si bien, fuera de ese ámbito, pude entrevistar a unos y otros.

Tuve, en cambio, la posibilidad de conversar con el Sr. Lee Kyo Bum, primer presidente de la Asociación Coreana Argentina y de la Fundación de Investigaciones Culturales, autor del libro *Historia de la inmigración coreana en la Argentina* (1990). Inmigrante de la primera oleada, no manejaba el castellano de modo que mis dos entrevistas con él se realizaron con la asistencia de intérpretes.

Las dificultades en el trabajo de campo

Durante el desarrollo de la primera fase de mi investigación, me encontré con obstáculos derivados de las posibilidades de acceso a la comunidad que estuvieron siempre supeditadas a que la vinculación con sus miembros se efectuase indefectiblemente por intermedio de argentinos que tuviesen ya algún contacto directo con ellos. Es decir, me habría sido excesivamente dificultoso (si no imposible) acceder sin esta intermediación y aun así, muchas de las entrevistas que ya había concertado fueron anuladas sin motivo aparente que lo justificara. Quizás una razón haya sido (tal como me confesaran algunos entrevistados a posteriori) la desconfianza y el temor, sobre todo en los comerciantes, de que mi presencia respondiera a algún operativo de control de la Dirección General Impositiva.

Despejada esta duda, el hecho de presentarme como una antropóloga de la Universidad de Buenos Aires, becaria de una institución oficial como el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y con un claro y explícito interés personal por la problemática de esta nueva inmigración me fue facilitando el acceso (a pesar de la curiosidad que despertaba). Esto ocurría básicamente por dos motivos: primero, la alta valoración que el grupo le otorga a la formación académica y a la institución que avalaba mi proyecto y, en segundo lugar, por la necesidad que experimentaban en ese momento de revertir una imagen altamente negativa de la comunidad, por entonces vigente en la sociedad argentina. Así, resultaba imprescindible la presencia de un otro ajeno, perteneciente al contexto mayoritario, un otro legitimado dentro y fuera de la propia comunidad, frente al cual mostrar una imagen distinta. No obstante lo cual hubo resistencias en especial de parte de miembros

de la primera generación, integrantes de ciertas instituciones, quienes, según llegó a mi conocimiento, se manifestaron en contra de que otros connacionales hicieran referencia a cuestiones internas de la comunidad frente una persona ajena a ella.

Ahora bien, una vez establecidos los vínculos y a pesar de haber mantenido con los entrevistados reuniones en las que fui muy bien recibida, se me permitió el uso del grabador sin objeciones y se me dispensó el tiempo requerido (la mayoría de las conversaciones superaron ampliamente la hora de duración), sólo en contadas oportunidades pude, en la primera etapa de mi investigación, volver a entrevistar a las mismas personas. Incluso muchas de ellas coincidieron en manifestar que consideraban que no estaba en sus posibilidades aportar más información que la ya suministrada.

Por otro lado, al solicitar nuevas conexiones me enfrenté en más de una ocasión con trabas y evasivas dado que los entrevistados se mostraron renuentes a comprometer a otros. Esto me sucedió con jóvenes de la generación intermedia quienes prefirieron no contactarme con sus pares aduciendo la falta de tiempo de aquéllos por exceso de trabajo. Lo mismo ocurrió con adolescentes en relación con sus padres: en este caso, la negativa se fundamentó en las dificultades que los mayores tenían para comunicarse en español.

En este punto, la cuestión idiomática merece una consideración especial en lo que respecta a mi propia experiencia: con adultos de la primera generación de inmigrantes, el contacto fue restringido, justamente porque no manejaban el castellano. Esto no significó que no pudiese conversar con ellos, sino que debí contar con algún intérprete que por lo general resultaba un hijo del entrevistado o, como en el caso aludido de Lee Kyo Bum, dos miembros de la Fundación de Investigaciones Culturales, ambos pertenecientes también a la generación intermedia.

Con integrantes de dicha generación, conformada por jóvenes nacidos en Corea y escolarizados en la Argentina y/o en contacto laboral obligatorio con argentinos, la comunicación directa, con mayor o menor riqueza en cuanto a vocabulario, fue obviamente posible.

Otra dificultad a la cual debí hacer frente se relacionó con el tipo de material que utilicé para mi análisis, además de las entrevistas. Me refiero a notas periodísticas de dos periódicos coreanos (*Korea Time* y el *Diario Central*) y el mencionado libro de Lee Kyo Bum. Este material estaba escrito en su totalidad en idioma coreano, de modo que

debí recurrir a los servicios de intérpretes no profesionales para su traducción. En el caso de las notas periodísticas, algunas me fueron traducidas por escrito de manera voluntaria por los propios autores. Diferente fue mi experiencia con el libro del Sr. Lee que me presentó un problema concreto de registro y análisis de esa información.

En el año 1995 me enteré de que en la comunidad circulaba un libro publicado cinco años antes por una editorial de la República de Corea, titulado *La historia de la inmigración coreana en la Argentina*. Estaba escrito en coreano por uno de los primeros inmigrantes, Lee Kyo Bum, que se había desempeñado como presidente de la Asociación Coreana Argentina entre 1982 y 1984.

Logré contactarme con él y entrevistarlo. Lo primero que me comentó el Sr. Lee fue que existían poderosas razones que lo habían impulsado a escribir su libro. La principal era que, al ir disminuyendo la población inmigrante coreana por fallecimiento y reemigración de muchos de sus integrantes que habían resuelto abandonar la Argentina, era necesario e imprescindible “buscar, guardar y archivar” toda información que diera cuenta de “la historia de la colectividad”. Él se había encargado de recopilar los relatos orales “de boca de los propios protagonistas” como así también fotografías familiares que abarcaban el período desde la llegada de los primeros inmigrantes en 1965 hasta 1985. También había complementado esta información con datos provenientes de periódicos y con estudios sobre la inmigración coreana realizados por instituciones de la República de Corea y de Japón¹⁷.

La técnica que el Sr. Lee utilizó para recopilar estos datos fueron las entrevistas a casi un centenar de informantes, tarea que le permitió reunir los datos necesarios para “lograr una visión general de la historia de la colectividad”. No fue una labor fácil, advirtió, dado que había que organizar todo el material y evaluar conforme a su criterio “qué era lo más importante para transmitir y qué podía resumirse”.

Sumamente interesada en conocer los contenidos de esta obra, me contacté con Jung Hye Jin o Teresa (su nombre en castellano), una joven coreana, estudiante de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Si bien no era una intérprete profesional, Teresa aceptó de buen grado el reto de realizar una traducción del libro en

¹⁷ La publicación del libro aparece como una propuesta programática de la Asociación Coreana Argentina que, como se expresa en su prólogo, decidió ese año de 1985 organizar los festejos por el vigésimo aniversario de esta inmigración iniciada con el arribo del primer grupo, que se instaló en la localidad de Lamarque, provincia de Río Negro. Esta celebración planteaba como ejes tres actividades: la confección de una guía de población coreana residente en este país (con listas de direcciones, teléfonos, instituciones y ocupaciones); la publicación de una historia de los veinte años de inmigración y la construcción de un monumento recordatorio en aquella localidad primera, algo que se concretó recién en el año 2000 (Cfr. Bialogorski y Palleiro, 2000).

cuestión, con la condición de que yo estuviese presente, esto es, que fuera una tarea conjunta ya que podría “ayudarla” con su español en la elección adecuada de los términos pero, sobre todo, con aquellos conceptos que, a priori, temía le resultaran difíciles de transmitir en el nuevo idioma. Así convinimos que la traducción fuera en forma oral y se realizara en sucesivas entrevistas que yo grababa y transcribía luego.

Desde el comienzo de nuestras reuniones tuve la certeza de que se trataba de una experiencia diferente a la que había vivido en tantas otras oportunidades, sobre todo por el tipo de información que estábamos generando sumado a la problemática del pasaje de un código a otro. A medida que la joven iba traduciendo, se interrumpía, me preguntaba ciertas palabras, iba agregando comentarios propios ya fuera para facilitar mi comprensión, ya para dar su opinión o bien para expresar, una y otra vez, el asombro que despertaban en ella muchos de los episodios que aparecían conformando la historia de su propia comunidad en el nuevo contexto y que manifestaba desconocer por completo. A ello hay que agregar mis propias interrupciones que a veces obedecían a la falta de claridad en la traducción, otras a mi curiosidad por saber más y adelantarme al relato o, en ocasiones, al deseo de conocer la opinión de Teresa. Las entrevistas fueron transcritas en primera instancia sin ninguna modificación. Sin embargo, a fin de dar mayor coherencia al material, posteriormente las reescribí reorganizando el contenido en una secuencia narrativa que permitiera acceder a la información con mayor claridad.

En resumen, me encontré frente a un material muy particular: se trataba de un libro en coreano que contenía una mirada endogrupal acerca de la historia de la inmigración a la cual no podía acceder en forma directa; de una traducción muy poco canónica de ese texto, registrada en forma oral y de una transcripción posterior con agregados de la intérprete en un castellano a pesar de todo empobrecido e intervenciones de la investigadora. El texto original, generado en la oralidad (los relatos en que se basó el Sr. Lee) y plasmado en la escritura del libro, había vuelto a la oralidad mediante la traducción de Teresa y se había reconvertido en texto en un nuevo documento. En una palabra, como investigadora había logrado una nueva versión de *La historia de la inmigración coreana en la Argentina*.

Si bien este material fue de enorme importancia para mí, soy consciente de que lo utilicé en esta investigación sólo de manera fragmentaria. Es decir, me aportó datos concretos que incluso pude contrastar con enunciados de otros entrevistados. En cuanto

al ordenamiento de los comentarios de Teresa seguí la metodología de análisis del discurso que implementé con el material de las entrevistas. Sin embargo, al considerar esta particular modalidad de registro y su relación con la memoria y la historia del grupo, me enfrenté con una situación por demás compleja, precisamente por la necesidad de implementar un análisis que diera cuenta de la doble problemática de la génesis de ese material y de la memoria del grupo, que se sumó a una reflexión crítica respecto de mi propia tarea como investigadora. Debo decir que dicho material quedó archivado en una caja, como un documento abierto, a la espera de encontrar un soporte teórico- metodológico para poder recuperarlo¹⁸.

Los ámbitos de las entrevistas

Las reuniones con los integrantes de la comunidad coreana tuvieron lugar en distintos ámbitos, cada uno de los cuales con características determinadas

Únicamente en tres ocasiones, las entrevistas se efectuaron en las viviendas particulares de los entrevistados y sólo en un caso de los tres se trató de una vivienda exclusivamente particular (era la casa de un médico acupunturista en el barrio de Palermo). En las otras dos ocasiones, las viviendas coincidían con el lugar de trabajo: se trató de una verdulería y la sede del semanario *El Coreano* que se edita en la casa de sus propietarios. Confiterías y bares fueron los sitios de encuentro sobre todo con los jóvenes y adolescentes. En algunos casos, estaban en las cercanías de las respectivas facultades en las que cursaban sus estudios (Filosofía y Letras, Ciudad Universitaria, Ciencias Económicas), en otros fueron confiterías de la zona de Flores Sur.

La mayoría de las veces las reuniones se llevaron a cabo en locales de venta de ropa, como también en una inmobiliaria, una casa de electricidad y una farmacia, ubicados en Flores Sur. También en comercios de indumentaria y en una oficina de importación de flores artificiales, (un departamento de pequeñas dimensiones), en el barrio de Once.

¹⁸ A través de una tarea interdisciplinaria iniciada con la Dra. María Inés Palleiro, me propuse someter este archivo a la mirada de la genética textual (Bialogorki y Palleiro 2000a; 2000b; 2001). La **genética textual** reflexiona sobre las huellas o trazos de la producción textual (Falconer 1988:268) y sobre los distintos estadios de formación de un texto (Grésillon, 1990). Este autor (1994:25) caracteriza esta perspectiva como "una mirada nueva" en la que prevalece "la producción sobre el producto", "la textualización sobre el texto", "lo dinámico sobre lo estático", "la génesis sobre la estructura". Tal perspectiva ofrece la posibilidad de abordar los textos en estudio como documentos de proceso (Hay et al. 1993) Entre estos documentos, la obra original en coreano adquirió para mí, como investigadora, el carácter de anotación inicial, que forma parte de un sistema textual en el que sirve como núcleo de dispersión de realizaciones discursivas posteriores (Cfr. Bialogorski y Palleiro 2001).

Para no alterar el ritmo del trabajo, se combinaban previamente horarios en los que la afluencia de clientes era nula o escasa o cuando concluían la jornada laboral. Cuando nuestros entrevistados cumplían funciones en instituciones comunitarias o argentinas, las reuniones se realizaban en las respectivas sedes. Este fue el caso de la Asociación Coreana Argentina, la Asociación de Empresarios de la Av. Avellaneda (ACEA), el *Diario Central* y el *Korea Time*, el hospital Álvarez, las instituciones religiosas, la Embajada de la República de Corea, la Escuela Coreana y un restaurante de la colectividad en donde se reúnen los miembros de la Fundación de Investigaciones Culturales.

Entrevistas a argentinos y a miembros de otros grupos minoritarios

Además de los contactos con la comunidad coreana, desde mi perspectiva metodológica resultaba fundamental contar con la visión que los argentinos y otros grupos minoritarios iban componiendo acerca del fenómeno inmigratorio como material de contraste. La construcción diferencial en función de las imágenes endógenas, exógenas y del vínculo permitirían establecer la significación del mismo y las áreas de proximidad o distancia con el contexto receptor.

De modo que, en principio, mantuve entrevistas con aquellos argentinos que me habían contactado a su vez con sus conocidos coreanos. Tal el caso en los ámbitos educativo, comercial y religioso aludidos. Posteriormente continué con empleados de sus comercios, docentes de nivel primario y profesores secundarios del Instituto Susini. Así también procedí con el entonces vice-rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, el Dr. Lucio Sánchez, y con preceptores de dicho establecimiento con quienes decidí reunirme cuando averigüé que ambas instituciones contaban con una importante población estudiantil coreana.

Las entrevistas también incluyeron a comerciantes judíos del barrio de Flores y Once que interactuaban con comerciantes coreanos, y a inmigrantes bolivianos que habían tenido la experiencia de trabajar en talleres de costura de esa colectividad. En el primer caso, nos encontramos en sus locales o en alguna confitería de las proximidades. En el segundo, sólo en dos oportunidades las entrevistas se llevaron a cabo en sendas casas particulares, el resto tuvo lugar en las inmediaciones de la plaza de Cobo y Curapaligüe, ámbito en el cual los inmigrantes coreanos van en busca de mano de obra

indocumentada, en su mayoría bolivianos. Paralelamente, registré en conversaciones casuales con taxistas, conocidos, amigos y jóvenes en general, sus opiniones respecto de esta nueva inmigración, surgidas muchas veces de manera espontánea al conocer la investigación que estaba llevando a cabo. Parte del trabajo de campo, consistió, finalmente, en hacer un seguimiento de los principales periódicos de circulación nacional entre 1989 y 1994, a fin de registrar aquellas notas que tuvieran como protagonista al nuevo inmigrante.

A los fines de esta investigación, los datos que se tomaron en cuenta a partir de las experiencias de entrevista estuvieron constituidos por una textualidad configuradora de la significación del fenómeno migratorio coreano en la Argentina. Una textualidad que contiene el conjunto de relaciones posibles con las que coreanos y argentinos construyen dicha experiencia en esta sociedad.

Universo de análisis

El universo de análisis de esta investigación proviene de cuarenta y siete entrevistas grabadas, que se realizaron a miembros de la comunidad coreana. A ello hay que agregar un conjunto de ocho más, realizadas en torno a la traducción del citado libro del Sr. Lee.

Conforme a la propuesta teórica y metodológica original, no fueron sometidas al análisis aquellas entrevistas que, por decisión personal, y dadas las circunstancias del encuentro, no fueron grabadas. Es importante aclarar que las mismas han tenido el enorme valor de brindar numerosos elementos de interpretación.

Como material de contraste se utilizó el proveniente de veinticinco entrevistas a argentinos y de seis realizadas a inmigrantes bolivianos, focalizadas en temas puntuales. También fueron grabadas y transcritas a los efectos de su ordenamiento y análisis.

Por otro lado, el material proveniente de la prensa argentina formó parte del corpus de contraste

Ordenamiento y análisis de la información

Para ordenar y analizar la información se recurrió a la semiótica de enunciados, instrumento analítico diseñado por Magariños de Morentin (1993, 1996, 1998) para ser implementado en el campo de las ciencias sociales, y que es consecuente con el concepto de “fenómeno social” como lo ya interpretado, tal y como se lo plantea en este trabajo.

Las operaciones metodológicas que surgen de esta propuesta provienen de una síntesis entre la semiótica cognitiva y el análisis del discurso. La primera de estas disciplinas permite dar cuenta de los procesos de producción de la significación en función de tres supuestos fundamentales: no hay semántica sin sintaxis, todo lo efectivamente dicho se corresponde con una posibilidad preexistente de decirlo y estas posibilidades de decir no son individuales sino que se comparten con la comunidad a la que pertenece el productor del texto (quien comparte alguna o varias de las “formaciones discursivas” (Foucault, 1972) vigentes en tal comunidad). Recuperar estas formaciones discursivas es uno de los objetivos principales de esta metodología semiótica (Magariños de Morentin 1998:235) y ha sido la base de esta investigación.

El análisis de discurso al que se alude es un método cualitativo cuyo objetivo consiste en establecer el contenido semántico de los conceptos correspondiente a los términos efectivamente utilizados en determinados textos, cuyo análisis se considera de interés para el investigador¹⁹. Fundamentalmente, se diferencia del análisis de contenido al no admitir conocimiento a priori de ninguna clase en cuanto al contenido semántico del lenguaje, sino que se propone explicar, respecto de cada término, de qué modo construye tal contenido o significación en función de su uso en el contexto material en el que aparece.

Esta herramienta permite identificar las relaciones semánticas efectivamente utilizadas en el texto o corpus de textos analizados, estableciendo algunas reglas elementales para la configuración de las relaciones semánticas, contrastativas y dialécticas que una palabra mantiene con otras palabras (en los enunciados) o con

¹⁹ Proviene, por una parte, del estructuralismo norteamericano, a través de los continuadores de la obra de Harris (1954) y por otra, de la escuela francesa de análisis del discurso originada en los trabajos lingüísticos de Pecheux (1969, 1975) y en las reflexiones sobre epistemología de la historia y crítica del discurso de Foucault (1969, 1971), todo ello continuado por lingüistas, sociólogos y politicólogos vinculados a la revista *Langages*. En sus aspectos más actuales se basa en los desarrollos de la lingüística cognitiva realizados, entre otros, por Jackendoff (1983, 1987, 1993), Langacker (1987, 1991), Lakoff & Johnson (1980) y Lakoff (1987) (Magariños de Morentin 1998:234-6)

determinadas secuencias de palabras (en los conjuntos y las redes de enunciados). Una vez grabadas y transcritas las entrevistas, se procedió a una segmentación de las mismas, rastreando en cada una el conjunto de términos (en particular, sustantivos y pronombres) referidos por los mismos actores al hablar de los distintos aspectos de su experiencia inmigratoria en la Argentina, (por ejemplo, “Argentina”, “Corea”, “argentinos”, “ellos”, “nosotros”, “trabajo”, “familia”, “hijos” “inmigrante”, “integración”, “coreano”, “judío”, “boliviano”, “cliente”, “comercio”, “negocio”, “escuela”, etc.).

Con el conjunto de estos términos o lexemas se elaboraron “definiciones contextuales”, que son aquellas construcciones mediante las cuales se establece el sentido que adquiere un término cualquiera, presente en determinado segmento textual, en función del contexto al que dicho término aparece asociado en ese mismo segmento. Formalmente consiste en una normalización elemental que implica pronominalizar la presencia del término seleccionado en su contexto de uso, de modo que el resto de la estructura de la frase aparezca dependiente de dicho término²⁰.

A modo de ejemplo, del siguiente texto perteneciente a un entrevistado coreano, se obtuvieron estas definiciones contextuales:

“El inmigrante coreano cuando viene de allá (de Corea) acá (Argentina) se ha visto obligado a trabajar. Muy pocas familias le dieron un nivel muy alto a la educación e hicieron estudiar y trabajar al mismo tiempo a sus hijos”.

Inmigrante: aquel coreano que se ha visto obligado a trabajar cuando viene de allá (Corea) a acá (Argentina).

Familias: aquellas muy pocas (coreanas) que le dieron un nivel muy alto a la educación

Familias: aquellas muy pocas (coreanas) que hicieron estudiar y trabajar al mismo tiempo a sus hijos.

²⁰ Las definiciones contextuales tienen una configuración determinada que se representa como: X es [aquel./la/lo + (preposición o expresión proposicional con q!) + resto del contexto de la oración] Se entiende por q! cualquiera de aquellas expresiones sintácticas que contienen un pronombre relativo expresado directamente o por transformación (en el sentido en que “cómo” es una transformación de “de qué manera” o “dónde” lo es de “en qué lugar”, etc.). (Ver Magariños de Morentin 1998:240 y Magariños de Morentin y otros 1993:65).

Toda definición contextual genera un eje conceptual que permite, mediante búsquedas, conformar campos semánticos²¹, es decir, agrupar en torno a dicho eje otras definiciones que por homogeneidad semántica lo compartan. Esta tarea se llevó a cabo, a partir de haber organizado con ellas una base informática.

Esta formalización en campos semánticos fue efectuada en cada entrevista a fin de integrar luego las distintas unidades semánticas identificadas para el conjunto de los entrevistados, de modo de armar redes que representan las relaciones y matices semánticos contenidos en los textos específicos.

El siguiente es un ejemplo del esquema general de una red que después será desarrollada en sus contenidos concretos:

Carrera (universitaria)

Elección

Otros ejes a determinar

En Argentina

En Corea del Sur

Características

Libertad

Trabajo comunitario

Idioma

Enunciador: Grupo coreano

Para confeccionar esta red, se tomó el término “carrera” (universitaria) que aparece en el discurso de distintos entrevistados pertenecientes al grupo coreano. Algunas de las definiciones contextuales generaron un eje conceptual que tiene que ver con la elección de la misma. Este eje generó a su vez, tres sub-ejes: la elección en la

²¹ Tomamos en consideración la expresión de Lyons (1977) quien define un campo semántico como aquél que está constituido por "los lexemas y las distintas unidades semánticas relacionadas paradigmática o sintagmáticamente dentro de un sistema lingüístico", siendo pues, categorías de la lengua. Es necesario aclarar no obstante que la metodología que utilizamos plantea la diferencia de que ese campo semántico no es un a priori sino que resulta constatado por las expresiones efectivamente utilizadas. Para nosotros, estas unidades semánticas se identifican en determinadas expresiones textuales que a su vez permiten diversificarlas en subcategorías que las especifican.

Argentina (sub-eje 1), en Corea del Sur (sub-eje 2) y las características que asume esta elección (sub-eje 3):

Término: “**Carrera**” (**universitaria**)

Eje 1: **Elección**

Sub-eje 1: en **Argentina**

Definiciones contextuales:

- aquella /universitaria de medicina/ que siguen los coreanos /en la Argentina/ (2091)
- aquella universitaria cuya elección en la Argentina es un reflejo de lo que pasa en Corea (282)
- aquellas / universitarias/ de Economía, Medicina, Administración, Comercio Internacional que eligen la mayoría /de los chicos coreanos en la Argentina/ (713)
- aquellas / universitarias/ Humanísticas que no /eligen los chicos coreanos en Argentina/ (2986)

Sub-eje2: en **Corea del Sur**

Definiciones contextuales:

- aquella universitaria con más oportunidad de trabajar que conviene elegir en Corea (1138)
- aquella (universitaria) de medicina que estudian mucho (los jóvenes) en Corea (1140)
- aquella de Medicina, Odontología, Farmacia que están de onda en Corea (68)

Sub-eje 3: **Características**

Componente 1: Libertad de elección

Definiciones contextuales:

- aquella universitaria elegida por los padres (en Corea del Sur y en la Argentina) que tenés que respetar (288)

- aquella universitaria de Sociología o Ciencias Políticas sobre las cuales digo a mis amigos /coreanos/ que pueden elegir /en la Argentina/ (542)

Componente 2: **Trabajo comunitario**

Definiciones contextuales:

- aquellas / universitarias de Sociología o Ciencias Políticas/ con cuya elección /los chicos coreanos/ podrían ayudar mucho para hacer una investigación sobre la comunidad coreana /en la Argentina/ (5611)

- aquella /universitaria de Ciencias Políticas/ que yo seguí para ayudar a la colectividad /coreana en Argentina/ (6075)

Componente 3: **Idioma**

Definiciones contextuales:

- aquella de Filosofía que dejó un amigo mío /coreano/ por el idioma (castellano) (6216)

Cabe señalar que la identificación de los ejes conceptuales tiene valor de hipótesis mientras avanza la investigación y hasta que se compruebe la eficacia de la agrupación.

Por otra parte, mediante el análisis pueden establecerse para cada sub- eje, como se ha visto, diversos componentes según los intereses del investigador, los que pueden, a su vez, diversificarse en nuevas subcategorías que los especifican.

Es importante señalar que cada una de estas expresiones, extraídas de un conjunto mayor a los fines de la ejemplificación, provienen de sendas entrevistas (no siempre se trata de la misma) y sólo han sido seleccionadas por la computadora

aquellas que responden a ese ítem (entre paréntesis se indicó el número de definición contextual correspondiente a la base de datos)

Esta modalidad analítica se diferencia de un recorte conceptual ya que los términos no se han seleccionado apriorísticamente con el objeto de reconducirlos a concepciones teóricas previas, sino que han sido surgido efectivamente en el discurso de los actores sociales.

El propósito de esta metodología es establecer formaciones discursivas de la comunidad coreana de manera de poder organizar sus “mundos semióticos posibles” (MSPs). Es decir, identificar distintas maneras de construir el significado de los fenómenos del entorno, conforme a las opciones disponibles con que cuentan los miembros de una comunidad determinada en un tiempo y espacios dados.

Estas operaciones fueron utilizadas asimismo para intervenir en el material discursivo proveniente de entrevistas a miembros de la sociedad argentina con el objetivo de identificar las unidades semánticas comunes a los dos grupos, lo que permitió establecer los aspectos a los cuales ambos se refirieron mediante el contraste de la significación en un caso y en otro. Una recapitulación de la primera etapa de la investigación, entonces, permite determinar que el objetivo planteado fue identificar el universo de términos empleados por los entrevistados coreanos para ver cómo construían los objetos y conceptos de los cuales hablaban y así, daban significación a las distintas instancias vividas en su experiencia de inserción e interrelación en el nuevo contexto.

En un segundo momento el interés se centró no sólo en dichos aspectos sino en la manera en que los construían en función de una de las hipótesis de este trabajo, según la cual a través de ese proceso se podría acceder a la subjetividad de los inmigrantes coreanos y a su posicionamiento respecto de la sociedad argentina en términos de una mayor o menor proximidad o distancia.

Desde el punto de vista metodológico, este objetivo implicó avanzar en la elaboración de una nueva estructura de organización informática del conjunto de los enunciados pertenecientes tanto al discurso coreano como al argentino, que permitiera dos tipos de búsqueda orientadas respectivamente a:

1. Ver qué negaban o afirmaban los entrevistados del contexto argentino, de la comunidad coreana, de sí mismos, de los otros, del vínculo y a quién/es atribuían su discurso.

2. Ver qué distancia tomaban respecto de tales negaciones/ afirmaciones y cuáles eran las barreras que interponían y daban cuenta de los grados relativos de compromiso en la interrelación.

Para desarrollar este punto acudimos al registro de las modalizaciones²² y las actitudes proposicionales (Hintikka, 1969; Maingueneau, 1980; Benveniste, 1985; Kerbrat-Orecchioni, 1993), es decir, a las marcas dadas por los sujetos a sus enunciados. Ellas apuntan a señalar la adhesión del hablante a su propio discurso que puede o no estar muy subrayada, o disminuir y, de este modo, desplazarse por una escala continua que varía a lo largo del discurso.

Consideramos las modalidades de enunciado como una categoría lingüística que, a diferencia de la modalidad de la enunciación, no se apoya en la relación hablante-oyente en el proceso de producción del discurso. Estas modalidades caracterizan en el acto producido, la forma en que el hablante sitúa el enunciado en relación con la verdad, la falsedad, la probabilidad, la certidumbre, la verosimilitud, etc. (modalidades lógicas) o con juicios apreciativos como lo feliz, lo útil, lo triste, etc. (modalidades apreciativas) (Maingueneau, op.cit.:127; Kerbrat – Orecchioni, op.cit.).

Se organizó entonces, una nueva base de datos: en primer lugar se tomó en cuenta, respecto del sujeto del enunciado, su coincidencia o no con el sujeto de la enunciación y, en segundo término, las actitudes de los emisores frente a sus enunciados.

En el primer caso, la posición que los entrevistados asumen en relación con su discurso reviste particular importancia cuando el hablante pertenece al grupo al cual hace referencia, en este caso, la comunidad coreana. Puede ocurrir entonces tanto que el enunciadador se identifique plenamente con el sujeto del enunciado a través del uso del pronombre personal de primera persona singular (“yo”) o plural (“nosotros”) dando testimonio del compromiso con el grupo de pertenencia (diciendo, por ejemplo: “Nosotros (los coreanos) siempre en algo nos vamos a diferenciar” (del argentino)); como que, por el contrario, se distancie de su enunciado (mediante la utilización de la

²² El campo de las modalidades es uno de los menos estables de la teoría de la enunciación. Los términos modalidades, modalizador, modal, modalización, tomados de la lógica, remiten a realidades lingüísticas variadas. La modalidad de enunciación corresponde a una relación interpersonal, social y exige en consecuencia una relación entre los protagonistas de la comunicación. Una frase no puede recibir más que una modalidad de enunciación -obligatoria- que puede ser declarativa, interrogativa, imperativa, exclamativa y que especifica el tipo de comunicación entre el hablante y el/los oyentes (Maingueneau 1980:126).

tercera persona) excluyéndose de su grupo: "Ellos (los coreanos) son muy cerrados". También se ha tenido en cuenta en el análisis, en el caso de que el hablante utilice la tercera persona y le adjudique su discurso al sujeto del enunciado, a qué segmento de su comunidad lo atribuye (los hijos, los jóvenes, los de la generación intermedia, etc.). Por ejemplo: "Los padres /coreanos/ no quieren que sus hijos pierdan la identidad coreana".

Focalizar en las variables que especifican al grupo referido en los enunciados (se trate de coreanos o de argentinos) contribuye a establecer también la diversidad de matices que modalizan las posiciones de máximo o mínimo acercamiento o alejamiento con que los actores sociales configuran la interrelación. No es lo mismo decir que "Los coreanos no hablan castellano" haciendo extensiva dicha actitud de distanciamiento al conjunto de la comunidad, que manifestar que "Los (coreanos) mayores, ancianos, no se meten a aprender castellano", diferenciando a quienes, en todo caso, se distancian más.

Otro elemento importante a considerar ha sido la atribución a los argentinos de ciertos pensamientos o creencias ya sea de manera categórica ("Los argentinos creen que acá los coreanos son tontos") o relativizada a través del empleo de modalizaciones ("Nosotros pensamos que los periodistas argentinos piensan mal de los coreanos").

En resumen, una vez finalizada la tarea de segmentación del material en definiciones contextuales, fueron reunidas en conjuntos homogéneos todas aquellas expresiones según afirmaran o negaran la inclusión o la exclusión del grupo coreano en relación con la sociedad argentina y con su propio grupo, mediante construcciones afirmativas o negativas que tomaran en cuenta la dimensión semántico- verbal.

Conviene aclarar que cuando se habla de inclusión/exclusión se hace referencia a los modos de construir discursivamente el grado de participación del inmigrante coreano en los distintos ámbitos y aspectos de la vida cotidiana en la sociedad argentina y en su propia comunidad, dando cuenta de zonas de proximidad, distancia o ruptura en cada caso.

La vinculación intergrupal se configura en el discurso de los entrevistados coreanos en algunos casos afirmando lo argentino, en otros negando lo coreano y viceversa. El hecho de que los entrevistados afirmen y nieguen un mismo aspecto de la vinculación indica una complementariedad que refuerza dichas posiciones. Por ejemplo, si se dice que los coreanos "se aíslan de la sociedad argentina", y además, que "están dentro de la colectividad /coreana/", esto no hace sino perfeccionar la afirmación

de exclusión del medio argentino. Por el contrario, cuando expresan que “los chicos coreanos/ "no aceptan la cultura coreana" y afirman además, que "hablan castellano en sus casas” enfatizan la noción de inclusión en el nuevo medio.

Ahora bien, tanto las posiciones expresadas por los complementarios como por los contradictorios pueden relativizarse en función de la especificación del grupo referido y de la distancia de los hablantes respecto de sus enunciados como también según las actitudes que aquellos asumen y que registramos a partir de las modalizaciones (construidas con verbos tales como “poder”, “creer”, “querer”, “pensar”, “gustar”) y de las actitudes proposicionales (construidas con los que denotan disposiciones u operaciones mentales, tales como “sentir”, “sufrir”, “aceptar”, “aprender”, “concluir”, “interesarse”, “entender”, “adaptar”, “importar”)²³.

Estos conceptos fueron de utilidad para organizar la base de datos en esta segunda etapa de la investigación, en la que se abordaron los tres campos de análisis antes mencionados: el correspondiente al grupo referido, el de las actitudes que asumen los hablantes y el que corresponde a las modalizaciones respecto de las actitudes asumidas en relación a los comportamientos mencionados.

Esta perspectiva fue la que permitió una mayor aproximación a la experiencia subjetiva del inmigrante coreano en nuestro país, dando cuenta, no ya desde una orientación lingüística sino antropológica, de que la integración del grupo coreano y su vinculación con el contexto argentino se conforma de manera fragmentaria. Desde las posiciones más extremas que ubican a estos nuevos inmigrantes en un polo de marcado alejamiento en relación con los argentinos, se despliegan hitos intermedios que matizan y modulan una realidad por demás compleja. Esto permite ver, además, que lejos de configurarse una identidad homogénea -llámese "grupala", "étnica" o "inmigrada"-, la misma se desgaja y segmenta dado que su contenido es disperso y adquiere en cada caso, particularidades que le son propias. En el universo de análisis que ha sido tomado en cuenta es posible constatar esta dispersión en las distintas maneras de construir un mismo fenómeno.

A partir del método adoptado, se ha logrado identificar cada uno de los aspectos referidos por los entrevistados tal como ha sido producido por ellos y con las

²³ Para una subcategorización más completa de los modalizadores véase Kerbrat- Orehioni, 1993. La misma excede los límites del presente trabajo.

relaciones que han establecido, de modo tal de poder armar un modelo no apriorístico de la identidad de la comunidad coreana en la Argentina. De lo que se parte es de un instrumento, de operaciones técnicas que, precisamente, hacen que aparezcan dichas relaciones semánticas y el modo en que se construyen.

Este método ha permitido ordenar el material y crear un archivo de datos que cuenta con la rigurosidad de lo efectivamente dicho y un criterio transmisible y aplicable a fines comparativos con otros grupos o, en términos diacrónicos, dentro del mismo grupo. Toda nueva información, tratada con la misma metodología, puede incorporarse a dicho archivo, lo que da la posibilidad de un futuro análisis intertextual diacrónico que permita evidenciar procesos de transformación social.

Una vez más, cabe aclarar que el uso del análisis de discurso que se ha efectuado busca explicar más que categorías lingüísticas, el uso del significado social que adquiere el mundo cuando es dicho de una determinada manera y no de otra.

SEGUNDA PARTE

LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DE LA EXPERIENCIA MIGRATORIA EN LOS INTEGRANTES DE LA COMUNIDAD COREANA: IMÁGENES EXÓGENAS, ENDÓGENAS Y DEL VÍNCULO

Esta segunda parte, “La construcción simbólica de la experiencia migratoria en los integrantes de la comunidad coreana: imágenes exógenas, endógenas y del vínculo”, se constituye en el eje central de nuestro trabajo. En base a los criterios analíticos desarrollados en el capítulo anterior, hemos accedido a la emergencia del juego de subjetividades e identidades relacionales y diferenciales construidas en el universo discursivo del grupo coreano en estudio, que nos ha llevado a organizar su construcción conforme a tres enfoques concurrentes: las **imágenes exógenas** (Capítulo 4), las **imágenes endógenas** (Capítulo 5) y las **imágenes del vínculo** (Capítulo 6).²⁴

Como anticipamos en el Capítulo 1, denominamos imágenes **exógenas** aquéllas en las que, en el discurso del propio coreano, adquiere peso predominante la configuración del otro no coreano. Denominamos imágenes **endógenas**, aquéllas que emergen en el discurso coreano en las que, por el contrario, predomina la construcción que realizan los sujetos acerca de sí mismos. Finalmente, nos referimos a las imágenes **del vínculo** como aquellas construcciones que surgen del propio discurso coreano, en las que prevalece la construcción de la interrelación entre coreanos y no coreanos en ámbitos de contacto necesarios, es decir, en las que los sujetos se ven a sí mismos actuando y ven actuar a los demás en interacciones concretas²⁵. Cada una de ellas no plantea relaciones simples, como se verá, sino un conjunto de relaciones complejas que hemos ido identificando en cada caso.

Recordemos que la separación propuesta responde al criterio de predominio de uno de los enfoques sobre los demás en las distintas construcciones sin que ello suponga la necesaria ausencia de los otros. Se da más bien, como dijimos, una concurrencia y una implicación mutua.

Veremos cómo a partir de la configuración de entidades tales como trabajo, familia, lengua, cultura, educación, inmigración, amistad, matrimonio, discriminación,

²⁴ Las consideraciones que efectuamos de este eje como de los siguientes, tienen como fundamento las bases de datos mencionadas en el Capítulo 3, que incluimos en un diskette anexo.

²⁵ Los términos con que organizamos los diferentes enfoques fueron, en el caso del primero, las imágenes exógenas: “Argentina” (y expresiones equivalentes como “este país”, “esta tierra”, “acá”) y “argentino/a/s” (o “ellos”, “la gente” /argentinos/). En las imágenes endógenas, los términos considerados dentro del universo discursivo coreano han sido: “coreano/s”, “nosotros”, “yo”, “chico/a/s” / coreanos/, “ellos” /coreanos/, “inmigrante/s”; “Corea” (“allá”) y “comunidad” o “colectividad” /coreana/. En el tercero, la construcción de la imagen del vínculo, los términos tomados en cuenta fueron múltiples de acuerdo con los vínculos que organizaban (“trabajo”, “empleado”, “negocio”, “local”, “comerciante”, “fábrica”, “amigo/a”, “jóven/es”, “integración”, “estudio”, “carrera” /universitaria/, “discriminación”, “argentinización”, “identificación”, “cultura”, “lengua” (“castellano”, “coreano”), “amistad”, “boliviano/s”, “judío/s” entre otros) aunque, como explicamos en el capítulo anterior, según el sentido adquirido, algunos conformaron distintos ámbitos y conformaban distintas formaciones discursivas.

integración, adaptación, argentinización, con sus conceptos asociados y sus múltiples vinculaciones, ha sido posible acceder a la significación que adquiere la experiencia migratoria para el grupo coreano en la Argentina en las instancias diferentes de su incorporación al nuevo contexto.

En todos los casos registramos de manera operativa quién era el sujeto del enunciado de modo de establecer a quién/es los entrevistados atribuían sus afirmaciones y advertir así en qué lugar se ubicaban ellos mismos en cuanto sujetos de la enunciación. Tuvimos en cuenta pues, las especificaciones que recortaban sectores dentro de la comunidad y del contexto argentino. Respecto de la propia comunidad, veremos que se hace referencia a los coreanos en general, y en particular, a los inmigrantes, a los comerciantes, a los padres, a los hijos, a los jóvenes, a los chicos, a los mayores, a las mujeres, a los estudiantes, a los profesionales, a las instituciones comunitarias.

En relación con el contexto argentino, se alude a los argentinos en general y a la Argentina, y de modo más particularizado a los comerciantes, empleados, proveedores, locadores de locales comerciales, docentes, jóvenes, padres, compañeros de estudio, funcionarios, periodistas, vecinos y a otros grupos minoritarios que conforman la sociedad mayoritaria.

En cuanto a la construcción de las subjetividades y de las identidades relacionales y diferenciales, veremos que las imágenes **endógenas, exógenas y del vínculo** emergen como producto de la interrelación de discursividades vigentes en la propia comunidad y en la sociedad argentina: el discurso mediático, el discurso cotidiano, el discurso político, todos ellos configuradores de valores y conceptos muchas veces prototípicos.

En su discurso los sujetos remiten a distintas posiciones. Desde la **posición de inmigrante**, las imágenes elaboradas por los integrantes del grupo coreano, se establecen en contraste con las de otros migrantes residentes en la Argentina y, hacia el interior del grupo, con la de los propios migrantes coreanos.

Desde la posición de **comerciante**, dichas imágenes se construyen en relación con las de otros comerciantes (argentinos, judíos o coreanos), con las de empleados (argentinos y bolivianos), locadores (judíos), proveedores (argentinos, judíos y coreanos) y funcionarios (argentinos).

Desde la posición de **estudiante**, las mismas se construyen en contraposición con las de otros estudiantes (argentinos y coreanos en la Argentina y en su país de origen) y con las de docentes.

Desde una posición etaria, los jóvenes coreanos construyen las distintas imágenes en contraste con las de sus pares argentinos y sus pares coreanos residentes en este contexto y en Surcorea.

En tanto detentoras de una cultura diferente de la del medio receptor, las imágenes exógenas, endógenas y del vínculo construidas en el discurso coreano se contrastan con las elaboradas respecto de la cultura mayoritaria (occidental, argentina) y de la propia cultura (vigente en la comunidad instalada en la Argentina y en su país de origen).

En todos los casos atendimos, como se verá, a los puntos de proximidad o distancia tal como resultaron configurados en el universo discursivo coreano en virtud de qué se afirmaba o negaba del contexto argentino y/o del propio grupo de pertenencia, en forma contundente y por lo tanto, delimitando posiciones extremas en uno u otro sentido, o bien, de manera relativizada, modulando tales posiciones.

Capítulo 4

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IMÁGENES EXÓGENAS

Las imágenes de la Argentina en la mirada coreana

En el discurso coreano aparece el término “Argentina” y expresiones equivalentes como "este país", "esta tierra" o simplemente "acá", en referencia al espacio, descrito al mismo tiempo como **abstracto** y **concreto**, que han elegido estos inmigrantes para probar suerte, arraigarse o, incluso, abandonar en busca de otro destino mejor. Esta Argentina, que construyen de manera impersonal y genérica, la perfilan como un contraste entre una marcada **riqueza natural** percibida en los múltiples recursos diseminados en un extenso territorio y un **empobrecimiento cultural** que ligan a la idiosincracia de sus habitantes, la falta de ética, la ausencia de un espíritu de sacrificio para el trabajo y para el desarrollo educativo. Sin embargo, esta “Argentina”, es a su vez, la que va adquiriendo individualidad a medida que se configura simbólicamente como el ámbito en el cual se desenvuelve la vida cotidiana de la comunidad coreana generando diferentes sentidos.

La Argentina y la presencia coreana

En la Argentina, los entrevistados marcan su existencia afirmando la presencia de una **sociedad coreana** que se corporiza en un número acotable y, además, estable de población ("cuarenta mil") en el seno de la cual adquiere ya entidad, el conjunto de niños nacidos en este país ("alrededor de diez mil"). Una comunidad que, enfatizan, se ha organizado **institucionalmente** desde el punto de vista **civil, comercial y religioso**, como veremos más adelante, a través de diferentes asociaciones que puntualizan: la Asociación Coreana Argentina, el Centro Médico Coreano, la Escuela Coreana, la Cámara de Empresarios de la Avenida Avellaneda, las iglesias comunitarias, e incluso un cementerio privado. Una comunidad que se hace visible a partir de reconocerse inmersa en una intensa actividad comercial, principalmente textil, cuyo centro localizan fundamentalmente en la Capital Federal y en menor medida en las distintas ciudades del interior del país.

Esta configuración de imágenes exógenas y endógenas que surge en el discurso de los entrevistados al hablar de la Argentina en relación con el propio grupo, deja entrever una historia con historia y una vida de comunidad consolidada en este nuevo ámbito, que contradice el rasgo de transitoriedad con el que se identifica de manera genérica a estos nuevos migrantes en el discurso cotidiano y mediático argentinos, pero que también aparecerá en el propio decir coreano, como veremos en su auto percepción como migrante.

La Argentina y la diferencia

La **Argentina** aparece en el decir coreano como el escenario en donde se inscribe la **diferencia** respecto del país de origen, punto de contraste inevitable. Con este término se marca de manera genérica, la disimilitud del escenario geográfico, las costumbres, las formas de vivir, de relacionarse, de trabajar y de valorizar el trabajo, el progreso, el tiempo productivo y la educación.

La modalidad de abstracción con que construyen esa diferencia toma la forma de una descripción con cierta especificidad cuando aparece vinculada a las primeras percepciones de la ciudad de Buenos Aires a la que arriban en primer lugar. La **amplitud del espacio urbano**, la **edificación moderna** y las **plazas** son los elementos que aparecen mencionados como sorprendentes. Y algunos detalles de la vida cotidiana en la Argentina que son percibidos como el revés de lo que acontece en el país de origen: el encendido de las llaves de luz, el lugar donde la madre coloca al niño cuando lo lleva en bicicleta o más aún, el signo aritmético de la división, que es mencionado como ejemplo paradigmático de la diferencia dada su grafía (en español y en hangul), que contrasta con la universalidad atribuida al lenguaje matemático en su expresión simbólica.

La construcción de la diferencia aparece en el discurso coreano marcando una posición de profundo distanciamiento con el contexto argentino sólo cuando es concebida explícitamente como el resultado negativo del encuentro de dos sistemas culturales no sólo distintos sino contrapuestos y generadores inevitables e insalvables de choques y conflictos.

La Argentina y los grupos minoritarios

En la Argentina, los testimonios construyen diversas imágenes exógenas que dan cuenta de otros habitantes además de los argentinos, a quienes se identifica por algún rasgo específico. A los “**judíos**” y a los “**chinos**” se los describen como culturalmente diferenciados, sobre todo, por el hecho de conservar sus respectivas **lenguas**, actitud que se les atribuye y que se asocia con una necesidad, la de mantener una identidad particular. Con respecto a los judíos es importante notar que en un primer momento no son percibidos como un sector diferenciado de la sociedad mayoritaria. Esta diferenciación aparece en el discurso coreano cuando construye las imágenes del vínculo con este grupo en el ámbito barrial y en el ámbito textil que, como veremos, comparten. En relación con los inmigrantes **bolivianos** y **chilenos**, se los define indiferenciadamente por su situación de **ilegalidad** en este país y por compartir con los propios coreanos, la circunstancia de ser **víctimas del prejuicio y la discriminación**. En este último caso, se incluye también a los **árabes**. Aquí es importante señalar la remisión a otros discursos vigentes en ese momento en el contexto argentino ya que cuando encaramos nuestro trabajo de campo, circulaban expresiones consideradas prejuiciosas hacia aquel grupo que, como vemos, retoma el decir coreano²⁶.

La Argentina y sus aspectos positivos y negativos

Casi en contrapunto, nuestros informantes construyen una Argentina que **acepta**, **permite** y **posibilita** al tiempo que **condiciona**, **dificulta**, **impide** o **rechaza** marcando, alternativamente, aspectos que configuran imágenes positivas y negativas del país que atañen a sus propias expectativas en tanto inmigrantes, estudiantes, comerciantes o pequeños empresarios.

Cuando nos referimos a los aspectos positivos aludimos a aquellas expresiones en las que la “Argentina” aparece vinculada a una posibilidad (“se puede”, “se podía”) beneficiosa para la comunidad coreana a partir de algún atributo específico. Así, cuando se hace referencia a la elección de este país como destino para los inmigrantes coreanos,

²⁶ Tales manifestaciones estaban ligadas a la instancia de la elección como figura presidencial en 1989 de Carlos Menem, de origen árabe, que si bien se autodefinía como argentino, era visualizado en la sociedad argentina como “étnico”. Los “árabes” genéricamente, aparecían en los medios de comunicación asociados al fundamentalismo, al terrorismo y al narcotráfico (Jozami 1997).

se dibuja una Argentina portadora de una cultura "más europea", "más occidentalizada", característica que la ubica en un lugar de privilegio en el escenario latinoamericano en una percepción que se adjudica a la generalidad del grupo.

A la **primera generación** se le atribuye la visión de una Argentina dadora de trabajo productivo y aseguradora de progreso económico. Cuando es en cambio la voz de los **jóvenes** la que aparece referida, las posibilidades que asignan al nuevo contexto están asociadas con otra noción, la de **libertad**. Libertad que ligando fundamentalmente con las posibilidades de estudio, trabajo y diversión que contraponen explícitamente a sus percepciones del país de origen. La libertad de elegir el ingreso a una universidad independientemente de una determinada edad y del rendimiento obtenido en el nivel secundario, la libertad para estudiar a pesar del trabajo imprescindible en su actual coyuntura y la libertad para contar además, con tiempo libre.

Respecto de los aspectos negativos, con los mismos aludimos, a diferencia del punto anterior, a la construcción de una Argentina vista como un ámbito poco hospitalario del cual el coreano se siente excluido, por discriminación, por prácticas ilegales y por imposibilitarle el progreso económico.

La Argentina y la discriminación

“Argentina” y “discriminación” son dos términos que se asocian en el discurso coreano marcando diferentes posiciones hacia el interior del grupo respecto de la percepción negativa del país. En un extremo, están quienes adjudican a la totalidad de la comunidad coreana la visión de una sociedad argentina prejuiciosa y colocan a su grupo en la situación de padecer en mayor medida que otros esta reacción, definiéndose como el blanco elegido para el rechazo y la exclusión. En este discurso en que aparece una discriminación omnipresente en relación con la comunidad coreana ("está por todos lados") adjudicada a un argentino indiferenciado y genérico ("todos"), se configura un espacio de alejamiento marcado respecto de este escenario, que se complementa con aquellos enunciados que atribuyen a los medios de comunicación nacionales el actuar como un mecanismo sistemático de producción del prejuicio hacia la comunidad coreana.

En el otro extremo, comprobamos la vigencia de un decir que, por el contrario, describe a una Argentina en que se niega la existencia de la discriminación, enunciado

que se sustenta por un lado, en la contrastación con otros contextos como es el caso citado de “los países del primer mundo” o más específicamente, de los Estados Unidos, principal destino de inmigración para los coreanos. Por otro, en la reproducción de una de las imágenes prototípicas, históricamente construida en la sociedad argentina, de un país siempre generoso con los inmigrantes, de un país abierto, acogedor, configurado por y en la diferencia. Imagen ciertamente abstracta que cuando se sustantiviza con relación al grupo coreano y se contextualiza en el tiempo y el espacio, con respecto a sus etapas de arribo y posterior instalación y desarrollo, muestra sus grietas. Asoman entonces las alusiones a esa Argentina hospitalaria en los primeros momentos de la inmigración que poco a poco se ha ido transformando hasta convertirse en un ámbito que los excluye y rechaza.

En este juego de oposiciones extremas en torno a la percepción de la Argentina de la discriminación, comienzan a emerger gradaciones que relativizan tales posturas. Aparecen manifestaciones que aluden a esta actitud como mera expresión de individuos aislados. Otras que la adjudican a la sociedad mayoritaria en su conjunto pero como un fenómeno de escasa intensidad y variable en el tiempo. Asimismo, están aquellas manifestaciones que la delimitan a un determinado ámbito, por ejemplo, el educativo y el administrativo y ni siquiera así, de manera genérica. Finalmente, encontramos expresiones en las que se enfatiza el carácter de moda de las actitudes discriminatorias, cambiante e inestable, que aparece o desaparece de la escena dependiendo de factores que exceden a la propia comunidad. En este caso, surge vinculada a situaciones de crisis social interna como la desocupación generalizada o a situaciones de política económica exterior, como la relación desventajosa de la Argentina y Surcorea en términos de balanza comercial. En un caso y en otro, el rechazo al nuevo inmigrante coreano surge en el discurso del grupo como la justificación a dicha reacción.

En una línea que da cuenta de una mayor proximidad hacia el contexto argentino, registramos aquellas manifestaciones que expresan una actitud de confianza en el país, al augurar para el futuro una disminución del prejuicio y la discriminación contra la comunidad coreana, hecho que asocian particularmente con una mayor presencia de los niños y jóvenes en el ámbito educativo.

La Argentina y la ilegalidad

“Argentina” e ilegalidad también aparecen unidos en el universo de discurso coreano. La Argentina es configurada aquí, de modo genérico, como una sociedad en la que el **vínculo social** se instituye principalmente, en el terreno de la **ilegalidad** en áreas tan dispares como la **laboral**, la **jurídica** y aún la **educativa** y que compromete a distintos agentes sociales como funcionarios, docentes, alumnos, preceptores, comerciantes, empleados y gestores.

Prácticas como la **coima**, la **evasión impositiva**, el **incumplimiento de las normas laborales**, el **trabajo en negro** de inmigrantes indocumentados, se entranan y entrecruzan en este discurso, caracterizando el funcionamiento de la sociedad que los entrevistados dicen tener que padecer aunque, del mismo modo, asumir y manejar.

En esta visión de la Argentina no hay matices. Encontramos más bien posiciones que afirman de manera taxativa la imposición de esta modalidad de la que, enfatizan, les resulta imposible sustraerse.

La Argentina y la imposibilidad de progreso económico

Un aspecto negativo adjudicado a la Argentina y mencionado de manera recurrente se vincula con las limitaciones de progreso económico que impone el país. Quienes construyen esta imagen lo hacen aludiendo a la posición de comerciantes y/o de pequeños empresarios que afirman haber visto obstaculizadas sus expectativas de desarrollo y crecimiento en este contexto. Hablan de una Argentina de la imposibilidad y de la pérdida, que atribuyen a condiciones estructurales y coyunturales. Mencionan la vigencia de leyes laborales que consideran desfavorables para sus fines, aluden a la inoperancia de los empleados argentinos, a la deficiencia de los servicios públicos y a los elevados costos del nivel de vida. Estos aspectos los relacionan con las distintas políticas económicas instrumentadas desde el momento de su inserción en el país en la década del 70 y las que se sucedieron durante los años 80 que produjeron profundas y sucesivas crisis económicas y sociales, que en este discurso aparecen ligadas únicamente al área económica, textil y comercial en particular, que es en el que se involucró mayoritariamente la comunidad coreana. Esta imagen de la Argentina de la

pérdida y de la imposibilidad no era ajena a la vigente en determinados sectores de la sociedad ligados o no necesariamente, a dicha actividad lo que nos da idea del grado de involucramiento del grupo coreano en lo que respecta al acontecer económico, principalmente. No registramos, en cambio, alusiones a la crisis social y política derivada de las prácticas dictatoriales sufridas en la Argentina a lo largo de los años 70 hasta la instauración de la democracia en 1983.

La Argentina como país receptor de los beneficios del coreano

La Argentina no sólo es percibida en el discurso coreano como el contexto que sólo **recibe a** los inmigrantes sino como aquel que **recibe** también algo **de** ellos. Ese "algo" lo vinculan básicamente con la esfera económica y laboral, tanto en lo que hace a la inversión de capitales que atribuyen en su totalidad a esta corriente migratoria, como a la introducción de un tipo de producción particular en el ámbito textil al que, afirman, la presencia coreana ha dado impulso en el país.

La Argentina, lugar de cambios

Más allá de las diferencias, de las posibilidades, de lo positivo y negativo, la Argentina se define en el decir del grupo coreano como un **espacio de cambios, presentes y futuros. Cambios presentes** que ya comienzan a advertir hacia la **interioridad del grupo** y que afectan a la propia **cultura** (mentalidad, comportamientos) y/o al **status social** de los miembros a nivel intracomunitario. Estas transformaciones excluyen la presencia del argentino. **Cambios futuros**, que lo incluyen ya que los describen como resultado del **intercambio** y de la **interacción** y que vinculan, básicamente, con el mutuo conocimiento y, por ende, con una mayor aceptación. En tal sentido, visualizan a la Argentina como un lugar en el cual se producirá una fusión a través de las uniones matrimoniales y de la creación conjunta de una nueva instancia cultural.

En el discurso de quienes se colocan en un punto de extrema proximidad con el contexto receptor, registramos expresiones que afirman para la comunidad coreana de la Argentina un proceso de "**occidentalización**" caracterizado por una transformación

cultural que los llevará no sólo a reemplazar el idioma de origen por el castellano, sino incluso a perder sus rasgos físicos.

En este discurso sobre la Argentina constitutivo de imágenes predominantemente exógenas, se van perfilando ya los grandes ejes conceptuales que irán adquiriendo, como veremos en los capítulos siguientes, matices de especificidad al entramarse con la construcción que de las imágenes endógenas y del vínculo efectúan los inmigrantes coreanos.

Las imágenes del argentino

Así como en el discurso coreano se dibujan los contornos de la Argentina, se construye asimismo, la figura de su habitante, el **argentino**. Una figura que adquiere dimensiones prototípicas pero que alcanzará singularidad en relación con la experiencia personal de la interrelación cotidiana. Es el caso del argentino de la convivencia, de la semejanza y de la diferencia.

Las representaciones acerca de ese argentino genérico e indiferenciado (“los argentinos”), cómo es, qué hace, cómo actúa, qué prioriza, remiten a dos principios en base a los cuales se conforma esa figura: su **esencia** (su "ser", su naturaleza invariable) y sus modalidades de **existencia** (formas de actuar, de pensar, de sentir). En este último caso, registramos en particular, un conjunto de enunciados en los cuales emergen como un mundo de espejos, las imágenes que los actores coreanos afirman que los argentinos adjudican a su grupo. Es aquí donde aparece el argentino como **constructor-construido** de la imagen del coreano.

La construcción de la imagen del argentino en cuanto a su esencia y existencia

Nos referimos en este punto a aquellas expresiones en las cuales, en el discurso coreano, se asigna a los argentinos por un lado características esenciales, esto es, propiedades que, consideradas como intrínsecamente ligadas a ellos, los constituyen de manera permanente e invariable. Y por otro, características existenciales que como tales remiten a factores culturales. Con respecto a las primeras, se les atribuye de modo genérico y en extremo indefinido, cualidades positivas como la bondad o el humanitarismo. Esta percepción se vuelve negativa cuando la que se dibuja es la imagen

del argentino asociada al ámbito económico. Los rasgos esenciales adjudicados en este caso, enfatizan la falta de inteligencia, del sentido de competitividad y de un espíritu emprendedor. Tendencias que, a su vez, se ponen de manifiesto, según esta mirada, en determinadas actitudes propias del argentino en relación al trabajo. Tales comportamientos, frente a los cuales el coreano se dice sorprendido, lo ubican en una posición opuesta a una lógica capitalista ya que en vez de enfatizar la acumulación y la producción, opta por la improductividad vista como displicencia, inacción, despreocupación por incrementar las ganancias, incapacidad para el ahorro, predilección por el consumo. Otros rasgos que se suman a los anteriores son la deshonestidad y un fuerte deseo de obtener bienes materiales sin sacrificio, lo que da como resultado una definición del argentino como aquél que roba en cualquier circunstancia para obtener ventajas económicas sin esfuerzo.

En términos de características personales se les adjudica una personalidad extrovertida, “abierta”, que marca el tipo de interacción personal que establecen entre sí y con los coreanos. La misma se define como más próxima dada la ausencia de normas restrictivas en función de jerarquías sociales.

Estas características esenciales endilgadas al argentino se contraponen explícitamente, como veremos, a las que constituyen las imágenes endógenas del coreano.

Ahora bien, así como se otorgan al argentino cualidades esenciales, también se lo describe de manera genérica en términos de sus **modalidades de existencia**, es decir, de acuerdo con formas de actuar, de pensar y de valorar ligadas a **factores culturales** considerados propios de la “**cultura occidental**”. Se trata de un conjunto de expresiones que dibujan su imagen enlazada al principio de la **libertad individual**. A jóvenes y adultos se les adjudica la posibilidad de elección y de acción, la independencia y el poder de decisión propio, tanto en el ámbito familiar como social y laboral. En la institución matrimonial se resalta la preeminencia del **individuo** por sobre la familia, en tanto se percibe como un rasgo distintivo, la **igualdad** entre el hombre y la mujer perceptible en modos de relacionarse, de pensar y de actuar.

La construcción en segundo grado de la imagen del argentino en cuanto constructor de la imagen del coreano

El argentino de la convivencia, el de la semejanza y la diferencia, es también, en el universo discursivo del grupo coreano, el que aparece adjudicándole pensamientos, decires, características acerca de sí mismo. Este sujeto al que nombran de manera indiferenciada (“los argentinos”, “la gente /argentina/”) y en quien los entrevistados afirman encontrar su imagen, es él mismo construido. A él le endilgan el definir a los coreanos conformando un grupo homogéneo, disuelta su identidad particular en una más inclusiva, la de oriental, circunscripto a un determinado espacio urbano y limitado a una vida intracomunitaria. Un coreano/oriental que posee también en esencia, en esta construcción especular, rasgos negativos tales como la deshonestidad, la maldad, la falta de inteligencia. Este argentino es asimismo, aquel que de acuerdo con estas percepciones, conoció a un coreano indefenso en su propia sociedad pero que ahora se siente invadido, expoliado, superado económicamente y hasta excluido, por un coreano exitoso y autosuficiente. Un inmigrante que ha pasado de ser objeto de curiosidad y contemplación a ser objeto de competencia y desconfianza, sobre todo en el espacio cotidiano de la interacción. Un argentino que construye al coreano en clave económica y lo ve poseedor de una abundancia material de la que él carece y a la que él aspira, que cree que produce dinero sólo para sí mismo y se lo quita al argentino. Un argentino que le adjudica al coreano el actuar de manera ilegal, siendo corrupto y explotador.

Un argentino que **piensa** que el inmigrante coreano ha llegado con recursos de su país y se adueña paulatinamente del país ajeno. Que supone firmemente que el coreano creció, progresó y logró posicionarse frente a él en un plano de igualdad y/o superación económica, motivo por el cual **desea** que retorne a su país de origen.

Acerca de este nuevo integrante que se ha instalado en la sociedad y se ha incorporado comercialmente al mercado, el argentino - siempre en el discurso coreano- **se pregunta** (porque no lo cree) si es capaz, a pesar de su éxito, de desempeñarse eficientemente conociendo y manejando sus mismos códigos.

En el pensar y decir que le asignan al argentino, los **coreanos vuelven a verse a sí mismos** pero en otra clave, la de las **relaciones afectivas**. Se declaran así, definidos por aquél como **autosuficientes** en el terreno de la comunicación y el afecto. De

acuerdo con los testimonios, los argentinos les achacan el ser poco expansivos más allá de las fronteras de su grupo de pertenencia y desdeñar su amistad.

En este juego múltiple de atribución de imágenes con el que quedaría conformada una “identidad coreana” en el discurso de los argentinos - según la mirada coreana- se adjudica a estos últimos una evaluación positiva de la comunidad coreana ligada a los primeros años de asentamiento y a una presencia débil del grupo. En tanto que, asociado al momento actual en que el grupo se autopercibe con un grado mayor de visibilidad, se les endilga una actitud de rechazo.

En la construcción que realizan los entrevistados acerca de cómo suponen que los argentinos los perciben como grupo, lo que queda señalada es una posición de distanciamiento muy marcado, sin matices y en el que están ausentes las imágenes positivas.

Capítulo 5

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IMÁGENES ENDÓGENAS

La construcción de los vínculos con el país de origen

A la hora de construir las imágenes endógenas, los vínculos con el país de origen adquieren principal relevancia en el discurso de los inmigrantes. Corea: así lo llaman cuando se refieren a él, sin otra especificación que marque la diferencia geográfica, política o ideológica entre el Sur (de donde provienen en su gran mayoría) y el Norte.

En nuestro universo de análisis, sin embargo, sólo excepcionalmente se han encontrado referencias a recuerdos asociados a la vida cotidiana y familiar en aquel país. En este caso, las manifestaciones asumidas a nivel individual dan cuenta más bien, de sentimientos de añoranza por el paisaje o escenas de la niñez, o de nostalgia por los amigos o los padres que han permanecido en la tierra natal. Más aún, se advirtió que cuando se alude concretamente a vínculos afectivos, tanto en las expresiones que el propio sujeto asume como en las que atribuye al conjunto de la comunidad, se habla de un sentimiento de desaprensión y de distanciamiento respecto del país de origen al tiempo que se afirma un rechazo y hasta una ruptura definitiva de la comunicación con familiares y amigos. Tal posición se ve reforzada por expresiones que niegan, además, el deseo de un retorno siquiera temporario.

No obstante, coexiste con este discurso una imagen contrapuesta en la que aparece la referencia a un vínculo fluido y a un contacto permanente entre los inmigrantes coreanos establecidos en la Argentina y quienes han quedado en Corea del Sur. Aún cuando se sugiere la imposibilidad de avalar las afirmaciones con datos censales concretos, se menciona un movimiento continuo de ida y vuelta al país natal con fines comerciales y turísticos (razones que priman entre los adultos jóvenes) como también por cuestiones familiares que determinan el viaje en los adultos de la primera generación, ya que el traslado aparece ligado a la obligación de visitar a los padres, especialmente en el caso de los primogénitos.

El sentimiento de orgullo hacia su país asociado al despegue económico del mismo, es adjudicado al conjunto de la sociedad. Asimismo, se manifiesta una actitud de atenta preocupación por las vicisitudes políticas y económicas de Corea del Sur que

siguen a través de medios propios de información y a la prensa comunitaria. El interés por los asuntos propios del país natal se advierte además, en la mención de la existencia en la Argentina de una Comisión que integra la "Asociación para la Reunificación de las dos Coreas". En otro sentido, se adjudica a la generalidad de los miembros del grupo instalado en este contexto una preferencia por el consumo de productos provenientes de Corea del Sur tanto de uso diario (alimentos, indumentaria, cosmética), como cultural (publicaciones, libros, videos con programas de televisión, novelas, shows musicales, filmes) y tecnológico (maquinaria industrial) que se consideran de mejor elaboración que los producidos localmente.

La imagen de un retorno definitivo al país de origen también surge en la construcción de estos vínculos aunque de manera diferente según sea a quien se atribuya ese anhelo. La reemigración aparece completamente negada en el decir de los integrantes de la generación intermedia. En este grupo se construye la imagen de una Corea extremadamente competitiva en todos los posibles ámbitos de inserción social de los individuos, ya sea el educativo, el laboral, el profesional o el empresarial. Las enormes dificultades de reinserción en un país que perciben, los rechaza, a pesar de ser visto como el propio, surgen explícitamente como el principal obstáculo a este proyecto.

Este discurso en cambio, varía cuando se hace alusión a los jóvenes, para quienes se vislumbra allí una posibilidad de reinserción segura y ventajosa. Sin embargo, la idea de una nueva emigración no surge siempre ligada al retorno al país de origen: otras sociedades, fundamentalmente los Estados Unidos y Canadá, aparecen como destinos deseables no sólo por las posibilidades que ofrecen sino también por albergar inmigrantes coreanos con los que manifiestan mantener vinculaciones y contactos permanentes.

Por otro lado, cuando los adultos dan cuenta de la imagen actual de la sociedad en la República de Corea, sobre todo quienes afirman haberla visitado en los últimos años, aparece un panorama negativo que en algunos casos contrasta con los recuerdos que guardan en su memoria desde el momento en que emigraron. Las transformaciones son percibidas como un profundo cambio cultural ante el cual se dicen sorprendidos y preocupados. Hacen referencia entonces a una pérdida de la identidad nacional coreana como resultado de la imposición y sobrevaloración de la cultura occidental norteamericana que ven manifestarse en la difusión del idioma inglés y de ciertos hábitos que consideran nocivos (como el aumento del consumo de alcohol y de la

libertad sexual) que asocian con el advenimiento de una crisis de orden ético y moral en su país de origen.

Cuando el vínculo de Corea con sus ciudadanos se construye de manera impersonal, surge la percepción de un país que presiona, agobia y hasta obstaculiza el avance individual, que exige eficiencia y jerarquiza a los sujetos condicionando sus vínculos sociales y sus posibilidades laborales y educativas, un país que expulsa a sus ciudadanos por medio de políticas de emigración y que se inmiscuye en la vida privada (en alusión al control de la natalidad) para hacer frente a la problemática de la superpoblación.

Por el contrario, la imagen del país de origen se vuelve positiva y benéfica en cuanto se establece la comparación con la Argentina: con un discurso estereotipado se refieren al acelerado progreso de la economía de la República de Corea de los últimos treinta años, a su desarrollo tecnológico e informático, a la estabilidad, a la elevada calidad de vida y la ausencia de burocratización, todas características que contraponen de manera explícita a las que asignan al nuevo escenario. Para los jóvenes, el punto de contraste está ubicado en la calidad educativa y la múltiple oferta de carreras universitarias novedosas que, dicen, no ofrece el sistema educativo argentino.

En la construcción de los lazos con el país de origen, si bien se marca un distanciamiento verificable en las expresiones que aluden a lo afectivo y/o a la visión de la sociedad coreana actual, la comparación en positivo con la sociedad argentina da cuenta de una posición de mayor proximidad con el país de origen que con el contexto local.

Las imágenes propias

Llegados a este punto, el foco se centrará en el modo en el que los integrantes de la comunidad coreana hablan de sí mismos, de sus cualidades y de sus modos de actuar. Se trata de una construcción genérica que se hace extensiva además, a todos aquellos que pertenecen a esta cultura. Tales características son atribuidas a una historia común de lucha permanente a lo largo de los siglos, frente al avasallamiento sufrido en las guerras y las ocupaciones sucesivas, historia a la que se atribuye la fuerza configuradora del “temperamento”, la “mentalidad” y hasta el fenotipo racial coreanos.

No se han registrado, en cambio, referencias a principios religiosos ni filosóficos en relación con estos aspectos.

Con respecto al temperamento emerge del discurso una autoasignación de atributos tales como “fortaleza”, “agresividad”, “individualismo,” “inteligencia” y “esfuerzo” que aparecen vinculados con la posibilidad concreta de adaptación a nuevas circunstancias, como lo es la situación de inmigración. Estos rasgos son, a su vez, asociados a una especial facilidad para la inserción y el progreso económico en cualquier escenario. A estas cualidades les suman la laboriosidad extrema y la eficiencia en el trabajo que se contraponen, como se ha visto, a las adjudicadas al argentino. Asimismo señalan la confianza en la propia capacidad y el alto valor que le otorgan a la autonomía laboral y a la libre elección de la práctica económica. Con estos rasgos configuran una noción de independencia que les permite sostener una imagen de autosuficiencia tanto a nivel individual como comunitario. La misma se refuerza con la mención de otros atributos, tales como la timidez, la desconfianza y la indiferencia hacia los demás, elementos que configuran la interacción con el otro. Cuando es comunitaria, esta imagen indica un punto de distanciamiento respecto del argentino específicamente, pero cuando es individual, la misma afecta también el vínculo con los propios integrantes del endogrupo, sobre todo cuando tal actitud se considera asociada con el interés personal en desmedro del colectivo.

Como contrapartida a tal imagen de autosuficiencia surge otra: la del coreano de la carencia al que se le asigna como elemento esencial de su temperamento, un sentimiento de inconformidad permanente y estructural, explícitamente desvinculado del plano material.

Los jóvenes y los adultos de la comunidad aparecen diferenciados. Con respecto a los primeros, se los describe fundamentalmente conforme a dos criterios: su predisposición frente al estudio y al trabajo y la ocupación que desarrollan en el nuevo contexto. En el primer caso, se distinguen los jóvenes que privilegian la diversión por sobre el estudio, los que han abandonado el estudio y los que estudian pero son incapaces de hacer frente a las exigencias laborales de la familia. Los jóvenes así definidos dan cuenta de una imagen contrapuesta al ideal social coreano encarnado en otra categoría que, por el contrario, aparece conformada por rasgos como la responsabilidad, la inteligencia, el rendimiento en el estudio y la participación activa y eficiente en la empresa familiar. En el discurso de los jóvenes encontramos ambas

posiciones: aquéllos que asumen su rebeldía tanto frente al estudio como a las responsabilidades familiares y la justifican como un medio de escape a la presión comunitaria y quienes asumen como propio el discurso del ideal que plantean los mayores.

Con respecto al criterio basado en la ocupación de los jóvenes, se distingue a quienes se dedican a la confección y al comercio y son descriptos según su apariencia personal como “sucios” y “desprolijos” y los denominados “jóvenes de élite” representados por quienes han optado por una carrera universitaria. De esta categoría forman parte asimismo, los que ya han logrado su título en la Argentina y los adultos jóvenes que viven de su profesión. A estos últimos fundamentalmente, se les achaca la falta de solidaridad y de participación en la vida institucional comunitaria como también que privilegien, en cambio, el interés y el bienestar individual. Esta visión se hace extensiva a la generación intermedia que ronda los cuarenta años, sean profesionales o no, a quienes se identifica con la búsqueda de éxito económico más allá de las fronteras del endogrupo.

Cuando son los jóvenes los que construyen la imagen de los adultos, toman como elemento identificador la posición filosófica que éstos asumen frente a la vida: así les asignan un sentido de la existencia signado por la responsabilidad, el trabajo y la circunspección. En su función de padres, los definen genéricamente en virtud de una ideología que denominan conservadora y que asocian con un apego excesivo a las tradiciones culturales del grupo y una educación rígida y estricta de los hijos. Asimismo, les atribuyen dificultad para la comunicación y para la demostración de los afectos.

La “mentalidad coreana”

Ésta es una de las expresiones que se utiliza para definir al coreano y con ella, se aluden actitudes tales como la “competitividad”, el “respeto” y el “machismo”.

El término competitividad surge cuando dan cuenta de la modalidad con la que, a modo de marca, van a caracterizar la interacción en los distintos espacios compartidos. Esta actitud se asocia con un hábito cultural internalizado a partir de experiencias concretas del plano laboral y educativo que los entrevistados remiten a su país de origen y que hacen extensivas a todos sus connacionales: de ellos afirman que, desde la etapa

de escolarización primero y en el quehacer laboral después, deben enfrentar a diario situaciones que los obligan a superarse a sí mismos y a los otros. Según aparece definida en el discurso coreano, la competencia es una tendencia que supone recurrir a estrategias que disuelven la solidaridad al extremo de eliminar al otro, lo que lleva a una exacerbación del individualismo.

La competencia se describe en relación a distintos ámbitos: cuando se hace referencia al educativo, se endilga este comportamiento a los padres que la ponen en práctica entre sí en el intento de obtener las mejores escuelas y universidades para sus hijos y en su rendimiento académico. Respecto del ámbito universitario se describe un elevado grado de competitividad entre los aspirantes al ingreso a las facultades de mayor renombre a quienes se suman los padres, los profesores e incluso las instituciones secundarias. El resultado de esta mentalidad, señalan, es la falta de compañerismo y de solidaridad una vez iniciada la carrera.

A los coreanos del país de origen se les atribuye la tendencia competitiva como una respuesta a las exigencias para ocupar cargos jerárquicos y sortear las dificultades para ascender a un puesto determinado y conservarlo. A quienes se insertaron en la Argentina, el rasgo se les adjudica sólo respecto del ámbito comercial, sin que esté restringido a su relación con el argentino sino que también ejerce con sus connacionales. En este sentido, la competencia se asocia al objetivo de progreso económico que va acompañado con una modalidad de trabajo ininterrumpido y una preocupación constante por superarse a través del perfeccionamiento de la actividad.

Los entrevistados que atribuyen sin dudar esta tendencia a sus connacionales en Corea del Sur advierten que se encuentra exacerbada en el seno de la propia comunidad instalada en la Argentina. La hipótesis que arriesgan para justificar este hecho es que se trata de un hábito incorporado culturalmente ya que no responde a las exigencias del contexto receptor en el que consideran que esta característica está ausente, excepto, claro está, en competidores coreanos.

El respeto es otro elemento que se menciona como fundamental de la mentalidad coreana y se trata de un valor cultural arraigado y extendido en toda la sociedad. En relación con los ancianos se califica de “ceremonioso” y se confirma también respecto de los padres, las instituciones, las jerarquías sociales y la palabra empeñada, que ligan sobre todo a las relaciones vinculadas a la actividad comercial.

El machismo es la tercera noción asociada: el término se adjudica a una actitud generalizada de los coreanos y que, a su vez, se considera derivada de la cultura oriental. En el medio argentino las mujeres, adultas y jóvenes, son descritas al igual que sus pares en Corea, como subordinadas al varón y volcadas hacia el interior de la familia. Aun cuando se alude a las transformaciones que, para ellas, ha traído aparejada la situación de inmigración y que relacionan con su participación activa en el campo laboral a través de la empresa familiar, se advierte que en una dimensión simbólica se les sigue reservando ese lugar de subordinación.

La construcción de la propia imagen a partir de los rasgos fenotípicos

Hay en el discurso coreano una referencia explícita a los rasgos físicos orientales no sólo como factor de diferenciación respecto de los argentinos u occidentales, sino también como una afirmación de homogeneidad racial, étnica y cultural. En este discurso, el coreano autodefinido como "pueblo" se percibe como una "rareza" racial basada en la ausencia de mestización y fundamentada en sus antecedentes históricos. Los miembros de la comunidad se dicen pertenecientes a la "raza amarilla", descendientes de mongoles, de una "raza única". Esta idea se refuerza cuando mencionan una expresión utilizada en el país natal, "pueblo de ropa blanca", que enfatiza la noción de "pureza de raza", de acuerdo con la interpretación vigente de la frase por medio de la cual se autoidentifican. Esta pureza, que adjudican a la totalidad de los coreanos, es vista no sólo como una característica biológica sino también como un valor social y cultural que señala la pertenencia a un grupo diferenciado de los otros, cuya diferencia es concebida como permanente e inmutable.

¿Cómo juega esta construcción respecto de la presencia de este inmigrante oriental en un contexto mayoritariamente occidental y en su interrelación concreta con el argentino?

El fuerte énfasis en la homogeneidad racial como valor vigente a nivel intracomunitario aparece asociado a expresiones que afirman una restricción del vínculo social con el argentino, específicamente ligada a la elección del cónyuge, que se reserva al ámbito endogrupal. Sin embargo, esta posición rígida que se atribuye a la generación de los padres en su totalidad, se resquebraja cuando se introduce en el discurso la referencia a la actitud de ciertos jóvenes de la comunidad en quienes se destaca una

tendencia a romper ese valor que sobredimensiona la homogeneidad. Esa misma noción de unicidad también se agrieta cuando emerge la configuración de una nueva categoría de sujetos ya no definidos ni física ni culturalmente como argentinos o coreanos, sino como una instancia superadora de ambos, "un nuevo tipo americano" expresión que apunta a borrar diferencias indicando una mayor proximidad con el entorno.

En las construcciones relativas al aspecto físico, el coreano se ubica en un plano de inferioridad respecto del argentino, contraponiendo la estética oriental a la occidental cuya valoración positiva es la que domina en el discurso social vigente.

Nosotros, los inmigrantes coreanos

El universo discursivo coreano construye una imagen de inmigrante que incluye sus distintos aspectos, es decir, tiene en cuenta las motivaciones para emigrar, las expectativas en el nuevo contexto, las áreas de procedencia y el tipo de inmigración que llegó a la Argentina. Otras imágenes surgen, en cambio, en tanto residentes en el país y entonces aparecen diferenciados dentro del grupo, básicamente en función del lapso de asentamiento.

Cuando se hace alusión a las motivaciones para dejar Corea del Sur, se menciona el perfil socio- económico del inmigrante coreano al que se identifica como integrando una denominada "clase media" conformada por comerciantes, empleados, trabajadores independientes, profesionales, docentes universitarios y funcionarios públicos. Respecto de estos últimos se señala su imposibilidad para acomodarse a las transformaciones estructurales de la sociedad de los últimos treinta años, o bien, su exclusión involuntaria del mercado laboral, tal el caso de empleados menores de cincuenta años, despedidos o jubilados anticipadamente de la administración pública, a quienes se endilga una actitud emprendedora y dinámica que, en base a un capital reunido (por indemnizaciones o por venta de sus inmuebles) los ha llevado a generar nuevos proyectos de vida lejos de su país y a concretarlos.

A diferencia de estos inmigrantes, cuando se hace referencia a muchos de los que se han convertido en comerciantes y empresarios en la Argentina, se los califica como individuos "fracasados", dado que en su país de origen han sido incapaces de lograr éxito económico, teniendo pues, como única motivación para emigrar la necesidad de evitar las consecuencias de ese fracaso.

En contraposición a ellos, se hace mención a los “capitalistas”, empresarios cuya decisión de emigrar está ligada a un deseo explícito de aumentar sus ganancias mediante inversiones de capital dirigidas, en este país al rubro textil al que se considera rentable y que cuenta con una base de desarrollo atribuido a la comunidad coreana ya instalada.

Sólo tangencialmente se menciona una categoría de inmigrantes conformada por obreros cuya presencia se relaciona con la instalación de empresas tecnológicas coreanas en el país, pero de los cuales no se dan mayores especificaciones.

Además de los factores ya mencionados, una razón referida como fundamental para abandonar el país natal, y que se atribuye sobre todo a los representantes de la primera generación, tiene que ver con la situación política de Corea del Sur y a sus relaciones con Corea del Norte. Se menciona un poderoso sentimiento de temor frente a probables enfrentamientos bélicos como factor de expulsión.

Con respecto a la elección de la Argentina, se atribuyen a los primeros inmigrantes motivaciones diferentes que dependen de su procedencia. A los provenientes de países limítrofes como el Paraguay, este destino se les aparece como resultado de un descubrimiento azaroso en la búsqueda por abandonar aquel contexto que dicen rechazar por sus particularidades climáticas y la ausencia de condiciones para el desarrollo de una actividad económica autónoma.

Para los que llegan desde Corea, en cambio, la elección de la Argentina se asocia con la promoción del país por parte de gestores a quienes se les reprocha haber generado expectativas engañosas, respecto de las posibilidades de riqueza de este contexto. En una instancia posterior se indican los llamados de familiares o amigos ya establecidos en este país.

En todos los casos, no obstante, vale destacar el anhelo, común a todos, de insertarse en una sociedad con estabilidad económica, social y política, capaz de permitir la implementación de un trabajo autónomo y el acceso a una educación superior para los jóvenes. Una sociedad que les permita alcanzar un nivel y una calidad de vida que en su país de origen ven obstaculizado por las características y los cambios estructurales que imponen un techo al progreso personal.

Áreas de procedencia, tipo de inmigración

Sólo en relación con las experiencias personales, es decir, sin hacer una afirmación extensiva a todo el grupo, aparece mencionada en el discurso coreano la región de procedencia del país de origen. Como únicos datos concretos surgen Seúl, la capital de Corea del Sur, la ciudad de Pusán y de modo genérico, algunas provincias del interior.

En ese sentido no se ha registrado ninguna alusión a la existencia de asociaciones comunitarias que, ya en el contexto receptor, hubieran nucleado a inmigrantes provenientes de una misma región o ciudad de origen. Sí, en cambio, se han mencionado asociaciones organizadas según el año de arribo. No obstante, en el discurso de los entrevistados sólo en algunos casos el dato aparece dicho con total exactitud, por lo general se suele mencionar la década (1970, 1980, 1990) o el período que va entre 1984 y 1989, momento de mayor flujo migratorio en la Argentina.

Al caracterizar a los inmigrantes según quiénes se han desplazado, se encuentran reiteradas referencias a la familia nuclear como el grupo principalmente involucrado en esta experiencia. No se alude, salvo de manera excepcional, a la presencia de ancianos coreanos en la Argentina. Por el contrario, cuando aparecen es porque son mencionados como los padres de los inmigrantes que han permanecido en su país natal. Esta circunstancia es percibida por los miembros de la primera generación como conflictiva en tanto se asocia con la fuerte imposición cultural de no abandonar a los mayores. Situación ésta doblemente compleja en el caso de los primogénitos quienes se dicen comprometidos especialmente a velar por ellos.

La llegada de hombres solos, solteros o casados que, luego de un lapso, traían a los demás integrantes del grupo familiar, aparece descrita sólo en relación al primer flujo migratorio y se destaca su carácter excepcional.

En los relatos personales, los entrevistados dan cuenta recurrentemente de sus edades respectivas al momento de llegar al país: entre 40 y 50 años los adultos, entre 6 y 12 los niños. También asocian el momento en que llegaron con la etapa de ingreso a la escuela secundaria e incluso a la universidad, y lo relacionan a la circunstancia en que se vieron obligados a abandonar Corea.

Las distintas imágenes del inmigrante coreano hacia el interior del grupo

Una vez establecidos en la Argentina, en el decir coreano se puede reconocer la construcción de una imagen del inmigrante conformada diferencialmente según los rasgos que se vinculan al momento de llegada al país y a los recursos económicos que movilizan en su desplazamiento.

Distinguen así a los “inmigrantes de antes”, los de la década del 70, "los que se pagaban el viaje nada más", los de “ahora” (década del 80), que debieron depositar 30.000 mil dólares para radicarse y que traían consigo recursos económicos para trabajar e invertir, y "los recién llegados" o "los nuevos", conformada por quienes han arribado en los años 90. Al caracterizar a los primeros, se destaca la humildad y la sencillez, contrapuestas a la arrogancia de quienes llegaron en segundo término y que está asociada a su poder económico.

De “los nuevos” se dice que son los que provocan situaciones conflictivas con los argentinos pues actúan desconociendo las leyes locales. Les adjudican además, un pensamiento y una mentalidad que difiere no sólo del argentino sino de los mismos coreanos asentados hace ya tiempo en el país. A diferencia de estos últimos, se percibe a los “nuevos” en una actitud más de conquista (que definen como una tendencia a apropiarse del lugar al que llegan), que de inmigrantes que buscan establecerse y trabajar pacíficamente en el nuevo contexto. Según tales testimonios, son estos últimos a quienes rechaza y discrimina el argentino.

Es común oír decir a los adultos jóvenes, llegados al país en las décadas del 70 y del 80, que se distancian tanto de estos inmigrantes "nuevos" o "recién llegados" como de los coreanos que han nacido en la Argentina. Por su parte, los "nuevos" que se autoidentifican por una tendencia altamente competitiva, también se contraponen a los inmigrantes coreanos ya establecidos, en quienes perciben una actitud de pasividad, rasgo que en el discurso coreano se asocia, a su vez, con la imagen que han construido del argentino.

De este modo, hacia el interior de la comunidad, se identifican subgrupos recortados en función del lapso de residencia y sus modalidades diferenciales de comportamiento, y del grado de aceptación por parte del argentino. Sin embargo, es posible establecer un elemento común que se asigna a los inmigrantes y va más allá de cualquier diferenciación: de modo genérico se afirma que quienes llegaron al país en

cualquiera de sus etapas, no trajeron únicamente una intención, una predisposición de trabajo, una convicción de esfuerzo y una expectativa de éxito aun cuando el nuevo destino les resultara desconocido y sintieran, lógicamente, incertidumbre. Trajeron “algo” más y ese “algo” más es la concreta materialidad ya sea de herramientas para trabajar la tierra, ya sea de un capital con el fin de invertir.

La permanencia en la Argentina

Cuando aparece mencionada la actitud frente a la decisión de permanencia en la Argentina se encuentran posiciones de sumo distanciamiento respecto del contexto local, como por ejemplo, cuando se adjudica de modo taxativo al "99% de los inmigrantes" el deseo de volver a Corea, o se hace alusión a aquellos que, acostumbrados ya a la sociedad argentina o una vez logradas sus expectativas, deciden no obstante buscar otro destino. Tal el caso referido de las familias que habiendo alcanzado un buen nivel económico deciden emigrar nuevamente, pero no rumbo a su país de origen sino hacia los Estados Unidos o Canadá, en el intento de incrementar su éxito económico. En este sentido, el coreano se auto-asigna una movilidad permanente, sea efectiva o virtual. Construyen así una imagen de inmigrante que llega pero que también es capaz de irse y así, va reformulando una y otra vez los límites de la comunidad asentada.

Otro caso es el de los profesionales que han obtenido su título en la Argentina y desean perfeccionarse en los Estados Unidos y el de los jóvenes estudiantes que deciden iniciar o continuar una carrera universitaria en aquel país o en Corea del Sur, con el objetivo de insertarse laboralmente y no regresar.

Esto que es interpretado por los argentinos como una falta de compromiso con la sociedad que los recibió se agudiza cuando se hace alusión de manera explícita a aquellos que consideraron a la Argentina desde un principio, como puente hacia los Estados Unidos o Canadá.

En lugares que denotan un intento de mayor proximidad con el contexto argentino, se han ubicado los enunciados que aluden a los inmigrantes "transitorios", definidos como tales por su imposibilidad de adaptación a la sociedad receptora por factores culturales y/o por su incapacidad de tolerar la discriminación, pero no por su falta de voluntad. De ellos se dice que han venido al país con intención de establecerse y

permanecer en él aunque al cabo de un año o dos hayan debido abandonarlo por las circunstancias mencionadas.

Del mismo modo se advierte la existencia de un discurso que justifica a quienes tomaron la decisión de abandonar la Argentina, sobre todo en los primeros años de la década del 80, defraudados por una economía que demolió sus objetivos de progreso.

También en el ámbito educativo las expectativas no cumplidas se asocian con la partida. En la voz de los jóvenes surge el deseo de volver a Seúl con el fin de ingresar a su universidad, la que es valorizada por el alto nivel de formación que le adjudican en contraste con el que dicen encontrar en el ámbito local. Asimismo se ha hecho referencia a casos concretos de pares, emigrados a Norteamérica, que han logrado insertarse allí definitivamente y en quienes no se percibe intención alguna de regresar. Estas circunstancias, admiten, hacen que el inmigrante coreano tome a este país como un lugar de paso y que, en consecuencia, no establezca lazos con sus habitantes. Muchos confirman esta posición y la defienden, además, por entender que es coherente con sus aspiraciones de independencia económica en un contexto que favorezca su expectativa fundamental de trabajo y formación profesional. Así que, a pesar de reconocer que la Argentina en un comienzo se había constituido en un punto muy admirado por gran número de coreanos, poco a poco la percepción del país fue cambiando hasta llegar al día de hoy en que, afirman, no suele ser elegido como un destino para instalarse.

Las imágenes de la comunidad coreana

Con el término “comunidad” o “colectividad” indistintamente utilizados en el discurso de los inmigrantes se configuran imágenes en las que prevalece una construcción del colectivo coreano. En tal sentido, se han registrado por un lado, la autoadjudicación de rasgos vinculados al trabajo, por otro, referencias a la organización institucional del grupo en la Argentina y, finalmente, la imagen configurada a partir de material de prensa pertenecientes a dos periódicos comunitarios.

La comunidad y el trabajo

Fortaleza de espíritu, cuidado, perseverancia en el trabajo: tres cualidades autoatribuidas de manera genérica al conjunto de los integrantes de la comunidad coreana, sea cual fuere la tarea específica de cada uno. Es la colectividad la que trabaja sin límite de tiempo y avanza económicamente en este país, gracias a sus propias posibilidades, que derivan de su capacidad intelectual y de su temperamento, lo que le permite además, ubicarse en clara ventaja respecto del argentino y de otras comunidades. Es, además, la comunidad organizada sobre la base del núcleo familiar la que obtiene estos logros. El desarrollo de una actividad productiva (textil y comercial) que, tal como se señala, ocupa a la mayor parte del grupo, la lleva a percibirse como un grupo homogéneo que además se identifica con una determinada clase socio-económica, la “clase media”, definida también sin matices.

Sin embargo esta visión monolítica se quiebra cuando surgen afirmaciones de una diferenciación hacia el interior del grupo en expresiones que, si bien no cuestionan la pertenencia o no a dicha categoría social, apuntan a dar cuenta de una diversidad de intereses que exceden lo meramente comercial y la estricta vinculación con la empresa familiar. Se mencionan de este modo, actividades relacionadas con el arte, la música y la literatura a nivel intracomunitario y la docencia dentro y fuera del endogrupo.

La comunidad y sus instituciones

El discurso acerca de la organización institucional de la comunidad coreana en la Argentina remite, asimismo, a un juego de imágenes que fluctúa entre la unidad y la dispersión. Por un lado, se define al grupo organizado y cohesionado por la presencia de líderes laicos y religiosos preocupados por solucionar los obstáculos relativos a la vida del inmigrante en este escenario, hecho que se asocia, principalmente, a la primera etapa de la inserción. Se alude en este punto, a la Asociación Coreana Argentina, dedicada a paliar las dificultades provenientes del desconocimiento del idioma, procurar vivienda, orientar acerca de las posibilidades laborales, resolver situaciones cotidianas ligadas a la salud y a la educación de los niños y obtener la documentación legal para los inmigrantes.

También respecto de esta etapa de establecimiento, se habla del nucleamiento en torno a líderes que desarrollaron una prédica individual que al poco tiempo, se tradujo en la constitución de instituciones religiosas²⁷. Las iglesias, más allá de sus orientaciones particulares, han sido concebidas como los ámbitos fundamentales para llevar a cabo funciones comunitarias ligadas con la situación de inmigración, tanto o más que para cumplir con sus objetivos específicos ligados a la fe.

Se atribuye al conjunto de la comunidad un sentimiento de necesidad de pertenecer a alguna iglesia comunitaria, a la que se ve como un ámbito esencial de sociabilidad y solidaridad. Esto es, como el espacio para establecer lazos de amistad con miembros del endogrupo y paliar la soledad en un medio desconocido. La conversión a la fe se ve en muchos casos como consecuencia de la de la inmigración.

Se refiere que, en el contexto argentino, la mayoría de la comunidad coreana pertenece al credo evangélico que cuenta con cuarenta templos, en tanto que la presencia católica es minoritaria y está representada por una sola iglesia, como así también la budista que tiene dos templos.

Los distintos credos no aparecen mencionados como un factor de desunión entre los miembros de la comunidad: por el contrario, la articulación de las diferencias (y no la exclusión como la que, por contraste, se atribuye a la cultura occidental) se enfatiza como rasgo propio de la cultura oriental en su dimensión religiosa. Las diferencias religiosas de Occidente son percibidas por la mirada coreana como barreras infranqueables entre los individuos.

Es de notar, sin embargo, que frente a la visión de una comunidad cohesionada en torno al factor religioso, se opone una imagen de grupo altamente segmentado en una cantidad de iglesias comunitarias que los propios integrantes consideran elevada en función del tamaño relativamente pequeño de la comunidad. La diversificación se atribuye a frecuentes procesos de desmembramiento, fruto de divergencias internas que promueven la separación de los miembros.

Nuevamente surge la imagen de un grupo homogéneo cuando se mencionan como fundamentales y representativas de la vida comunitaria dos asociaciones ligadas a la actividad comercial: la Asociación Coreana de Empresarios de la Avenida

²⁷ Con respecto a la importancia de las instituciones religiosas coreanas en otros contextos de inmigración, se puede mencionar el trabajo de Pyong Gap Min (1992) para los Estados Unidos. En este caso el autor adjudica a las iglesias cuatro funciones fundamentales: proveer de un ámbito social a los inmigrantes, mantener las tradiciones culturales, proveer servicios sociales a los miembros de la comunidad y de cada iglesia y dar un status y una posición social a los adultos coreanos, como se ha visto que ocurrió entre los inmigrantes de ese origen en la Argentina

Avellaneda (ACEA) y su antecesora, la Cámara de Industria y Comercio actualmente disuelta²⁸. Sin embargo, encontramos que frente a esa valoración, se enfatizan como esenciales otras instituciones que crean una imagen de comunidad diferente esta vez, asociada a intereses culturales, profesionales, solidarios, deportivos y recreativos. Tal el caso de la Escuela de Corea²⁹, la Fundación de Investigación Cultural Coreana³⁰, la Asociación de Literatos³¹, el Centro Médico Coreano³², la Asociación de Deportes y su

²⁸ Con respecto a la Asociación Coreana de Empresarios de la Avenida Avellaneda (ACEA), se le atribuye la función de asesoramiento legal y jurídico a los socios. Así también de desempeñarse como una especie de tribunal endogrupal en donde se dirimen conflictos suscitados entre comerciantes coreanos, a fin de evitar que lleguen a instancias de la justicia argentina. En este sentido, aparece también como mediadora ante problemas legales que involucran a empleadores coreanos y empleados argentinos. La Cámara de Industria y Comercio, se conformó con anterioridad a la ACEA. Funcionaba como una institución que nucleaba a todos los empresarios y comerciantes coreanos del barrio de Once donde tuvo su sede. Al fundarse aquella comenzó a desvanecerse de modo que, al decir de un entrevistado, pervive hoy día sólo a nivel simbólico (Datos otorgados por el Sr. Han Seung Mok, miembro representativo de la ACEA).

²⁹ La Escuela de Corea depende de la Asociación Coreana desde el año 1982. En principio perteneció a la primera iglesia evangelista creada dentro del grupo. Dicha escuela funcionaba los días sábado y en ella se impartían clases de idioma coreano, historia de Corea, música y educación cívica. Contaba con una población escolar cercana a los doscientos alumnos. De acuerdo con los testimonios de nuestros entrevistados, la Asociación deseaba desarrollar más aún la educación de los coreanos en la Argentina y en 1984 se decidió, con el apoyo económico del gobierno de la República de Corea, construir una nueva Escuela Coreana. Este proyecto se llevó a cabo desde el país de origen tanto desde el punto de vista edilicio como desde la currícula propuesta. A partir de 1999 la Escuela Coreana se ha transformado en una institución bilingüe al haber incorporado la currícula del Ministerio de Educación de la Argentina para el ciclo primario. En 1997 se registraban treinta y dos alumnos inscriptos de primero a cuarto grado estudiando bajo la currícula coreana, mientras que los sábados acudían trescientos ochenta alumnos (Datos del Agregado de Educación, Sr. Yang Ki Taeck) La escuela cuenta con diecinueve maestros y profesores, la mayoría inmigrantes que se han escolarizado en su país de origen. Se imparten conocimientos de computación, inglés y castellano. Los libros de estudio son realizados por el Gobierno Coreano para todos los países del mundo donde existe una colectividad establecida de ese origen (Mera 1998).

³⁰ La Fundación de Investigación Cultural Coreana fue creada el 29 de noviembre de 1994 por Lee Kyo Bum, uno de los primeros inmigrantes a la Argentina, presidente de la Asociación Coreana entre 1982 y 1984 y autor del libro *La historia de la inmigración coreana en la Argentina* (1990). El Sr. Lee es considerado en la comunidad coreana como el principal referente desde el punto de vista cultural e intelectual. La Fundación está constituida por alrededor de quince miembros, todos ellos hombres pertenecientes, en su mayoría, a la primera generación de inmigrantes. Su objetivo es, al decir de su fundador, “*el estudio de la cultura y de la vida de los coreanos en la Argentina*”. Como fruto de sus investigaciones, en 1997 publicó un libro en coreano que aborda distintos aspectos de la vida intracomunitaria en nuestro país (actividades culturales, enlaces, fallecimientos). Incluye asimismo una lista de los comerciantes y locales de Once y Av. Avellaneda, otra de los jóvenes que han obtenido su título universitario en ese año y un censo estimativo de la población coreana en todo el país. Alude también a las diversas instituciones como las religiosas, identificando a los pastores y presbíteros y mencionando las actividades desarrolladas, a las instituciones deportivas y da cuenta de los diversos torneos llevados a cabo en los distintos deportes (golf, fútbol, etc.) En este libro se hace mención a problemas que ha debido enfrentar el grupo tanto a nivel de vinculación con el argentino como de situaciones delictivas dentro de la comunidad. Un aspecto que se señala es la llegada de nuevos inmigrantes coreanos provenientes de China.

³¹ La Asociación de Literatos surgió de sus integrantes “*de la asociación de dos grupos de intelectuales: escritores, poetas y amantes de la literatura por un lado, y columnistas de periódicos, por el otro, que en el año 1994 decidieron constituir una única institución. Tanto unos como otros se dedican en su mayoría al comercio como medio de vida*”. Son hombres y mujeres que se reúnen para exponer sus trabajos y que han editado hasta el momento, tres libros que contienen relatos, novelas y poesías en el idioma natal. Es interesante destacar que incluyen asimismo, algunas poesías de escritores argentinos traducidas al coreano.

³² El Centro Médico Coreano es un centro asistencial privado creado por profesionales coreanos que han obtenido su título universitario en la Argentina.

campo recreativo³³, la Asociación de Profesionales Coreanos³⁴ y la Asociación de Esposas Coreanas³⁵. Los jóvenes conforman a su vez la Asociación de Jóvenes Universitarios³⁶. Una mención particular es a la denominada Asociación “Uno punto cinco”, categoría con que se define a los hijos de los inmigrantes, hoy adultos jóvenes que constituyen la llamada generación intermedia. El surgimiento de esta agrupación se asocia específicamente con las dificultades de interrelación entre la comunidad coreana y la sociedad argentina ya que se la relaciona con la tarea de representar a la comunidad en los medios de comunicación argentinos ante casos de discriminación. También es considerada como el puente de comunicación entre la primera generación de inmigrantes y el contexto receptor.

En la actualidad se hace referencia a unas trescientas asociaciones coreanas en funcionamiento en nuestro país. Tal proliferación es vinculada con la necesidad no sólo de recrear ámbitos de socialización, sino con la de generar espacios con grados diversos de poder (laicos y religiosos) que devuelvan al inmigrante un reconocimiento social perdido en el desplazamiento y le permitan redefinir su estatus comunitario.

³³ La Asociación de Deportes integra toda la actividad deportiva (golf, fútbol, voley, basquet, baéisbol). Desde el punto de vista recreativo se hace referencia a la propiedad de un campo de golf ubicado en la localidad de Canning, provincia de Buenos Aires, perteneciente a la comunidad.

³⁴ La Asociación de Profesionales Coreanos creada en 1989, reúne a todos aquellos profesionales coreanos que han obtenido su título universitario en la Argentina (médicos, abogados, contadores, odontólogos, arquitectos, ingenieros, traductores, etc.)

³⁵ La Asociación de Esposas Coreanas institución de la que forman parte aquellas mujeres de la colectividad que están casadas. Se fundó en octubre de 1985 y entre sus actividades figuran las ligadas a difusión de la cultura coreana y la argentina (concursos de canto coreano, charlas con gente vinculada a la cultura argentina y/o coreana). Se ocupan asimismo de llevar a cabo tareas solidarias. Hacia el interior del grupo, aluden a la organización de cenas para los ancianos. En relación con la sociedad argentina, mencionan la recaudación de fondos para personas de escasos recursos y/o que atraviesan serias dificultades por situaciones coyunturales como las inundaciones. Esta asociación recaudó fondos para los combatientes de la guerra de Malvinas en 1982.).

³⁶ La Asociación de Jóvenes Universitarios está constituida por jóvenes que cada año realizan una reunión denominada Hana (que significa Uno) a la que asisten pares de Paraguay y Brasil y cuya finalidad es “servir a la comunidad”.

Capítulo 6

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IMÁGENES DEL VÍNCULO CON EL CONTEXTO ARGENTINO

Afincarse en Buenos Aires

En el presente universo de análisis la construcción del coreano como vecino de determinados barrios en la ciudad de Buenos Aires y su interacción con los argentinos y otros grupos minoritarios como los inmigrantes bolivianos y los argentinos de origen judío aparece ligada fundamentalmente a las distintas etapas de su trayectoria laboral. En consecuencia, no emerge en este discurso imagen alguna (endógena, exógena o del vínculo) que lo defina en una relación con el entorno más allá de la estrictamente comercial. Sólo excepcionalmente se hace referencia a las relaciones de vecindad con el exogrupo, y cuando esto ocurre es para negarlas o para aludir a alguna experiencia personal.

La instalación inicial da un testimonio de la búsqueda de los primeros inmigrantes de un ámbito acorde a sus necesidades. Se alude a la “villa” (se trata de villas de emergencia) como aquel barrio precario al que se percibe como un sitio posible para adquirir viviendas a bajo costo en una zona céntrica de la Capital Federal. Más aún, se enfatiza la elección de ese asentamiento como una estrategia que facilitó la inserción, al permitir que los inmigrantes con escasos recursos económicos y sin conocimiento de la lengua se concentraran en un mismo espacio a fin de armar redes solidarias y organizar un trabajo conjunto.

En la construcción de las imágenes endógenas, la autoidentificación del coreano como inmigrante con un proyecto puntual de progreso económico, se impone a la de “villero” tal como dicha imagen está construida en el discurso de la sociedad argentina y que, en cambio, aparece como tal cuando se hace referencia a los otros vecinos, migrantes internos y limítrofes, cuya posición al ser contrastada con la de aquéllos hace posible que se les adjudique en bloque un alto grado de analfabetismo, escasa predisposición al trabajo, una situación de ilegalidad en tanto residentes y la ausencia de un objetivo de avance económico.

Ha sido posible comprobar que, salvo excepciones, en el discurso coreano registrado a través de las entrevistas, no se alude a esa etapa de inserción que se extiende entre 1965 y 1980. El tema, en cambio, configura dos capítulos del libro de Lee Kyo Bum (1990) acerca de la historia de la inmigración coreana en la Argentina. Según la versión traducida por Jung Hye Jin de este trabajo, los primeros inmigrantes coreanos se establecieron en Villa Retiro, un barrio de emergencia ubicado en las inmediaciones del puerto de Buenos Aires. Poco a poco, los que se fueron incorporando lo hicieron tanto en ese lugar como en otros de similares características. Desde 1965 hasta 1979 se calcula que residían en esos enclaves alrededor de 6.000 coreanos que se distribuían de la siguiente manera: Villa Retiro, treinta familias; Villa Soldati, cuarenta familias; Villa 109 (Villa Rivadavia), doscientas ochenta familias; Villa Ciudadela, ciento ochenta familias; Barrio Derqui, diez familias; Villegas, ochenta familias; Lugano y Liniers, cien familias; otros lugares de la Capital, cincuenta familias.

El autor basa su relato en las historias orales de distintos miembros del grupo quienes afirman que estos barrios fueron descubiertos siguiendo el recorrido completo de las distintas líneas de transporte colectivo que atravesaban la ciudad, partiendo de la estación Retiro hasta llegar a las respectivas terminales. El número que las identificaba fue utilizado por el grupo para nombrar a los nuevos espacios. Es así que hablan de la “villa 150” (Villa Soldati), de la “villa 76” (Barrio Presidente Mitre), de la “villa 109” (Flores Sur o barrio Rivadavia).

En la descripción de cada uno de los barrios mencionados, se hace referencia al tipo de viviendas, a la organización de la villa y fundamentalmente, a la actividad que allí desarrollaban los inmigrantes coreanos. A modo de ejemplo, Villa Soldati o “Villa 150” según describe Lee Kyo Bum, estaba dividido en distintas sub-áreas y en cada una había veinte casas pequeñas, la mayoría de madera, con una habitación grande, un living-comedor, cocina y piso de cemento. Cada casa tenía un jardín de 2,5 por 3 metros, lo que permitió a algunos coreanos colocar un toldo y ganar espacio para el trabajo. En este discurso aparece como una constante la vinculación entre asentamiento y trabajo, de allí el énfasis en señalar que estas viviendas fueron utilizadas para instalar zapaterías, verdulerías o almacenes para convertirse poco tiempo después, en verdaderos talleres, cuando se inició en ellas el trabajo de confección de tricot incorporando máquinas de tejer.

Con respecto al barrio Rivadavia o “Villa 109”, en Flores Sur, el Sr. Lee señala que en octubre de 1966 se instaló allí el primer inmigrante coreano procedente de Paraguay, a quien fueron siguiendo otras familias. También se sumaron vecinos coreanos procedentes de la Villa Derqui, que desde 1967 habían logrado progresar económicamente mediante el trabajo en comercios propios instalados en dicho barrio.

Al mencionar a la Villa 109, el autor relata que los conflictos con la administración no se hicieron esperar: allí existía una oficina que intervenía en muchas de las decisiones atinentes a la vida cotidiana y establecía, especialmente, limitaciones en cuanto al trabajo. Como en dicho asentamiento funcionaba un mercado municipal, se prohibió expresamente a los coreanos el establecimiento de almacenes o verdulerías propias, como también la actividad laboral en el interior de las viviendas. Sin embargo, la mayor parte hizo caso omiso de tales normativas y desarrolló su trabajo dentro de ese espacio. Hasta 1967 habitaban allí unas treinta familias que, al año siguiente, introdujeron la actividad de tejeduría de suéteres, lo que implicó un rápido crecimiento del barrio ya que atrajo hacia él a un gran número de inmigrantes coreanos. De 200 familias registradas hasta 1970, llegó a haber 1.050 hacia fines de la década. La “Villa 109” aparece descrita de la siguiente manera: *“Era grande, tenía electricidad y agua, igual que Villa Soldati, y el precio de la llave no era excesivo. Adentro había un mercado, un jardín de infantes, una escuela y una comisión de un partido político, una unidad básica. Las calles eran de cemento y las veredas de 1,50 metros. Cada casa tenía 3 m de frente, con un jardín. Había casas de dos y tres habitaciones. Las habitaciones eran de 2,5m por 2,5m y la casa en general no tenía puerta, tenía cortina de plástico. Pero los coreanos”*, dice la versión traducida del libro del Sr. Lee, *“cambiaron algunas cosas y pusieron puertas. Cada casa tenía baño aparte y ducha. El mayor inconveniente era que no tenía gas doméstico. Con referencia a los argentinos que vivían allí, se dice que conservaban su casa bien arreglada, ordenada, limpia, por eso la villa no daba el aspecto de ser tan sucia ni desordenada”*.

Lee Kyo Bum recoge en su historia testimonios acerca de los otros habitantes de la villa 109: *“...además de los criollos estaban los inmigrantes de países limítrofes: paraguayos, bolivianos, uruguayos y chilenos. Todos ellos hablaban castellano y no tenían dificultades para comunicarse como los coreanos”*. Físicamente eran más o menos parecidos, salvo los bolivianos a quienes los coreanos decían poder distinguir:

“Los bolivianos no expresaban sus sentimientos, ni de alegría ni de tristeza. La cara, el tamaño del cuerpo, todo era diferente”.

El relato consigna que, cuando en 1980 la Municipalidad de Buenos Aires dispuso la erradicación definitiva de la Villa 109, política que había comenzado con los gobiernos militares (de 1966 a 1973 y de 1976 a 1983), casi la totalidad de los inmigrantes coreanos residentes en ella adquirió, con recursos acumulados, su vivienda en la zona circundante. Algunos ya lo habían hecho con anterioridad si bien mantenían su trabajo en la villa. Sin embargo, para el grupo este traslado aparece asociado a un sentimiento de dispersión y desorganización ya que con él veían desarticularse la comunidad en la que habían desarrollado estrategias de vida, de trabajo y de adecuación individual y comunitaria al nuevo contexto. Algunos, gracias a su conocimiento previo, decidieron instalarse en zonas más alejadas del barrio, como Mataderos y Lanús, aunque la mayoría buscó viviendas en las cercanías de la villa como por ejemplo, sobre las calles Carabobo, Curapaligüe, Cobo y Asamblea. Allí establecieron también pequeños comercios y sus diversas iglesias étnicas, centros no sólo de religiosidad sino, fundamentalmente, de socialización y contención comunitaria. Ocurrió que, incluso, algunos inmigrantes que residían en otros barrios de emergencia aunque no se habían visto obligados a abandonarlos en ese momento, lo hicieron de todos modos siguiendo el movimiento del resto de la colectividad y se sumaron al grupo de Flores Sur.

En general, las casas elegidas, relata Lee Kyo Bum, tenían entre cuarenta y setenta años de antigüedad, con techos muy altos que impedían que se sintiera tanto calor en verano y tanto frío en invierno y paredes gruesas que impedían que saliera al exterior el ruido de las máquinas de coser y de tejer. Con toldos, agrega, se lograba, además, ampliar el espacio para trabajar. En estas casas- taller habitaba la familia nuclear y en muchos casos convivían con sus integrantes hasta diez empleados bolivianos.

Las redes comunitarias comenzaron rápidamente a recrearse cubriendo las necesidades tanto materiales como espirituales del grupo y replanteando con mayor eficacia su inserción en la sociedad argentina en lo que se refiere a la actividad productiva. Para el grupo coreano, “desvillarizarse” (Herrán y Medrano, 1996) no ha implicado asumir una nueva identidad sino más bien se observó un reforzamiento de su identificación en tanto minoría inmigrante, con una cultura e idioma muy distintos a los del contexto receptor. Esta imagen del coreano como habitante en villas de emergencia

no se encuentra en el discurso cotidiano argentino, como tampoco en el de los medios de comunicación. De modo tal que, cuando se lo configura de manera estigmatizante, no es en absoluto asociándolo a su situación de “villero” sino más bien, y como se irá viendo a lo largo del trabajo, a otros factores que lo construyen en una posición precisamente contrapuesta, es decir, de persona exitosa desde el punto de vista económico y que ha alcanzado un elevado estándar de vida.

Si bien se reconoce cierta dispersión en diferentes zonas de Buenos Aires, en el universo discursivo coreano Flores Sur aparece como el punto principal de concentración residencial del grupo, donde se encuentran la mayoría de las iglesias comunitarias, la Escuela de Corea y los restaurantes típicos, mientras que el barrio de Once es identificado como el ámbito ligado fundamentalmente al trabajo. El año 1993 es mencionado como un momento de éxodo de vecinos coreanos hacia la zona de Flores Norte, definida como área a la vez residencial y comercial y volcada prioritariamente hacia el mercado comunitario. Este movimiento se asocia con actos de inseguridad y violencia contra vecinos coreanos ocurridos de manera sistemática en el barrio de Flores Sur, los cuales si bien se reconocen propios de una problemática que aflige a toda la sociedad argentina, son interpretados como hechos de discriminación hacia el grupo. Este éxodo sería, pues, la respuesta de algunos de sus integrantes a esta situación.

En un sentido similar de discriminación se entienden los operativos municipales de inspección dirigidos a los comercios coreanos ubicados en la zona de Flores Sur.

Un trabajo en la Argentina

El grupo coreano configura una dimensión de su presencia en el contexto argentino refiriéndola claramente a la posición existencial de *homo economicus*: así, en la construcción de su experiencia migratoria adquieren un peso fundamental las referencias a las modalidades y estrategias de inserción y organización del trabajo tanto a nivel individual como comunitario, sobre todo en los inicios de su vida en el nuevo contexto. Dichas estrategias aparecen vinculadas con la especificidad de su tradición cultural y con la movilización de recursos materiales y étnicos (Light 1988; Bonacich y

Light 1977, 1988)³⁷. De tal modo, los propios actores elaboran un discurso acerca de las prácticas específicas que han llevado a cabo a partir de los primeros momentos de su incorporación y sus modos de hacer y de interrelacionarse laboralmente con los otros no coreanos, que identifican como argentinos, judíos y bolivianos.

La imagen de la comunidad coreana en la sociedad argentina tiene un sesgo eminentemente urbano y comercial. Aun cuando se menciona el trabajo rural como objetivo de los primeros inmigrantes, se reconoce que ha sido fugaz, sólo un paso previo a una inserción laboral definitiva en la ciudad. Los jóvenes de aquel grupo aparecen mencionados como quienes pudieron ubicarse en las “fronteras” del mismo, debido a su relativo contacto con la sociedad argentina: se habían empleado en actividades poco calificadas como lavacopas y mozos. A los mayores se les atribuye, en cambio, una vida intracomunitaria en aquellos barrios precarios de la Capital Federal donde inicialmente se instalaron, desarrollando tareas para las que resultaban necesarios ciertos conocimientos específicos (como la acupuntura), un oficio (como en el caso de la reparación de zapatos o de neumáticos o la peluquería) ya traído de su país de origen, ya aprendido en el nuevo contexto. Sin embargo, cuando se hace referencia a la tendencia dominante en el grupo se alude a una inclinación por el comercio de alimentos (kiosco, almacenes, verdulerías), y un poco más tarde, por el trabajo de costura y tejeduría que, en esos primeros momentos, se llevó a cabo como se ha mencionado, en las viviendas de las villas de emergencia en donde habitaban³⁸.

La colectividad se percibe a sí misma en su conjunto conformando un núcleo homogéneo, activamente comprometido con el sector terciario de la economía y volcado en dirección exclusiva o bien hacia el propio grupo en el caso de determinados comercios minoristas, servicios o trabajos profesionales o bien hacia el contexto

³⁷ En sus estudios focalizados en la inserción económico- social de minorías étnicas en sociedades complejas, los sociólogos norteamericanos Light y Bonacich definen la noción de “recursos étnicos” como las formas de ayuda intragrupal derivadas de la herencia cultural de un grupo, incluyendo en el área laboral a la utilización de redes de solidaridad familiares o congregacionales, grupos de apoyo crediticios, transmisión de conocimientos, habilidades comerciales e información acerca de las oportunidades en donde ponerlos en práctica. Por otra parte, se refieren a los “recursos de clase”, apuntando tanto a la dimensión material (en el sentido de producción y distribución, capital humano y dinero para invertir) como a la dimensión cultural, en términos de valores, conocimientos y actitudes comunes a los distintos estratos de la sociedad mayor (Light 1988; Bonacich y Light 1977, 1988).

³⁸ En el mencionado libro de Lee Kyo Bum se dedica un capítulo a describir lo que el autor denomina “la vida inicial en la ciudad” en el que se alude a estas primeras actividades desarrolladas por los inmigrantes en los diferentes barrios de emergencia. Estas referencias coinciden con los testimonios recogidos en nuestras entrevistas.

argentino, como ocurre con la actividad textil que aparece mencionada en relación directa con su inserción en la ciudad³⁹.

En el decir coreano no se le asigna al inmigrante una actitud dependiente ni pasiva: sea cual fuera su actividad, la imagen que construyen de sí mismos es la del trabajador experimentado, predispuesto a privilegiar la acción inmediata ante cualquier objetivo ligado con la obtención de beneficios materiales. Hay en ese discurso, una marcada insistencia en asociar la experiencia de la inmigración en la Argentina con una finalidad meramente instrumental y una capacidad inagotable de trabajo adjudicada al conjunto de la comunidad. La imagen propia se recorta como la de aquél que invierte y genera recursos y trabajo, una tendencia que aun cuando disponga de capital mínimo, o incluso si se encuentra en un ámbito desfavorable, no duda en poner en marcha. Tanto es así que incluso a ese inmigrante inicial, con escasos recursos, se le atribuye la habilidad de haber sentado una base de trabajo con eje en el comercio para los futuros inmigrantes, a quienes, a su vez, se les adjudica la capacidad de haber perfeccionado y acrecentado dicha base.

En su discurso se enfatiza y detalla el tipo de actividad comercial con que el grupo impuso su presencia en Buenos Aires y el resto del país, a través de los rubros principales de alimentación e indumentaria⁴⁰. Asimismo este tipo de inserción comunitaria se destaca como la posibilidad de crear y desarrollar un mercado interno tendiente a abastecer de manera autónoma a sus integrantes.

Por otro lado, cuando se habla de esta actividad se la vincula con los espacios urbanos concretos en los que la misma se despliega. Se identifican así determinados barrios como Floresta Sur, Flores Sur y Once y algunas de sus calles (Carabobo, Castañares, Asamblea, Argerich) y avenidas (avenida Avellaneda, Gaona, Nazca) que concentran el mayor número de locales comerciales y talleres textiles.

³⁹ Según la socióloga Marta Panaia (1995:8) la conducta económica de la comunidad coreana constituye un "enclave étnico" definido como "la concentración espacial de grupos inmigrantes que establecen las empresas que sirven al mercado étnico y al mercado general". Dichos enclaves se caracterizan por dar trabajo a una elevada proporción de integrantes de la misma comunidad. Panaia advierte sobre la diferencia entre este concepto de "economía de enclave" y el de "economía étnica" formulado por Bonacich y Modell (1980) que "no toma en cuenta el concepto de mercado intracomunitario de productos y servicios y tampoco el mercado de trabajo étnico".

⁴⁰ Esta autoidentificación se aproxima a una de las acepciones del concepto de "minoría intermediaria o mercantil", aquella que alude a los grupos étnicos "que están desproporcionadamente representados en ocupaciones relativas al comercio, especialmente en el sector de los pequeños negocios" (Zenner 1987:253). Esta acepción es la que suele utilizarse en relación a las empresas de inmigrantes en sociedades avanzadas como el caso de los pequeños empresarios coreanos en los Estados Unidos, cfr. Light y Bonacich 1988; Pyong Gap Min 1990.

El barrio de Once aparece en el decir coreano ligado fundamentalmente al despegue de la actividad comercial del grupo en el escenario argentino, mientras que los años '80 son señalados como el momento de mayor incursión de negocios de la comunidad en dicha zona, tradicionalmente habitada por integrantes de la colectividad judía. También se hace referencia a la presencia coreana en el interior del país a través del comercio pero destacando que es menor que en Buenos Aires, hecho que atribuyen al encarecimiento de los servicios y la mano de obra fuera de la Capital.

Aunque se alude a la ausencia de registros formales, se mencionan datos sumamente precisos acerca de esta actividad ("ochocientos minoristas de ropa en provincia", "quinientos mayoristas /de ropa/ en Capital"; "quince mayoristas de importación de telas"), como testimonio de su importancia en relación con otros rubros comerciales que, por el contrario, se mencionan de modo genérico ("hay autoservicios") o aparecen referidos a casos puntuales relativos a la propia experiencia ("la fábrica de álbumes de fotos de mi amigo").

Ahora bien, la actividad comercial es percibida de dos maneras contrapuestas: por un lado, como resultado de una elección vinculada a las expectativas de autonomía y productividad atribuidas a la generalidad del grupo y por otro, como una imposición del entorno, en tanto que se considera como la única posibilidad de supervivencia del coreano en un medio desconocido como el argentino. Desde otro punto de vista y debido a la tradición cultural coreana, la práctica del comercio aparece valorada de manera negativa en relación con otras actividades que se centran en el campo intelectual, profesional, técnico y militar, visión que resulta de asociar lo comercial con una tendencia del individuo a sobrestimar la materialidad de la existencia.

El rubro textil

La actividad textil surge como el eje que estructura el universo económico coreano ya que pone en relación actitudes, valores y redes vinculares que ya empezaban a perfilarse en la configuración de la actividad comercial. Elección, imposición, estrategias, recursos materiales y étnicos e interacción personal con el exogrupo se entrelazan en el discurso y cobran un matiz particular en la configuración de la imagen grupal a través de esta ocupación.

La actividad en el rubro textil es experimentada como una opción circunstancial y, a la vez, como una imposición externa e interna, que afecta a la totalidad del grupo. Nadie puede escapar de ella: fue iniciada por los primeros inmigrantes en los '70 gracias a la habilidad de unos pocos (se menciona, sobre todo, a dos mujeres) en el manejo de las máquinas de coser y de tejer, que inmediatamente transmitieron al grupo. Se sumaron luego los que fueron llegando en esos años. Pero quienes la mejoraron y eficientizaron son identificados como los inmigrantes de las décadas del '80 y del '90, capitalistas inversores en ese rubro.

Se le atribuye al conjunto de la comunidad ("toda la comunidad", "el 80%", el "95%", "la mayoría", "todos") una ligazón inevitable con alguna de las distintas fases que componen el espectro textil: fabricación de la materia prima, confección, comercialización y venta en bocas de expendio propias. La actividad aparece no sólo enlazando a los miembros con su comunidad, sino a cada uno de los integrantes de la familia con su propio núcleo parental.

Si bien se enfatiza el carácter familiar de la mano de obra se menciona la presencia de hombres jóvenes coreanos, solteros, recién llegados de su país de origen o de países limítrofes con la Argentina, a quienes, en la etapa inicial de la inmigración, sus connacionales ofrecieron vivienda a cambio de trabajo. Esta imagen del coreano que depende de otro compatriota surge no obstante, asociada con una idea de progreso individual en tanto se la describe como el primer escalón para la adquisición de una máquina (de coser o tejer) propia y, en el futuro, para la instalación del taller y/o local comercial propio, de acuerdo con las estrategias de apoyo intracomunitario mencionadas⁴¹.

A la familia nuclear se la define como una empresa comercial en la que cada miembro está ubicado en un rol específico. A las mujeres se les atribuye una actitud de mayor comunicación con el contexto argentino en el área de las relaciones comerciales. Su actuación se percibe en un plano de igualdad con la del hombre, cuando no en un lugar que relega a este último a una posición de complementariedad.

⁴¹ Como afirma Light (citado por Panaia 1995:4) el modo de incorporación al sistema económico de parte de los inmigrantes coreanos, sugiere que este tipo de economía étnica "*representa para los coétnicos una alternativa importante en el mercado de trabajo y al mismo tiempo, otorga la posibilidad de seguridad laboral y mayores ingresos acelerando la movilidad social de las minorías étnicas*".

La participación de los hijos también es vista como fundamental para el desarrollo de la empresa familiar y se la interpreta como obligatoria, debido a la fuerte demanda familiar que los lleva a aceptar este destino laboral como el único posible. No obstante, frente a esta visión de obligatoriedad, las valoraciones varían e introducen matices y quiebres: para algunos, se trata de una estrategia necesaria para mejorar el nivel de vida y la posibilidad más eficaz de acrecentar las ganancias familiares. Otros incluso, la definen como el resultado de una libre elección de los jóvenes frente a la posibilidad de seguir una carrera universitaria (que rechazan) o independizarse laboralmente. Entre ambos extremos se registraron manifestaciones de anhelo y expectativas de otras variantes de inserción, atribuidas no sólo a los hijos sino también a la generación de los padres, que apuntan a modificar esa modalidad vincular. Lo cierto es que, de un modo u otro, por aceptación o por rechazo, los jóvenes coreanos se definen involucrados en este mundo, en el cual familia y trabajo aparecen como espacios siempre correlacionados.

Tanto en este caso como en el de la mujer, su participación en la actividad económica aquí en la Argentina aparece como una tarea sobreañadida al papel que se les adjudica por definición y de manera exclusiva, al menos en su país natal, esto es, las tareas del hogar a la mujer casada, el estudio a los hijos.

Este mundo en el que la vivienda-taller de la familia se presenta relacionado con la comunidad y el barrio, genera una imagen de círculo cerrado que, paulatinamente, va reconfigurando sus bordes al introducir la presencia de un ajeno. La alusión al inmigrante boliviano por una parte y al argentino de origen judío por otra, abre nuevas zonas de vinculación en las que las imágenes de unos y otros conforman categorías que aparecen como análogas: una es la de patrón coreano/ trabajador boliviano; la otra, de proveedor judío/empleo coreano (fasón)⁴².

Mientras que la primera categoría se mantiene relativamente estable ya que la relación entre coreanos y bolivianos plantea esa desigualdad de manera predominante, la segunda se va modificando conforme el coreano va construyendo la vinculación con el judío de modo tal que sus respectivas imágenes se transforman acompañando las fases de la actividad, según sean locador judío/inquilino coreano, comerciante judío/comerciante coreano, fabricante judío/fabricante coreano, competidor judío/competidor coreano.

⁴² Fasón (del francés "façon"): trabajador a destajo, confeccionista.

Al hablar del ámbito textil, el coreano asocia sus primeros pasos al contacto con propietarios de grandes fábricas y talleres de confección, argentinos de origen judío, quienes derivan parte del proceso de producción a otros talleres, generalmente más pequeños, circunstancia que favorece la introducción del grupo coreano en ese sistema de trabajo, ya que cuenta con máquinas de coser propias funcionando en sus viviendas/taller. Así los comerciantes y fabricantes textiles judíos son vistos como los únicos proveedores posibles de trabajo, situación que los obliga a establecer y mantener dicho contacto.

La interacción entre coreanos y judíos es percibida tanto en términos de imposición como en los de una complementariedad que se impone gracias a la mutua necesidad. Los coreanos se adjudican a sí mismos la necesidad de trabajar y a los judíos la necesidad de contar con quienes realicen el trabajo y sean laboriosos y honestos, cualidades que atribuyen explícitamente al propio grupo.

La imagen del judío aparece construida en una triple dimensión: como minoría mediadora, en el sentido de que es reconocida por los nuevos inmigrantes como el agente articulador con la sociedad receptora en un primer momento; como poseedora de un "saber textil" del cual el grupo coreano dice apropiarse posteriormente y como referente respecto del cual éste elabora su concepto de despegue económico en el contexto argentino. Esto es, cuando dice superar su situación de dependencia inicial e incursiona con producción y negocios propios, lo hace en los espacios comerciales ocupados tradicionalmente por aquellos mismos fabricantes y comerciantes judíos⁴³.

Si bien el coreano atribuye a sus colegas textiles judíos el haberle mostrado las estrategias y el código de ese mundo laboral, cuando se describe como actor en esta actividad, no lo hace desde una posición de completa pasividad e ignorancia sino más bien, en una actitud alerta de aprendizaje, captación y reproducción de los mecanismos más eficaces para el desarrollo productivo de esa práctica, según los han implementado los judíos, ya expertos.

⁴³ Con referencia a la interacción entre minorías étnicas en ámbitos urbanos las mismas han sido abordadas por algunos autores en términos de competitividad por los recursos económicos, de sustitución en una misma actividad y por la obtención de influencias (cfr. Glazer y Moynihan 1963; Barth 1976; Green 1987; Bayor 1988). Para el caso concreto de inmigrantes coreanos y su vinculación con afroamericanos en Los Angeles, Estados Unidos, cfr. Chang (1993).

En ese ámbito, el coreano enfatiza como rasgo característico la trasgresión, sobre todo, en lo referente al vínculo laboral con los empleados que muchas veces roza la ilegalidad y le permite justificar su accionar frente al cual los argentinos reaccionan críticamente.

A ese conocimiento aprendido de otros y reproducido, se agrega sin embargo la mención de una estrategia propia implementada a nivel comunitario en particular en los momentos iniciales de organización de la actividad. Se refieren así a la figura del intermediario, definida como aquel miembro de la comunidad que la representa frente a los sectores de la sociedad argentina involucrados en esta práctica, especialmente frente a los fabricantes judíos. A este personaje, por un lado, se lo describe como un verdadero estratega que genera una política de contacto con las fábricas argentinas: además de conseguir el trabajo, resuelve la dificultad del idioma y el desconocimiento que la mayoría tiene del contexto. Por otra parte, es visto como aquél que logra que se alcance un mayor grado de eficiencia productiva, dado que se le asigna la organización de la distribución del trabajo entre las familias de acuerdo con el color y el modelo de las prendas. Finalmente, es quien aparece defendiendo los intereses económicos del grupo frente a los judíos. Sin embargo, la valoración de este personaje se torna negativa en cuanto se comienza a percibir en su accionar una conducta que prioriza el interés individual sobre el colectivo.

Los empleados

Cuando se hace referencia al mundo textil, aparecen mencionados otros protagonistas fundamentales con los que se vincula el grupo: se trata de los empleados a quienes se diferencia según el contexto de trabajo, es decir, los talleres de costura y los locales de venta de ropa coreanos.

En el primer caso, aluden principalmente a los inmigrantes bolivianos y en menor medida, a empleados brasileños y chilenos de cuyos rasgos particulares no se hace referencia. Vecinos de los inmigrantes coreanos en las primeras etapas de su inserción en Buenos Aires, principalmente en la Villa 109, los bolivianos aparecen siempre ligados al trabajo de confección, a la máquina de coser y al taller- vivienda, formando parte de su entorno privado. En la construcción subjetiva de esta interacción, es recurrente en el discurso coreano negar la posición de “explotador” que, afirma, los

argentinos le atribuyen en cuanto patrón del empleado boliviano, asociación que, además remite explícitamente a una imagen elaborada por los medios de comunicación.

El inmigrante boliviano es identificado por su situación de residente ilegal en la Argentina. Definido por su falta de recursos materiales y su limitada capacidad intelectual para desarrollar estrategias de inserción laboral y progreso económico, se lo considera no obstante un trabajador eficiente. Frente a estas carencias el coreano se ubica como proveedor tanto de trabajo como de un espacio donde establecer su residencia.

A este discurso se recurre para valorar positivamente la modalidad de incorporación del inmigrante boliviano en el taller coreano en el que vive (además de trabajar) y el vínculo que se establece entre ambos grupos y aparece definido en términos de conveniencia mutua. Hay en la mirada coreana una negación de la desigualdad en tanto se pone énfasis en que ambos conviven, trabajan a la par y se benefician “por igual”: el inmigrante boliviano accede a trabajo, salario, vivienda y comida en un medio que le es hostil y no le brinda esas posibilidades. El patrón coreano a su vez, cuenta con un empleado al que describe como "buen trabajador", "complaciente", eficiente para realizar "el trabajo difícil en la máquina" (de coser) y que, fundamentalmente, "no habla", es decir, no se distrae y por lo tanto, dedica toda la atención a su tarea, sumado al hecho de que, además, no cuestiona su situación de empleado ilegal, “en negro”, ni las condiciones de trabajo.

En este mismo discurso, se ve cómo se configura la autoimagen del “patrón humanitario”, respecto de quien se afirma que trabaja a la par de sus empleados y además se preocupa por su alimentación: se refiere la contratación de cocineras bolivianas para atender este aspecto.

Esta última alusión adquiere especial sentido en cuanto se contrapone a una imagen mediática del coreano que destaca, como parte del mal trato que da a los empleados de su taller, el hecho de negarles una buena alimentación.

En el discurso boliviano registrado a través de entrevistas con miembros de este grupo, se menciona la presencia de estas mujeres connacionales encargadas de la comida diaria, sólo que se interpreta tal presencia como una actitud de engaño por parte del coreano ya que es vista como una estrategia para captar mano de obra barata.

Sin embargo, la modalidad laboral que éste propone aparece ligada asimismo con la posibilidad de acceder a trabajo, alojamiento y comida en un contexto como el

argentino que, tal como afirma el inmigrante boliviano, lo rechaza, entre otros factores, por su situación de ilegalidad. En la descripción de la interrelación entre coreanos y bolivianos, unos y otros dan cuenta de una complementariedad de ilegalidades en el escenario receptor: la situación de indocumentación de los trabajadores bolivianos y el supuesto incumplimiento de los patrones coreanos a nivel de legislación laboral y obligación impositiva.

No es ésta la única forma de vinculación laboral que surge en el decir coreano respecto de los bolivianos: se alude también a un tipo de relación en la cual se les da en préstamo la máquina de coser para que realicen el trabajo fuera del taller.

Ahora bien, este boliviano con quien el coreano convive o no, no es percibido en una actitud de total pasividad y aceptación, sino que también es ubicado por su empleador oriental en un camino de ascenso económico, en el que su taller es el punto de arranque para una posterior competencia.

Es de notar cómo los entrevistados describen este camino con un discurso análogo al utilizado en la referencia a su propio recorrido de progreso en su relación con los empresarios textiles judíos, sólo que en su caso el avance es visto a nivel comunitario, mientras que en el del boliviano, ocurre a nivel individual. Las etapas del mismo serían las siguientes:

1. El coreano ofrece su trabajo al judío. El boliviano ofrece el suyo al coreano.
2. Los judíos proveen de trabajo a los coreanos; los coreanos proveen de trabajo a los bolivianos
3. Coreanos y bolivianos son dependientes (de los judíos, unos; de los coreanos, los otros)
4. Coreanos y bolivianos se independizan y compiten con sus proveedores (judíos en el primer caso; coreanos en el segundo).

Decíamos antes que en el universo de los vínculos laborales en el ámbito textil se hace referencia, además, a los empleados de los comercios de venta de ropa coreanos. Aquí, no se trata de bolivianos sino de argentinos que aparecen cumpliendo una función que va más allá de la específica: son los mediadores entre el dueño coreano y sus clientes locales habida cuenta de las dificultades de comunicación. En este caso particular, de manera excepcional y a nivel de experiencia personal, aparece

mencionada la amistad con el empleado argentino como una situación no sólo posible sino deseable.

Pero en la descripción de este vínculo la que prima es, más bien, una visión negativa. El empleado argentino es definido como incumplidor y, sobre todo, abusador en su demanda de beneficios, como también provocando conflictos que perjudican al patrón coreano para lo cual se vale incluso, de argucias legales.

Si bien los entrevistados coreanos reconocen explícitamente la ausencia de acatamiento de las leyes laborales por parte de algunos de sus compatriotas, en este espacio son ellos quienes se sienten víctimas de la ilegalidad ejercida por sus empleados argentinos a través de juicios laborales que, sostienen, son injustificados por más que los avale la legislación vigente.

Los proveedores y locadores

En la construcción del desarrollo de la actividad textil, aparece la referencia a las relaciones comerciales con proveedores y locadores de los inmuebles comerciales.

Con respecto a los proveedores, entre ellos se distingue a los que pertenecen al endogrupo, a los judíos y a los argentinos. La diferencia fundamental que se destaca corresponde al tipo de interacción personal que se genera y al desempeño laboral de unos y otros. Cuando se trata de los connacionales, se enfatiza la honestidad y el cumplimiento además del carácter que asume el intercambio, que supera el mero trato comercial: el proveedor coreano es además, el amigo, el que traspasa los límites espaciales del local comercial y tiene acceso al ámbito privado de la familia representado específicamente por la *cocina* de la casa.

Por el contrario, cuando los comerciantes coreanos hablan de los proveedores argentinos y judíos, lo hacen atribuyéndoles a ambos los mismos rasgos negativos de incumplimiento, irresponsabilidad y abuso de confianza. Dejan en claro, asimismo, que la relación que se establece no va más allá de los límites estrictamente comerciales.

En este mundo textil, los informantes ubican el conflicto en distintos espacios según sean los actores que intervienen: con los empleados argentinos de los comercios de venta de ropa, en razón de los juicios permanentes; con los locadores judíos, debido al costo desmesurado de los alquileres de los negocios; con los comerciantes y

fabricantes textiles de esa misma colectividad, por la rivalidad en relación con el público consumidor que comparten.

A estos conflictos intergrupales originados en la competencia, los entrevistados agregan la disputa a nivel intracomunitario por esta misma causa. Y así, mientras afirman una imagen de comunidad étnica fuertemente cohesionada en torno a una ocupación, delinear una imagen altamente competitiva que ligan a la pérdida de solidaridad y a la desarticulación del grupo. Y llegado este punto manifiestan la necesidad urgente de una apertura hacia el mercado externo y una diversificación en la producción. Este planteo aparece entonces como una estrategia que supone una recuperación de los lazos del grupo, más que como una expresión de proximidad a la sociedad argentina

Se observa que, si bien la inserción en el ámbito textil se describe como azarosa, cuando se detalla su desarrollo se deja entrever la puesta en marcha de un conjunto de tácticas que combinan la elección, la evaluación y la adopción de esta actividad con una modalidad de organización laboral comunitaria asociada a pautas culturales y a las posibilidades materiales propias.

Un ejemplo de esas prácticas comunitarias relacionada con el crecimiento de la actividad textil en la colectividad coreana es el “gae”, definido como un tipo de cooperación financiera informal destinada a objetivos particulares vinculados al área comercial como, por ejemplo, la instalación de un local⁴⁴. Este sistema, sin embargo, no siempre es descripto como un elemento de solidaridad y facilitador del progreso y el avance: en el contexto argentino aparece en determinado momento como una causa de desintegración de la comunidad, al estar asociado con la crisis económica del país al inicio de los años 80 que impidió que los miembros de los “gae” pudieran responder a sus compromisos y que otros, demostrando actitudes individualistas, se apoyaran simplemente en esa coyuntura para no honrarlos.

Más allá de estos avatares, las causas del éxito económico coreano en la Argentina se atribuyen en gran medida a determinadas características que se asignan a

⁴⁴ El “gae” es un sistema que se corresponde con lo que Geertz denomina “asociación de crédito rotativo”, común en muchas áreas del mundo no occidental. Se trata de una agrupación formada en base a un núcleo de participantes quienes concuerdan en hacer contribuciones regulares a un fondo, el cual es otorgado, en su totalidad o en parte a cada contribuyente de manera rotativa (Ardener 1972). Son tradiciones económicas prácticas vinculadas al funcionamiento de las culturas y se convierten en fuentes importantes de financiamiento de nuevos negocios, sobre todo entre los coreanos (Light 1972).

la actividad textil y complementan la imagen de la propia capacidad: la posibilidad que brindaba de comenzar a trabajar sin necesidad de incorporar el idioma, el hecho de que no demandara grandes inversiones de capital inicial y sí en cambio, mano de obra intensiva y la oportunidad de implementar en ella una estrategia de trabajo familiar que fortalecía, además, las redes comunitarias. En resumen, se trata de una actividad en la que se resalta la posibilidad de un mayor valor agregado y se construye como el punto de referencia para la inserción de nuevos contingentes de inmigrantes coreanos con experiencia y recursos traídos del país de origen.

La actividad profesional

No sólo la actividad comercial y textil son mencionados como parte del universo económico del grupo coreano en la Argentina: en su discurso, la actividad profesional aparece vinculada a la situación de los jóvenes que se han escolarizado en la Argentina y han tenido la opción de elegir una inserción diferente de la de sus padres.

De tal modo, se hace hincapié en la existencia de profesionales coreanos principalmente en las áreas de medicina, odontología, abogacía, ciencias económicas, farmacia y arquitectura.

Al tiempo que se reconoce el predominio en dichas áreas, se deja entrever la escasa representación del grupo en el ámbito de las ciencias sociales y humanísticas que se ejemplifica con la mención de los casos excepcionales de "una" licenciada en Ciencias Políticas, "una" en Ciencias de la Educación y "una" en Psicología.

Ahora bien, a los profesionales coreanos se los describe ejerciendo su actividad fundamentalmente dentro de los límites comunitarios ya por imposición de las circunstancias, ya por decisión propia. En el primer caso, esto se liga con la demanda de servicios que prima en el grupo a fin de liberar a sus miembros de la obligación de recurrir como única alternativa a profesionales argentinos.

La preferencia por los connacionales es explicada no tanto en función de una capacidad profesional diferente de la de los argentinos sino, fundamentalmente, por el deseo y la necesidad de lograr una mejor comunicación, basándose en la lengua, los códigos culturales y la "identidad" compartidos. En casos vinculados al área de la salud (odontología y medicina, en particular), mencionan como práctica común, sobre todo en los inicios de la inmigración, la intervención de profesionales recibidos en su

país de origen, que, al no poder ejercer formalmente en la sociedad argentina por la falta de reválida de los estudios correspondiente, lo hacían no obstante en la interioridad del grupo. Sin embargo, esta situación se vivía como ineficiente en relación con los casos que requerían hospitalización. La experiencia de los primeros inmigrantes en los hospitales públicos se planteó como conflictiva y dificultosa debido a los múltiples obstáculos originados en la imposibilidad de comunicación con el personal, a las prácticas médicas diferentes respecto de las de su país de origen (mencionan el ejemplo de las parturientas) y además, a situaciones de discriminación. A los médicos de la comunidad recibidos en la Argentina se les atribuye el deseo y la voluntad de haber constituido un espacio propio, el Centro Médico Coreano, orientado fundamentalmente a asistir las necesidades del grupo. La misma situación es referida respecto del ámbito odontológico.

Con respecto a la decisión voluntaria de ejercer la profesión a nivel intracomunitario, la misma aparece asociada no sólo con una actitud de solidaridad endogrupal sino principalmente con una conveniencia económica individual ante las escasas posibilidades de inserción que se perciben en la sociedad argentina. El exceso de oferta profesional, los bajos salarios institucionales y las malas condiciones de trabajo en el área de la salud e incluso en el ejercicio de cualquier otra profesión, son los motivos que se mencionan para explicar la actitud de reclusión de los profesionales coreanos en el endogrupo. A ellos debe sumarse la decisión de abandonar la vocación y optar por una actividad comercial más rentable. Existe además otro elemento que, en función de la propia experiencia personal, aparece como factor determinante para que el profesional coreano actúe dentro de los límites de la colectividad: se trata del rechazo hacia profesionales de ese origen que se les asigna a los argentinos.

Sin embargo, hay un discurso que marca una proximidad con el contexto local: se trata de expresiones que hacen referencia a la decisión de profesionales coreanos de volcarse por completo al exogrupo. Esta actitud aparece ligada a una noción de integración respecto de la sociedad argentina paralela a la de disgregación del propio grupo, tal como se verá más adelante.

El tiempo de ocio

En una casi obligada relación con el universo laboral, en el decir coreano no se elude la referencia al descanso, que se admite exclusivamente una vez que se ha realizado la totalidad del trabajo pendiente. Es por eso que, aunque se reconoce un tiempo legítimo para interrumpir la actividad (como el fin de semana), se hace especial hincapié en que, en la experiencia cotidiana del grupo, predomina la entera supeditación del tiempo de ocio al cumplimiento del compromiso laboral.

Cuando se asume ese tiempo como distinto, se mencionan lugares de esparcimiento, personas con quienes compartir esos momentos y las actividades que interesan. Así, un factor que se nombra en relación con la elección de los espacios para el ocio, es su separación del ámbito en donde se desarrolla la tarea productiva diaria. Se atribuye al conjunto de la comunidad los hábitos de asistir a la iglesia, concurrir con la familia a restaurantes típicos y buscar esparcimiento en espacios abiertos como los bosques de la localidad de Don Bosco, provincia de Buenos Aires.

A los hombres adultos se les adjudica la práctica de deportes (especialmente golf, tenis, fútbol y vóley) o juegos de salón (en particular, juego de cartas como el póker) en los cuales no participan las mujeres. En los niños, se señala su predilección por el fútbol, mientras que no se encuentran, en cambio, referencias al tiempo de descanso de las mujeres.

Cuando ese lapso surge asociado al período estival se lo vincula con una pérdida – la económica – debida a la interrupción de la actividad comercial. De cualquier manera, el hábito de las vacaciones se afirma como incorporado en el grupo. En tales circunstancias, se señala como rasgo característico la predilección de los hombres por la pesca o la caza de ciervos. Cuando se incluye a la familia se menciona el descanso en casas de fin de semana en las afueras de Buenos Aires.

La valoración positiva del tiempo de ocio y su aprovechamiento específico es una actitud que en el grupo coreano se liga explícitamente con la cultura occidental. El hecho de que haya sido adoptada por la colectividad es percibida como un signo de occidentalización sumado al mejor nivel de vida logrado en la Argentina.

Los coreanos se “adaptan”, se “argentinizan”, se “integran” y se “identifican” con el contexto argentino

En el discurso sobre su experiencia como inmigrantes en la sociedad argentina, los entrevistados van construyendo diversos aspectos de la situación de encuentro y de contacto continuado y sostenido con sus integrantes y con la nueva cultura. Se trata de un universo de contrastes que ellos mismos van configurando a partir de múltiples imágenes fragmentarias y que, en su conjunto, ponen en evidencia la confrontación con lo que consideran una identidad original al tiempo que edifican su noción de la diferencia.

En su práctica discursiva asumen diversas posiciones y actitudes - tanto a nivel individual como comunitario- frente a las reglas, normas y modos de vida que les ofrece el nuevo ámbito y van delimitando zonas de mayor o menor proximidad con el contexto argentino. Lo que muestran los testimonios es, justamente, los distintos grados de tensión entre una adhesión total o parcial al ámbito cultural actual, habida cuenta de las pautas culturales propias y su identificación con el grupo de pertenencia étnica. Con expresiones recurrentes, los inmigrantes coreanos describen diferentes modalidades de vínculo con la sociedad y así dan cuenta de un gradiente de posicionamientos en virtud de la particular participación en este fenómeno. Hablan, entonces, de “adaptación”, “argentinización”, “integración” e “identificación”⁴⁵.

El término “adaptación” aparece remitido a una actitud pasiva de aceptación por parte del grupo frente a una realidad dada que, a nivel individual, llevan al extremo del conformismo. Es así que la escuela, las costumbres y la mentalidad de los argentinos aparecen como aquello que la sociedad impone a los niños, a los adultos y a los jóvenes coreanos respectivamente, sin que ellos opongan resistencia alguna. Si bien resaltan la rapidez en la adaptación, éste es un proceso que en la generación de los mayores se

⁴⁵ Sobre los procesos de adaptación y asimilación de los inmigrantes coreanos existen trabajos realizados para el contexto norteamericano, sobre todo en las áreas de Chicago, Los Angeles y Atlanta. Desde una perspectiva sociológica, toman en cuenta la dimensión de la vida cultural y social del grupo relacionándolas con variables estructurales, incluyendo, excepcionalmente, datos cualitativos provenientes de historias orales o relatos personales (Takaki 1989). Se vincula la noción de adaptación y asimilación con distintos ámbitos de la vida del grupo como el educativo (cfr. De Vos y Eun-Young Kim 1993), el área de salud (Won Moo Hurh y Kwan Chung Kim 1990), el ámbito religioso (Pyong Gap Min 1992) y el familiar (Don Chang Lee y Eun Ho Lee 1990). Kwang Chung Kim y Won Moo Hurth (1993) analizan la situación de los inmigrantes coreanos desde una perspectiva que denominaron el “modo aditivo de adaptación” que contraponen a la ideología de la asimilación y del pluralismo. A la primera, la definen como un llamado a la unidad nacional o a la homogeneidad a través de la eliminación de límites étnicos. A la ideología pluralista la ven como un llamado a la diversidad o heterogeneidad de la vida nacional que mantiene tales límites. Con su enfoque enfatizan que tanto la “retención étnica” como la “americanización” pueden ocurrir simultáneamente en alguna dimensión de la vida cultural y social de los inmigrantes y sus descendientes. A diferencia de nuestra propuesta en la que buscamos acceder a cómo los protagonistas construyen estos procesos incluso en base a la utilización de categorías como “integración” tomadas de las ciencias sociales, estos autores recurren a un análisis basado en variables sociológicas preestablecidas como los lazos de parentesco, amistad, filiación religiosa, utilización de medios masivos de comunicación (americanos o coreanos), estudio y uso del inglés y hábitos alimenticios.

asocia con una sensación de padecimiento y sacrificio, al advertir el límite de las propias posibilidades de adecuación. Este sentimiento en cambio, no se menciona en referencia a los jóvenes, a quienes se les adjudica una mayor versatilidad frente al cambio y la novedad, a excepción de algunos adolescentes, inmigrantes más recientes cuyas experiencias de vida dan cuenta de lo contrario.

Respecto del resultado de la adaptación, el aspecto positivo se ve ligado en relación directamente proporcional al tiempo de residencia (a mayor estadía, mayor adaptación), considerando la variable temporal como la única que determina el proceso. Sin embargo, esta expresión se contradice cuando se atribuye a la primera generación la imposibilidad de aceptar la cultura y las costumbres argentinas cuando no, directamente, el rechazo consciente de la nueva realidad.

Una segunda modalidad del vínculo, a diferencia de la anterior, menciona una adecuación instrumental en la que los integrantes del grupo coreano se describen en una actitud activa en relación al contexto, a la que denominan “argentinización”. “Argentinizarse” significa "actuar (pensar, vivir, hablar, vestirse, comportarse, hacer) como”, claro está, un argentino. Definición que, si bien conduce a pensar en una mimesis total con el otro, no deja de plantear una línea divisoria que se infiere del énfasis puesto, precisamente, en la alusión a esa actitud de imitación: asumiendo que no son argentinos, la cuestión radica en parecerlo o aparentarlo. ¿Cómo? Pues adoptando las nuevas formas.

Los adultos jóvenes que han llegado siendo adolescentes y los adolescentes que han venido de pequeños, ambos grupos con un lapso de residencia en el país superior a los diez o quince años, son mencionados como quienes han incorporado los cambios. Es a ellos a quienes la comunidad ve aceptar de mejor grado y con mayor velocidad las ideas occidentales y las costumbres argentinas, que aquí asocian tanto a la vestimenta o al modo de hablar, como a una característica de comportamiento como lo es la extroversión. Son ellos también a quienes se adjudica el haber pasado al menos por alguna de las etapas de escolarización, de modo tal que los niños que han nacido en nuestro país e inician su educación formal a partir del nivel preparatorio son los que alcanzan un mayor grado de argentinización. Nacionalidad y escolarización ligadas a argentinización constituyen en este discurso una unidad en la cual se omite toda mención a la incidencia familiar, cargando el acento en el papel del medio externo. Los

entrevistados se refieren a la argentinización como a un proceso progresivo en términos generacionales, del cual excluyen por completo a la primera generación.

Una tercera instancia de vínculo es la denominada “integración”⁴⁶ que, si bien alude a una actitud activa como en el caso anterior, presenta diferencias a tener en cuenta. “Integrarse” es una expresión que aparece ligada más bien a una actitud de participación en relación con la sociedad argentina y con los argentinos: no se trata de “actuar como” sino de “ser parte de”.

La integración aparece dicha como un proceso que requiere esfuerzo consciente, por lo tanto al describirla se hace referencia a factores internos al grupo, como las actitudes de deseo y de voluntad que los mismos inmigrantes se autoatribuyen. De este modo, subordinado al sujeto, el proceso de integración es abordado en términos de una actitud voluntarista, dependiente de la decisión de los padres, a quienes, desde un punto de vista personal, se atribuye una posición de permisividad respecto de la posibilidad de interrelación social de sus hijos con los argentinos. Tales expresiones muestran una disminución en la distancia intergrupal y se contraponen a un discurso de aislamiento comunitario autopercebido.

Esta posición de acercamiento se refuerza cuando los miembros de la comunidad (tanto los primeros inmigrantes como los más jóvenes) asignan a los mayores un especial interés por incentivar en las siguientes generaciones la adecuación al nuevo medio. Es en los jóvenes, en contraposición, en quienes dicen advertir, curiosamente, la falta de deseo por integrarse a la sociedad mayoritaria, motivado por las dificultades y barreras encontradas, principalmente las lingüísticas y las de rechazo social. Los jóvenes no asumen esta imagen que se desdibuja cuando es su palabra la que se hace oír. Pero aún así se encuentran posiciones extremas que van desde aquellos que afirman explícitamente su pertenencia y consustanciación con el contexto actual y los que sólo declaman haberse integrado de una forma que deja entrever una discordancia entre lo manifestado al investigador y la experiencia vivida. En general, el joven asocia su posición en el seno de la sociedad argentina con la que ocupa en su propia comunidad,

⁴⁶ La noción de **integración** como concepto socialmente construido tiene una larga tradición en las ciencias sociales ligada a distintas circunstancias históricas y condiciones ideológicas asociadas al hecho de dar forma, imponer, explicar o justificar el contacto entre grupos culturalmente diferentes y desiguales. No obstante, despojado de ciertas cargas, es un concepto que puede ser útil si se lo concibe específicamente, para dar cuenta de un proceso dinámico por el cual se desarrolla una cultura migrante evidenciando tensiones y conflictos tanto inter como intragrupal en función de los cuales aquella se va posicionando.

proyectándose, en un futuro, como intermediario en la comunicación entre ambas. Es entonces la voz de la generación intermedia la que se hace presente asumiendo la responsabilidad de transmitir y plantear al grupo de pertenencia la importancia fundamental de una integración sistemática. Y como la misma es construida como un objetivo a alcanzar se señala qué es lo que la comunidad debería hacer al respecto, cuestión que llevan al plano del estudio, al de la sociabilidad y las redes de comunicación con el argentino (sobre todo en el caso de los niños y jóvenes) y al de la profesionalización.

Así, las áreas científica y profesional, en particular, las carreras de Medicina y Derecho aparecen mencionadas como las que han mostrado mayor eficacia en el proceso de integración a través de la participación activa de profesionales coreanos en la sociedad argentina. En este caso dicha participación se asocia con una actitud de retribución hacia el contexto receptor.

Con respecto al anhelo de integración según se concibe intragrupalmente en términos de “ser parte de”, se advierte un discurso oficial que alude a la necesidad de crear conciencia en los líderes comunitarios con el fin de que logren tal objetivo.

En otra dirección, la “integración” aparece definida explícitamente como el hecho de compartir algo con el argentino: un trabajo, una opinión, una forma de ser y, además, el mismo espacio protagónico. Esto último es manifestado por miembros de la primera generación que aspira para sus hijos un lugar central, no periférico y menos aun marginal, como en el que dicen estar ubicados ellos mismos en tanto inmigrantes primigenios.

Ahora bien, este compartir le demanda al sujeto una exigencia adicional que consiste en la necesidad de destacarse, lo que significa, para él, sacrificio y sobre todo, dolor y sufrimiento ya que hay demasiados obstáculos culturales que vencer.

Es de notar la ligazón que se establece entre integración y la variable de género para explicar el grado de eficacia de este proceso: se supone que los varones tienen una capacidad mayor que las mujeres para hacer frente a la situación de contacto e intercambio comunicativo con sus pares argentinos. En este sentido, también se hace referencia a la mejor predisposición de los niños nacidos en este país a diferencia de los nacidos en Corea del Sur.

Cuando los entrevistados coreanos describen su situación de integración, aparece recurrentemente la noción de "proceso en proceso", con un objetivo a alcanzar en el

futuro, el borramiento de la diferencia, y un resultado – no siempre deseado -, la integración total. Ahora bien, cuando este resultado se vislumbra como un hecho concreto y exitoso aparecen dos visiones contrapuestas: por un lado, la de aquéllos que vinculan integración con conflicto social y segregación. Justamente cuando incluyen al argentino como presencia activa en esta relación lo hacen cuestionando su predisposición para aceptar a los coreanos como parte de su mundo, haciéndolo aparecer así como un freno a la integración del inmigrante.

Como contrapartida, conectan de manera directa el éxito de la integración con la disminución de la discriminación, producto de un mayor conocimiento mutuo.

Integración y argentinización, entonces, son dos aspectos del mismo proceso vincular que, en el discurso coreano, se ligan de una u otra forma y en grado diverso, con lo que consideran una propia identidad étnica y cultural. Tal como veíamos, pueden definir la relación con el argentino desde el lugar de la diferencia asumida: siendo coreanos actúan como argentinos, se acostumbran a lo argentino, incorporan la modalidad argentina.

Es diferente, en cambio, cuando se refieren a la integración y lo hacen en términos de transformación total, incluyendo el idioma de origen, la mentalidad y los rasgos físicos y gestuales, consecuencia, de una asimilación indefectible con lo occidental. En este caso, se puede inferir la alusión a una amenaza a la identidad de base ya que se introduce una imagen de pérdida o disolución tanto a nivel cultural como biológico.

Hay ciertamente un discurso múltiple en el que se afirman, se niegan y se relativizan la voluntad y la posibilidad de integrarse tanto a nivel individual como comunitario. Vista como un medio de apertura para la comunicación entre coreanos y argentinos y para tratar eficientemente los problemas diarios en el nuevo escenario, la integración se manifiesta como algo deseable. La dificultad se presenta en la construcción imaginaria de este proceso: asociada a una ruptura de las diferencias con el argentino pero vinculada al mismo tiempo, con la disgregación de una identidad propia que se considera unitaria y esencial, es probable que la integración aparezca como un atentado a la autopreservación y de este modo, se activen mecanismos de rechazo. Este proceso se asume como una necesidad instrumental, un deber y una obligación para convivir en una sociedad que no es la propia.

Ahora bien, la alusión a este fenómeno de argentinización, adaptación e integración, va dibujando en el discurso analizado el fenómeno de la “identificación”. La referencia a factores de orden jurídico, biológico, etario, cultural y temporal asociados a un planteamiento de tipo existencial- afectivo (el ser y/o el sentirse argentino o coreano), son los elementos que, combinados, entran en juego en la construcción de la identificación coreana.

Partiendo de la afirmación de que la mitad de la comunidad es jurídicamente argentina ya sea por nacimiento o por opción (en cuyo caso, las alusiones son más bien de tipo personal y hasta excepcional), los entrevistados coreanos oponen ese ser argentinos a la falta de reconocimiento como tales, sobre todo en el ámbito institucional- legal en donde denuncian recibir trato de extranjeros en virtud de los diacríticos físicos. Esta distancia es nuevamente establecida por ellos en los ámbitos de la cotidianeidad (la escuela, la calle, el trabajo) cuando señalan la discordancia entre su propia percepción como argentinos y la imagen de no argentinos que le es devuelta, con lo cual reafirman la existencia de la diferencia más allá de su propia identificación.

¿A quiénes se atribuye ese sentirse argentinos? ¿Quiénes dicen sentirse así? Los jóvenes en general pero más concretamente, los hijos de los primeros inmigrantes que llegaron de pequeños o bien los que nacieron en esta tierra. En referencia a todos ellos se manifiesta una actitud exagerada de exaltación y de compromiso hacia la Argentina. Los mayores y aun los mismos jóvenes hablan de un sentido de nacionalismo y de patriotismo que consideran superior al de los propios argentinos y que acentúan y valoran aún más cuando destacan que se trata de un sentimiento hacia un país que no reconocen como propio. Estas manifestaciones de argentinidad se complementan con las que dan cuenta de una pérdida de la identidad original, fenómenos que los inmigrantes coreanos afirman constatar a partir de su inserción en este país. Sin embargo, encontramos también su contraparte, esto es, la confirmación de la “coreaneidad” más allá del tiempo y el espacio, una identificación que se basa en los rasgos biológicos y culturales (costumbres e idioma fundamentalmente) por medio de los cuales el grupo se muestra funcionando como un ámbito contenedor y de auto-referencia.

Es así que, marcando un lugar de sumo alejamiento del argentino, registramos un discurso en el que se adjudica a la totalidad de la comunidad sin excepción, una identificación incuestionable con la cultura de origen. En forma más restringida, se la

atribuyen únicamente a los inmigrantes de la primera generación, a los muy recientes y sólo a nivel de experiencia personal, a unos pocos adultos jóvenes representantes de la generación intermedia.

Desde esta posición extrema aluden, no obstante, a una casi segura pérdida de la identidad coreana en un futuro que ubican en la tercera y cuarta generación. Sin embargo, pronostican una reivindicación y recuperación de la misma a cargo de la quinta, en la que proyectan un sentimiento de curiosidad y nostalgia hacia la cultura de los antecesores, lo que lleva a afirmar un posible retorno a las raíces ancestrales.

Esta postura se matiza cuando vaticinan ese regreso pero desde la nueva perspectiva de aquellos coreanos que se identifican también con el país de opción. Por otra parte, en el discurso coreano no está ausente la mención del conflicto que denominan “crisis de doble identidad” y que emerge cuando se hace referencia a los jóvenes de la comunidad. Sin embargo, esto se presenta ligado a una cualidad propia de la etapa adolescente, de modo tal que el enfrentamiento con los padres, con la cultura de origen, con valores no compartidos con el endogrupo y una notoria actitud de rebeldía no son vistos como manifestaciones de un cuestionamiento propiamente étnico, sino como una actitud que se vale de lo étnico para expresarse.

El rechazo a la cultura de origen surge enlazado a la pregunta por la esencia del sujeto, por el ser, que pareciera no encontrar respuesta en una nueva identificación con la cultura argentina (“no soy coreano, pero entonces, ¿qué soy?”). Por el contrario, el rechazo a la cultura local asociada a situaciones de discriminación en la vida cotidiana o bien al cuestionamiento puntual frente a ciertos comportamientos (incluso individuales), conduce inmediatamente, a la identificación con la cultura coreana sin llegar a crear un vacío identitario (“si no soy argentino, soy coreano”).

El conflicto de la doble identidad es definido como un hecho inevitable e irresoluble, no obstante lo cual este discurso da cuenta de una posición de posible superación de tal dicotomía, cuando se alude a la formación de una cultura nueva entre quienes se adaptan a la argentina desde la aceptación de la coreana que les es propia.

La comunicación con el contexto argentino

La conformación de las imágenes del vínculo entre coreanos y argentinos está planteada en función de dos objetos discursivos, la “lengua” y la “cultura”, percibidos

por los primeros en términos de diferencias y que, en el interjuego con las imágenes exógenas y endógenas, construyen la comunicación intergrupal y las posiciones relativas respecto del propio grupo de pertenencia.

Las diferencias lingüísticas

En el nuevo escenario, el inmigrante coreano reconoce un primer enfrentamiento crítico con un idioma que, advierte, no tiene ningún punto de contacto con el propio y que se constituye en el principal factor de comunicación o incomunicación con el entorno. El aprendizaje y el uso del castellano, no sólo aparecen vinculados a una dimensión de instrumentalidad: revelan actitudes de aceptación o rechazo que, a su vez, indican grados de cercanía o distancia tanto del contexto argentino como del propio grupo de pertenencia.

Entre las expresiones que señalan el cierre de toda posibilidad de proximidad con el contexto local se encuentran aquéllas en que se atribuye a un número significativo de inmigrantes de larga data en el país, aun a pesar de esa residencia prolongada, una resistencia explícita a la incorporación del castellano, hecho que se asocia a la dificultad en el aprendizaje dada por la profunda diferencia con la propia lengua.

En una posición más extrema, registramos aquellas manifestaciones que le niegan taxativamente a la comunidad en general, la capacidad intelectual para comprender el español y en consecuencia, emplearlo para comunicarse cotidianamente con el exogrupo. Este rechazo se transforma, en otros casos, en la ausencia de deseo por hacerlo, actitud endilgada a los representantes de la primera generación y asociada al hecho de que establecer un nexo comunicacional con los argentinos no se considera prioritario ni apremiante.

El trabajo familiar y comunitario y la intensa vida social y religiosa desarrollada hacia el interior del grupo son los factores que aparecen mencionados como motivos de tal comportamiento desde los primeros momentos de la inserción del grupo en este país, marcando de este modo un límite a la comunicación y un profundo aislamiento respecto de la sociedad receptora.

No es el caso de los inmigrantes jóvenes a quienes se les atribuye, más allá de las experiencias y matices personales, una posición de mayor apertura e interés por la

lengua y el contacto con el exogrupo. Y mucho menos el de los que llegaron de pequeños o nacieron en la Argentina en los que la adaptación al idioma local y su aceptación no se ponen en duda.

Es de notar que la interpretación de comportamientos ligados a la adopción del idioma castellano o del coreano, se puede remitir al tipo de vínculo que el coreano construye con la sociedad argentina y que, como se ha visto, puede tratarse de “adaptación” en tanto aceptación pasiva de la nueva realidad, “argentinización” si se tiene en cuenta el “actuar como” el argentino pero manteniendo la diferencia, e “integración” en sus dos sentidos, tanto el de “compartir algo” y “ser parte de” la sociedad argentina como el de pérdida de la propia cultura e identidad.

Con respecto a la situación de adaptación, ésta aparece ligada, por un lado, a la vivencia de los niños a quienes ya desde la escuela se les impone el uso del castellano y por otro, a la de los adultos dedicados al comercio, para quienes la necesidad de comunicarse con el entorno en la nueva lengua resulta perentoria. Sin embargo, esta necesidad se relativiza cuando se les endilga la estrategia de recurrir a intermediarios (los hijos o los empleados argentinos) para que se hagan cargo de la comunicación con el exterior. Se alude, en cambio, a los comerciantes como enmarcados en el proceso de argentinización debido al hecho de que, cuando se deben contactar con los clientes y proveedores argentinos, lo hacen en forma directa, esto es, sin ninguna mediación. Adoptan entonces la forma argentina a pesar de que asumen que su conocimiento del castellano es meramente instrumental, rudimentario y limitado al uso comercial. También a los niños y a los jóvenes en la escuela y en la universidad se les atribuye haber consentido en hablar en castellano aunque sólo lo hagan cuando interactúan con sus compañeros y profesores argentinos: el uso en la interacción entre connacionales aparece negado y se señala en este caso una preferencia por la lengua de origen. Esta actitud es mencionada sobre todo en referencia a los inmigrantes que de pequeños o adolescentes fueron enviados a escuelas argentinas sin conocer previamente el idioma local, razón mediante la cual explican y justifican este comportamiento y la consiguiente imagen de repliegue y cerrazón que reciben de parte de sus compañeros no coreanos y que ellos, de este modo, asumen como pertinente.

Sin embargo, la tendencia a comunicarse en coreano vuelve a aparecer en relación a los jóvenes, entre los que se reconoce ya la superación de los obstáculos idiomáticos. La actitud entonces, se conecta con distintas situaciones subjetivas, una de

las cuales es sentir que su lengua de origen les brinda riqueza de vocabulario para expresar sus experiencias vitales, lo que contrasta con la pobreza e insuficiencia que perciben en la nueva lengua. Por otra parte, optar por el coreano se liga con la posibilidad de manejar nociones abstractas que en castellano, intuyen, les resultan imposibles de transmitir y comprender en su verdadera dimensión. A esto se suma el poder hablar sin necesidad de acudir a una traducción previa.

Se reconoce que el grupo en general emplea su idioma de origen en la escena privada, familiar o comunitaria, al tiempo que se niega la utilización del español a nivel endogrupal lo cual indica una posición subjetiva de clara separación del contexto mayoritario.

Llegado este punto es interesante referir un tipo de comportamiento endilgado a los adultos de la primera generación, entre quienes se atribuye el uso del castellano con la exclusiva finalidad de gastar una broma a sus connacionales en ciertos contextos comunicativos, como las conversaciones telefónicas. En esta situación, el "actuar como" un argentino sin tener un fin instrumental permite realizar al menos otras dos inferencias: una, lo poco probable que resulta para un coreano de esa generación que un argentino forme parte de su entorno privado; la otra es la improbabilidad de que dicha generación incluya el castellano en sus relaciones sociales endogrupales.

Estas posiciones en torno al uso del español se matizan cuando se afirman actitudes que se contraponen a las ya consideradas y se mencionan determinados ámbitos de interacción con el argentino en los que se asigna a los coreanos el uso del español incluso entre connacionales y aun manejando el coreano. Se trata exclusivamente de dos ámbitos, el laboral y el educativo, y no lo hacen todos los miembros del grupo sino los profesionales que actúan fuera de la comunidad y algunos niños y adolescentes en la escuela, en la iglesia y hasta en el seno de la familia, lo que surge como un factor de enorme preocupación en la voz de los mayores. Desde la dinámica intragrupal, la adopción del idioma de la mayoría se transforma en un elemento para evaluar el alejamiento respecto de la propia colectividad asociado al resquebrajamiento de la identidad primordial. A los profesionales, junto con la preferencia por el español, les achacan serias deficiencias en el conocimiento del coreano y vinculan de manera directa ambas actitudes con un mayor grado de compromiso e identificación con la cultura argentina y en consecuencia, con una menor adhesión al endogrupo. Los niños y jóvenes adjudican a los mayores el hecho de

interpretar esa actitud como una pérdida cultural y asociarla a una conducta de rechazo no sólo a su propia lengua sino a sus padres, dado que se obstaculiza la mutua comunicación.

A la primera generación se atribuye la afirmación contundente de que el proceso de inmigración ha producido en los niños la sustitución del idioma materno. Noción que se reafirma en las expresiones que vaticinan para la tercera y cuarta generación la pérdida definitiva del idioma original. En tal sentido, la asociación construida entre la pérdida de la lengua materna y la de los valores y la cultura coreanos da como resultado, como hemos visto, la imagen amenazante de la disolución identitaria.

Frente a esta interpretación aparece un conjunto de enunciados que dibujan un límite o frontera con el exogrupo que se instaura a partir de establecer una actitud de defensa extrema del propio idioma, afirmando de manera tajante la necesidad de conservarlo de manera absoluta y excluyente. Determinación ésta que se mitiga entre quienes niegan que la conservación de la lengua materna implique necesariamente, el rechazo del nuevo idioma y por ende, del intercambio con los argentinos. Es el caso de los padres que manifiestan de manera explícita el deseo de que sus hijos, paralelamente al castellano, aprendan desde pequeños el idioma coreano. De este modo, enumeran distintas estrategias que van desde comunicarse únicamente en esta lengua en el seno familiar, hasta delegar su enseñanza en la escuela coreana o en las distintas iglesias comunitarias a partir de la utilización de la misma en los oficios religiosos. En relación con esto último, se marcan posiciones encontradas: las atribuidas a los conservadores que rechazan la política de oficiar el culto en español y las asignadas a quienes apoyan esta orientación, tras haber logrado su puesta en marcha en ciertas instituciones religiosas.

Las diferencias culturales

Cultura es un término que en el discurso coreano se construye considerando también la modalidad vincular con el contexto argentino y la propia comunidad y sus respectivas zonas fragmentarias de proximidad y distancia.

Dicho término, según se ha advertido, puede aparecer simplemente como una expresión que marca la diferencia entre el grupo coreano y la sociedad mayoritaria. Esto es así cuando no se le atribuye contenido ni valoración específicos y sólo se lo afirma

como elemento de contraste. En cambio, cuando se lo asocia con comportamientos, maneras de pensar y valoraciones, emergen las imágenes propias, las ajenas y, sobre todo, la imagen de la interacción con sus distintas gradaciones.

De este modo, algunos entrevistados coreanos sin posicionarse dentro de su comunidad pero estableciendo un punto de máxima distancia con los argentinos, admiten que existen barreras de orden cultural que separan a unos y otros y para ilustrarlas mencionan genéricamente las “costumbres”, los “hábitos” y el “tipo de pensamiento”.

Respecto de los hábitos asignan a la mayoría de la comunidad, incluso a los más jóvenes, la preferencia por el consumo cultural de productos provenientes del país de origen. Tales enunciados se complementan con aquellas expresiones que afirman, al mismo tiempo, el rechazo generalizado de la comunidad coreana por la oferta cultural local que, en contraste con la propia, es valorizada negativamente en cuanto a forma y contenido, configurándose una zona de distancia extrema con el argentino. Dicha actitud se hace especialmente notoria en los enunciados en los que se adjudica a la totalidad de los miembros del grupo el negarse a aceptar explícita y definitivamente las costumbres y la cultura de la sociedad mayoritaria, posición que se refuerza más aún cuando este rechazo va ligado a un deseo consciente que se atribuye, en este caso concreto, a la primera generación. El alejamiento se mantiene además, en el discurso de quienes niegan toda posibilidad de diálogo.

Se registran asimismo, alusiones a experiencias muy puntuales en las cuales la cultura aparece descrita como la principal obstrucción a la comunicación: se trata de situaciones vinculadas al ámbito de la salud mental y en particular, a la asistencia psiquiátrica a pacientes coreanos en instituciones argentinas. En dichas experiencias se advierte una distancia casi insuperable con los profesionales a quienes se achaca un desconocimiento absoluto del universo cultural de estos pacientes y la consiguiente imposibilidad de brindarles ayuda terapéutica.

Sin embargo, no todo es visto en términos de una distancia extrema: frente a manifestaciones como las mencionadas, que construyen esferas separadas de bagaje cultural sin ningún margen para la confluencia, encontramos otras que, por contraposición, afirman la virtual emergencia de una “nueva cultura” percibida como el resultado de la convivencia cotidiana y de la interacción entre coreanos y argentinos.

Además se registran expresiones que relativizan la diferencia al enfatizar la imposibilidad del inmigrante – y no su falta de voluntad o deseo – para incorporar las nuevas pautas culturales. Tal actitud remite por un lado, a un obstáculo subjetivo que asumen como propio (esto es, que no involucra al argentino) y que les impide consustanciarse con la realidad a la que se enfrentan. Por otro, la imposibilidad se considera ligada a la tendencia de evitar el contacto con el exogrupo que reconocen como resultado de la actitud de repliegue instaurada por los primeros inmigrantes.

Una posición menos extrema se evidencia asimismo cuando se acude a un discurso conciliador en el que si bien el conocimiento de la cultura de este país no se afirma enfáticamente, al menos se expresa que no se la desconoce. De este modo es posible establecer zonas intermedias en las que se pueden ubicar aquellas manifestaciones que ligan a la cultura con pautas de comportamiento propias que pueden perderse o ajenas que pueden incorporarse.

Cuando se habla de pérdida es en referencia, particularmente, a tradiciones ancestrales como son las que giran en torno a la figura del hijo mayor y a su rol familiar. Esta interpretación valorada negativamente, se adjudica a la primera generación. Frente a ella, el discurso de los adolescentes y jóvenes sostiene por el contrario, la necesidad de su desaparición como un signo de modernización cultural.

Cuando aparece la referencia a la incorporación de pautas vinculadas con la cultura del nuevo contexto se mencionan ciertas conductas reprobables atribuidas a los adolescentes (fumar, abandonar los estudios, ir a bailar) evaluadas de manera negativa por los mayores a quienes, en general, se les atribuye la condena de dichas actitudes.

En el caso de los más pequeños, la incorporación de nuevas pautas surge ligada, en el discurso de los adultos, a dos sensaciones que remiten a un desequilibrio emocional, la confusión y el asombro. Ambas son asociadas con la situación de enfrentamiento a pautas y comportamientos que difieren de las aprendidas en el seno familiar y comunitario, que les imponen actuar de manera diferente en el momento de la interacción con sus pares argentinos. Se mencionan específicamente ciertos hábitos alimenticios y costumbres culturales como descalzarse al ingresar en la vivienda.

En un punto de mayor proximidad, es interesante notar la construcción de la noción de “diálogo entre culturas”, entendida como una posibilidad de disminuir las diferencias en el vínculo.

La distancia vuelve a aparecer no obstante cuando se alude en términos genéricos, a las diferencias de “pensamiento” entre coreanos y argentinos vistas, además, como insalvables.

En un sentido contemporizador se ubica un discurso que afirma la necesidad y el deseo de comunicación con la sociedad argentina a través de mediadores culturales. Se habla así de un sector de la comunidad - los representantes de la generación intermedia- capaz de incorporar ambas culturas y de actuar como un puente entre unos y otros. Son ellos los que se autoadjudican (y a los que los demás adjudican) el hecho de concebir a la cultura como un acto de creación voluntaria que puede conducir a la formación de una “nueva cultura” en esta sociedad, aún a costa del propio sacrificio. Es posible observar, asimismo, otras manifestaciones que muestran explícitamente un anhelo por lograr lo que llaman una cultura de la convivencia.

En este discurso de la proximidad surge una doble demanda: al argentino, comprensión frente a la cultura de los nuevos inmigrantes; al propio grupo de pertenencia, una actitud de interés y apertura que implique además, asumir la obligación de fundamentar y justificar comportamientos que, advierten, son rechazados por los argentinos, a partir de las particularidades del modo de ser coreano. Otros hablan simplemente de la necesidad de explicar tales comportamientos diferenciales.

Otro elemento que aparece vinculando ambos universos, el coreano y el argentino, es la fe: sobre el tema se registran expresiones que aluden no ya al intercambio, sino al deseo de dar al otro desde una actitud religiosa.

Por otra parte, se ha registrado en el decir coreano un reconocimiento de los aportes de la cultura de ese origen a la sociedad receptora en términos de valores éticos (el valor de la palabra, la honestidad) y una valoración positiva de la cultura argentina (aún en desmedro de la propia), en términos genéricos o asociados específicamente a considerarla menos rígida.

Educarse en la Argentina

Cuando en el discurso coreano se hace referencia a la instancia de la educación en el nuevo escenario predomina por un lado, la construcción subjetiva en torno a la valoración atribuida a la noción de educación y por otro, la construcción del vínculo concreto con el argentino en el ámbito educativo.

Con respecto al primer aspecto, la totalidad de los coreanos otorga una importancia fundamental al conocimiento y a la educación en tanto valores abstractos que consideran propios de la cultura oriental. Estos valores aparecen contruidos en relación con la educación formal que ofrece el escenario argentino y la actitud de padres y jóvenes respecto del estudio.

La educación formal es definida como el medio que provee y legitima ciertos saberes eficaces para enfrentar el futuro laboral. Pero también y fundamentalmente, surge ligada al logro de un reconocimiento social tanto a nivel endogrupal como en el medio local. Como se ha visto en un capítulo anterior, los jóvenes universitarios y los profesionales coreanos son considerados un grupo de “élite”. En este sentido, se atribuye a los padres el sostener la necesidad de invertir prioritariamente el dinero proveniente del trabajo y el ahorro familiar en la educación de los hijos, una afirmación que, en el nuevo contexto, es cuestionada por la voz de éstos últimos que ponen en duda tal prioridad.

A los padres se les endilga asimismo, la búsqueda de excelencia en todos los niveles de la educación formal, rasgo que aparece ligado al tipo de enseñanza, privada o estatal, que ofrecen las distintas instituciones argentinas. Se atribuye a los adultos la convicción de que la calidad de la enseñanza privada es superior y resulta directamente proporcional al monto de las cuotas propuestas, de modo que a mayor arancelamiento mayor excelencia. En base a este criterio se afirma una actitud de rechazo hacia los establecimientos estatales que en la Argentina brindan educación gratuita, que quedan así eliminados de la elección. Esto es descripto en el nivel primario y el secundario, aunque en este último caso se introduce una excepción. El prestigio académico de un establecimiento estatal, no pago, puede determinar (y de hecho se afirma que lo hace), la preferencia por el mismo, como ocurre con el Colegio Nacional de Buenos Aires y el Colegio Carlos Pellegrini, ambos dependientes de la Universidad de Buenos Aires.

Respecto de las instituciones privadas, aparece manifestada en los mayores una predilección por las escuelas laicas siempre que ofrezcan una educación bilingüe que incluya castellano e inglés, idioma cuya valoración se adjudica tanto a los adultos como a los jóvenes al asociarlo con proyectos de inserción futuros fuera del país.

También se marca la preferencia por escuelas religiosas católicas aún cuando las familias profesen otro culto cristiano, por considerar su nivel educativo superior al de las laicas no bilingües y porque constituían, al menos durante las décadas del 70 y

del 80, la principal oferta en la sociedad argentina respecto de otras instituciones cristianas.

En cuanto a universidades privadas, a nivel de experiencia personal, se ha aludido a la Universidad Católica Argentina y a la Universidad Maimónides (de extracción judía), elecciones que aparecen ligadas, justamente a la excelencia.

Más allá de la formación que otorga la educación formal, surge la mención a ciertos saberes catalogados como básicos que, en la percepción de los padres, deben ser sumados o reforzados al menos en la etapa inicial de escolarización. Se trata concretamente en el aspecto artístico, de la música o el dibujo, en el técnico, de la computación y en el deportivo, del tae- kwondo, el fútbol y/o la natación, además de los estudios de idioma inglés.

La asociación entre la adquisición de dichos conocimientos con la posibilidad de ampliar los ámbitos de encuentro con el argentino sólo aparece mencionada de manera excepcional.

La valoración del estudio

Cuando los jóvenes construyen el significado del término “estudio” lo hacen refiriéndose a él como el medio para alcanzar un doble objetivo: a nivel individual, desarrollar valores éticos y a nivel social, lograr la transformación del mundo con el fin de mejorar la calidad de vida. En este último caso, mencionan en particular, el saber de la ciencia y la tecnología. En relación con proyectos de vida, el estudio es vinculado con la posibilidad de insertarse laboralmente y progresar desde el punto de vista económico. Estas construcciones surgen asociadas a los valores de la cultura coreana referidos básicamente al país de origen, en donde se señala la vigencia de este discurso en las políticas educativas y en las actitudes de exigencia y de búsqueda de excelencia de padres, docentes y aun de los mismos jóvenes.

En la Argentina encontramos la referencia a una transformación de este discurso relacionada con las dificultades propias de la situación de inmigración. Por un lado, se alude a un debilitamiento de los altos niveles de exigencia de los padres respecto del rendimiento de sus hijos en los estudios porque se les atribuye una actitud más contemplativa que tiene en cuenta las dificultades del idioma y la necesidad de que los jóvenes colaboren activamente en el trabajo familiar. Incluso se alude al hecho de

consentir el abandono de una formación universitaria, en pos de una actividad comercial, actitud que se dice impensable en el país de origen.

También entre los jóvenes se advierte un renunciamiento a un proyecto de vida vinculado a una actividad profesional, intelectual, científica o técnica y una clara preferencia por continuar los pasos de sus padres comerciantes. En esta visión se alude al progreso económico logrado por aquellos en este país y sin necesidad de preparación específica alguna. Esta afirmación surge ligada a un discurso que da cuenta del divorcio percibido entre profesionalización e inserción laboral en la Argentina, que coincide con el vigente en la sociedad mayoritaria al que, por otra parte, los entrevistados hacen referencia explícita a través de la mención de notas periodísticas sobre el tema que vienen a convalidar sus propias percepciones. Entre los adultos coreanos, autoidentificados con la problemática de la integración de las futuras generaciones, aparece resaltada una actitud de preocupación ante este discurso. En la falta de interés por la profesionalización se percibe un obstáculo al intercambio más estrecho con el entorno exogrupal y una dificultad para el reposicionamiento del grupo. En este caso, son los mayores quienes endilgan a la generación más joven una falta de predisposición para el esfuerzo y una tendencia a la cerrazón de cara al contexto argentino. Sin embargo, no es ésta la única posición que se advierte en el universo discursivo coreano. En él también se han registrado expresiones que contrastan en extremo con las anteriores al atribuir a la mayoría de los jóvenes de la colectividad la necesidad de embarcarse en una carrera universitaria. En este caso, se hace referencia a los criterios que se utilizan al momento de elegir la orientación académica. Entre los que se mencionan está la actitud de los padres, quienes imponen carreras como Farmacia, Odontología y Medicina en función del prestigio social y la rentabilidad que se les asigna en el país de origen aún cuando las condiciones en el ámbito receptor difieren notablemente de aquél, tal como se reconoce explícitamente.

Pero la elección también se asocia a la propia decisión del estudiante que dice fundarla en sus posibilidades de inserción futura en la Argentina. Se mencionan en tal sentido las carreras de Ciencias Económicas, Administración de Empresas, Derecho, Comercio Internacional, Ingeniería, Analista de Sistemas y Diseño Textil. Se reconoce paralelamente, la escasa presencia de estudiantes coreanos en el área que denominan “humanística” y en la que incluyen carreras como Filosofía, Antropología, Psicología,

Ciencias de la Educación y Ciencias Políticas, que aparecen evaluadas negativamente en función de su baja rentabilidad.

Sin embargo, la importancia de los conocimientos otorgados en particular por la Psicopedagogía y las Ciencias de la Educación se resalta siempre y cuando se vuelquen a satisfacer las demandas de la propia colectividad que debe enfrentar la problemática del aprendizaje de los niños y adolescentes en la escuela. La predilección por dichas carreras se adjudica a la mayoría de las mujeres coreanas y se asocia a una pauta cultural oriental que las libera de la responsabilidad del sustento familiar. Esta misma pauta se refiere respecto de la obligación de abandonar los estudios al momento de contraer matrimonio, lo que permite afirmar, a su vez, la ausencia de jóvenes coreanas casadas en la universidad. Con respecto a las orientaciones humanísticas y sociales se hace alusión a obstáculos que, como el idioma, impiden su elección o motivan su abandono.

También se alude a la elección de carreras artísticas y se menciona el Conservatorio Nacional de Música “Manuel de Falla”, como un ámbito en el que la presencia coreana se manifiesta fuertemente.

Educación y compromiso con el país

En una posición de extrema distancia con el contexto argentino, encontramos expresiones que refieren el deseo, adjudicado a la generalidad de los padres, de que sus hijos inicien o continúen los estudios universitarios sobre todo en los Estados Unidos y Canadá. Dicha aspiración se hace extensiva a la mayoría de los jóvenes a quienes se atribuye defender, junto con los mayores, el grado de excelencia asignado a la educación en dichos países y que contrasta con el sistema educativo local. En este sentido, se han registrado asimismo expresiones que dan cuenta del anhelo de los jóvenes por volver a la República de Corea e ingresar a la Universidad de Seúl cuya excelencia aparece contrapuesta a la de la Universidad de Buenos Aires⁴⁷. En este caso específico, se hace mención a la estrategia de cursar el primer año de la carrera elegida

⁴⁷ Este fenómeno del retorno al país de origen se da también en países tales como los Estados Unidos, Canadá y Australia. Ver "Young Overseas Koreans return for better jobs", en *Newreview, Korean's Weekly News Magazine*, July 19, 1997. Citado por Mera (1998:45).

en la Argentina lo que allana el posterior y difícil ingreso al pretendido centro académico.

Con esta actitud de descartar un proyecto de vida futuro en este país, los jóvenes coreanos se ubican en un lugar de suma distancia respecto de sus pares argentinos quienes a su vez, interpretan ese comportamiento como una falta de compromiso con la sociedad receptora y una expoliación no tan sólo económica sino intelectual, tal como se verá en la Tercera Parte de este trabajo, cuando se analice la construcción de la imagen del coreano en el discurso argentino. Tal comportamiento es asumido y defendido por los estudiantes coreanos por entenderlo acorde con sus preocupaciones y expectativas de vida que, según ellos, no encuentran respuesta en este país.

Esta posición extrema, sin embargo, se relativiza cuando se atribuye a algunos de los padres coreanos la preferencia por que sus hijos estudien en la Argentina y cuando se asigna también a algunos jóvenes el deseo de permanecer aquí.

Las relaciones interpersonales en el ámbito escolar

Cuando aparece la referencia a las relaciones interpersonales en el ámbito escolar, se alude a los primeros momentos de la inmigración, circunstancia en la que la presencia de alumnos coreanos en las instituciones argentinas era poco representativa numéricamente. Se atribuyen entonces a profesores, maestros y compañeros, gestos de solidaridad y apoyo desinteresados, tanto en el nivel primario como en el medio. Sin embargo, este discurso que marca una proximidad con el contexto receptor se va transformando a medida que se enfatiza un cambio de actitud en pares y docentes. Dicho cambio se adjudica a la incorporación de un mayor número de estudiantes coreanos como resultado de los nuevos flujos migratorios y es interpretado en el discurso coreano en términos de rechazo.

En nuestro universo de análisis no se han registrado imágenes del vínculo que dieran cuenta de las relaciones interpersonales concretas entre los adolescentes en el nivel secundario. Las referencias respecto de esta etapa de la escolarización se remiten a las dificultades en el aprendizaje y en la comprensión de ciertos contenidos curriculares, atribuidas, específicamente, a los hijos de inmigrantes que eran incorporados a la escuela sin conocimientos previos del castellano.

La posibilidad de establecer vínculos afectivos con los argentinos

En un punto de extremo distanciamiento se registran aquellos enunciados en los que se atribuye al conjunto de integrantes de la comunidad coreana la ausencia de todo sentimiento de amistad con el argentino, pasado o presente, como también expresiones que adjudican a los adultos jóvenes e incluso a los adolescentes, de manera genérica, una actitud de rechazo y desinterés por establecer ya no solamente amistad sino cualquier tipo de contacto con pares ajenos a su comunidad. Esta posición se refuerza cuando se endilga a todos ellos una tendencia pesimista y escéptica respecto de las perspectivas de generar vínculos afectivos con el argentino que hacen extensiva a la segunda generación. La distancia se acentúa cuando se afirma como excluyente y exclusiva la amistad endogrupal intensa aún con connacionales que residen en otros contextos receptores como los Estados Unidos, aún cuando esta comunicación se vea dificultada por la lejanía. Esta situación se asocia con una dificultad autoasumida por la mayoría (lo que incluye a los jóvenes) para establecer lazos de amistad con el argentino en virtud de una imposibilidad que proviene de la barrera idiomática. Se afirma así el fracaso de una comunicación profunda con el otro en la que se supere el mero intercambio de información.

En este sentido, se reconoce que el hecho de no haber incorporado todavía el castellano en toda su riqueza, ni siquiera en el caso de aquellos que han llegado de pequeños al país, es el principal escollo para un acercamiento.

En este universo de análisis ha sido posible constatar, sin embargo, manifestaciones que matizan esa imagen unitaria. En principio, se advierte un conjunto de enunciados que no niegan el vínculo si bien lo remiten a la experiencia personal de algunos miembros de la comunidad y lo limitan a un núcleo pequeño de amistades argentinas.

Encontramos otros, además, que frente a estas posturas, se colocan en el punto diametralmente opuesto como indicador de proximidad: se trata de expresiones atribuidas a adolescentes coreanos que afirman su amistad con numerosos argentinos quienes constituyen además, su único círculo social. Esta posición se refuerza cuando al mismo tiempo niegan toda vinculación con integrantes de la propia comunidad. En esta

línea podemos ubicar asimismo, la construcción de la imagen del amigo argentino definido como integrado a la propia familia coreana, nuevamente referida a la experiencia individual.

En puntos intermedios registramos enunciados que hablan de una amistad personal con argentinos con los que se dice compartir ciertos valores asociados fundamentalmente con el trabajo, tales como el espíritu de progreso, el sacrificio y el esfuerzo. También con aquellos en quienes se percibe un particular interés por la cultura coreana, actitud que es interpretada como muestra de proximidad, reconocimiento y aceptación.

En el mismo sentido, es posible ubicar expresiones en las que se vaticina un crecimiento progresivo de la amistad entre coreanos y argentinos que se liga no sólo con el transcurso del tiempo sino, sobre todo, con el hecho de compartir similares intereses.

En contraposición con la amistad se hace referencia a otros lazos con los argentinos que no conllevan el mismo grado de compromiso afectivo de aquella y se sugieren como necesarios e inevitables en determinados ámbitos de la convivencia. En el área educativa (escuela y universidad) se habla de compañerismo, un vínculo que se describe como restringido al tiempo y al espacio compartidos en las instituciones respectivas. En el área comercial, marcando una mayor distancia, se hace referencia al simple conocimiento del otro. En cuanto a las relaciones de vecindad se advierte, en las imágenes de la misma, una zona de lejanía extrema cuando se afirma explícitamente que el hecho de coincidir en los mismos espacios barriales con los argentinos no implica la necesaria generación de vínculos (que de hecho se niegan). Éstos sólo excepcionalmente se afirman y se refieren de manera positiva cuando se alude a la convivencia en dominios de propiedad horizontal.

El noviazgo

Al referir sus experiencias personales, en el discurso de jóvenes y adolescentes aparece la mención al noviazgo entre coreanos y argentinos, vínculo que, según los testimonios, no llega sino excepcionalmente a concretarse en matrimonio. En esa instancia se especifica cierto tipo de relación que se establece entre la mujer argentina y el hombre coreano (y no a la inversa), asociada con las circunstancias que posibilitan

el contacto entre unos y otros. Quienes hacen mención a estas relaciones se refieren a aquellos coreanos, dueños de talleres de costura o de locales de venta de ropa, que comparten el trabajo con mujeres argentinas provenientes del interior del país, jóvenes que son categorizadas como integrantes de las “clases más bajas” de la sociedad mayoritaria. La preferencia de estas jóvenes argentinas por vincularse afectivamente con coreanos comerciantes y propietarios de locales, aparece ligada, en este discurso, a una actitud que consideran más ligada al interés material que al afectivo. Se niega aquí también la concreción de estas uniones en matrimonio. En cambio, sí se cree que las mismas habrán de producirse en el futuro en función de una ampliación de las áreas de interacción entre coreanos y argentinos (particularmente en los ámbitos académico y profesional) y cuando se alcancen similares posiciones socio- económicas.

El matrimonio

La referencia a las pautas matrimoniales endo o exgrupales en el discurso coreano construye una zona más de distanciamiento que de proximidad con el argentino, con posiciones más extremas y aún menos modulaciones que en los casos anteriores. Aquí es posible encontrarse con una construcción diferente de la distancia, según se atribuyan las distintas interpretaciones al conjunto de los coreanos (sin distinciones generacionales) o se trate de una opinión personal. En el primer caso, uno se topa con posturas referidas tanto a la primera generación como a la intermedia, a las que se les endilga la defensa explícita de las uniones endogámicas. Estas manifestaciones aparecen vinculadas con la voluntad y el deseo de conservar la propia identidad. Algunas se fundan en razones de orden biológico (mantener la "raza única"), otras aluden a razones culturales y/o de mentalidad, pero ambas enfatizan la preferencia por lo que denominan una “pareja idéntica” tanto desde el punto de vista fenotípico como de tradiciones y costumbres, algo que se considera imposible de lograr entre integrantes de culturas diferentes. Es a la generación de los padres a la que se atribuye el rechazo más terminante respecto del matrimonio mixto, al punto de endilgarles actitudes extremas como las de excluir a los propios hijos del grupo familiar ante la sola posibilidad de que esto ocurra. En el discurso de los jóvenes el rechazo a la exogamia aparece sólo cuando involucra discordancias socio-económicas y educativas y se niega, en cambio, la validez del factor étnico como impedimento.

En el decir individual tales posiciones se relativizan en la medida que el vínculo matrimonial con el argentino se incluye, aunque más no sea, como mera posibilidad y sin condicionamientos. Hay alusiones a experiencias concretas referidas a algún miembro del grupo, a las que, no obstante, se les da valor de excepcionalidad. Cuando son los padres de la generación intermedia los que hablan acerca de las uniones matrimoniales futuras de sus hijos, su aceptación de la exogamia aparece más que en términos de deseo o de convicción efectiva, como producto de una reflexión consciente en la que se evalúa deseable restar peso a la elección del cónyuge en función de la pertenencia étnica y en cambio privilegiar la libertad de elección en base al valor afectivo e intelectual.

Los coreanos perciben la respuesta de los argentinos frente a su presencia

En relación a las respuestas que se adjudican al argentino frente a la presencia coreana, se advierten las dos actitudes contrapuestas de aceptación y rechazo⁴⁸.

Respecto de la aceptación, se ha registrado la alusión a experiencias personales, no generalizables al conjunto de la comunidad, referidas al ámbito educativo en el primer momento de la inmigración. Percibidas en términos de acercamiento solidario y afectivo, se interpretan como una reacción ante una situación que, subjetivamente, se describe como de indefensión. El nuevo inmigrante desconoce el idioma, carece de recursos económicos y, sobre todo, es visualizado por el argentino (siempre según la mirada coreana) en su individualidad y no como parte de un colectivo que amenaza con su sola presencia a la sociedad receptora.

Por el contrario, la imagen de aceptación se transforma en rechazo cuando aparece ligada a un cambio en la construcción de esa subjetividad, es decir, cuando el inmigrante se percibe y cree ser percibido a su vez, como parte de una comunidad numérica y económicamente significativa que compite en un mismo espacio con el argentino.

⁴⁸ Desde el campo de las ciencias sociales (antropología, filosofía, sociología, historia y psicología, fundamentalmente), resultan de fundamental importancia los estudios abocados al análisis de las relaciones intergrupales en sociedades multiétnicas y pluriculturales, a partir del análisis de categorías teóricas tales como racismo, socio-centrismo, estigma, prejuicio, discriminación, xenofobia, etc. que dan cuenta de los procesos de exclusión y rechazo de la alteridad. Ver: Goffman 1989, Heller 1972; Castoriadis 1990; Wiewiorka 1994; Preiswerk y Perrot 19., Klich y Rapoport (comp.) 1997, Mármora 1997.

Las manifestaciones que resaltan el rechazo establecen una zona de marcada distancia con el contexto receptor especialmente cuando se las atribuye, con pocos matices, al conjunto de la comunidad coreana, atraviesan el decir de las distintas generaciones y se refuerzan con la referencia a las experiencias personales. Aparecen en este discurso términos como “discriminación”, “agresión” y “prejuicio” ligados al grupo coreano autopercebido como blanco elegido de tales reacciones.

Para dar cuenta de lo que se experimenta como discriminación se hace alusión a expresiones verbales y a comportamientos en ámbitos de la convivencia como la escuela, los medios de transporte y de comunicación, la administración pública y hasta ciertos delitos comunes.

Con respecto a la escuela de nivel primario (en todas sus variantes, pública o privada, laica o confesional) surge la referencia a actitudes de desprecio en docentes y compañeros argentinos. Son los padres quienes describen el vínculo de sus hijos con unos y otros definiéndolo, en ambos casos, en términos de conflicto. Atribuyen a los compañeros argentinos el uso de los apelativos “chino” y/o “japonés” para interpelar a los niños coreanos, lo cual es interpretado como un insulto asociado a una actitud despectiva y de desvalorización. Se les endilga asimismo la utilización de otras expresiones negativas que hacen referencia al conjunto de la comunidad coreana (los llaman “explotadores” e “invasores”) que, afirman, son una reproducción en el ámbito escolar de las imágenes elaboradas por los medios de comunicación masivos.

Con relación a los docentes, los padres coreanos dicen advertir en ellos actitudes prejuiciosas que basan, por un lado, en los relatos de sus hijos acerca de la posición que toman en situaciones de confrontación entre alumnos argentinos y coreanos y por otro, en lo que afirman son sus propias observaciones, al sostener que es habitual que en las escuelas locales se niegue al buen alumno coreano el privilegio de portar la bandera argentina.

También en el ámbito universitario se dice encontrar reacciones de rechazo, aunque se marca una diferencia en las actitudes de profesores y estudiantes: a los primeros se les adjudican tendencias discriminatorias que se concretan en barreras que dificultan o retrasan la graduación de los alumnos coreanos. Por el contrario, en la relación con los pares argentinos se resalta la solidaridad y el acercamiento.

Cuando no es la voz de los padres ni la de los estudiantes sino la del coreano en posición de docente universitario, la imagen del vínculo se vuelve a negativizar tanto en

referencia a los pares como a los alumnos. Se les reprocha a ambos una explícita reacción de rechazo y a los estudiantes en particular, una actitud de evaluación sistemática del docente que es interpretada como efecto de la desconfianza frente a los conocimientos que puede impartir un miembro de este grupo inmigrante.

Con respecto a los medios de comunicación argentinos (las “cámaras de televisión”, los “noticieros”, los “diarios” y los “periodistas”), se les otorga un decir que acusa y condena a la comunidad coreana enfrentándola a la sociedad mayoritaria sobre la cual ejercen un fuerte poder de influencia. A ese sector se lo responsabiliza por crear las condiciones para la discriminación y difundir una imagen devaluada de la comunidad basada en el prejuicio racial⁴⁹.

En relación con los argentinos de la administración pública, se manifiesta una construcción similar a la anterior y que atañe tanto al “policía de la calle” como al “inspector” municipal y a los “funcionarios” de organismos públicos (la Aduana, la Dirección Nacional de Tránsito, la Dirección Nacional de Migraciones y el Departamento de Policía). A ellos se los define a partir de un elemento común, su proceder ilegítimo, basado en una posición de poder que, conforme a esta percepción, ejercen particularmente respecto del habitante coreano. También se les asigna la responsabilidad de poner en marcha un mecanismo de ilegalidad en el que se ven necesariamente involucrados: por su diferencia con el argentino (su nacionalidad, su cultura, su lengua y sus rasgos fenotípicos) el inmigrante coreano afirma estar sometido al pago de “coimas” tanto para poder instalar y mantener su comercio como para obtener documentación legal. Frente a la exclusión y el rechazo del argentino, se describen en el discurso coreano comportamientos propios que tanto niegan como asumen o relativizan las respuestas del grupo.

En una posición que marca una extrema proximidad al argentino, se registran enunciados que niegan de manera taxativa tendencias discriminatorias hacia el coreano. En posiciones intermedias pero que indican ya una distancia, se hace referencia a ciertos sectores de la comunidad a quienes se percibe como principales víctimas del rechazo: los mayores, como resultado de una actitud de autoexclusión e incomunicación con la sociedad argentina, y los niños como receptores indefensos de una imagen

⁴⁹ Teun Van- Dijk en su trabajo *Racismo y análisis crítico en los medios* (1997) se centra precisamente, en el discurso de la prensa, en particular, de información y de opinión, para dar cuenta de la reproducción de ideologías racistas considerando las relaciones entre las estructuras del discurso y las cogniciones sociales (prejuiciosas) sobre grupos étnicos minoritarios y gente del Tercer Mundo.

negativa elaborada en relación con los mayores. En este discurso, la generación intermedia queda ubicada fuera del conflicto.

Frente a la situación de rechazo y exclusión se adjudica a los integrantes del grupo dos modalidades de respuesta que los posiciona, respectivamente, en un lugar pasivo o activo. En el primer caso, se habla de sentimientos de temor y desconfianza ante los argentinos y más aún, ante los occidentales en general, que dan como resultado el repliegue del grupo en la sociedad. A ellos se les atribuye el rechazo a la mera diferencia, representada aquí por la orientalidad. La actitud de pasividad se endilga al conjunto de la comunidad y se expresa a través de manifestaciones que dan cuenta de una sensación de resignación acompañada por un sentimiento de padecimiento, dolor y enojo hacia la sociedad argentina. Enojo que no desencadena una reacción de violencia sino que provoca también la respuesta del aislamiento, la cerrazón y la indiferencia.

La posición activa frente a la discriminación y al rechazo es adjudicada a los miembros de la generación intermedia que, a pesar de que aparecen visualizados como fuera del alcance de estas reacciones negativas, son descriptos como los defensores del grupo ante situaciones concretas de hostilidad. Esta actuación consiste en darse a conocer en los medios de comunicación argentinos con el fin de proporcionar una imagen alternativa de la comunidad.

La respuesta de rechazo del argentino ante el nuevo inmigrante se vincula en la mirada coreana con la intolerancia frente a la diferencia, representada en este discurso por un extraño, que es como se asume el coreano en este juego especular. Pero también se lo asocia con la posición que dicho extraño viene a ocupar en un escenario estructuralmente preconfigurado: en este sentido, se entiende como factor fundamental del sentimiento de exclusión del argentino la eficiente integración del grupo coreano en la estructura económica de su país, que no se ve acompañada por una integración social.

TERCERA PARTE

**LA MIRADA DEL OTRO: LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN DEL
GRUPO COREANO EN EL DISCURSO ARGENTINO**

En esta Tercera Parte se abordará el juego de imágenes exógenas, endógenas y del vínculo que se elaboran en el discurso argentino acerca del inmigrante coreano, lo que permitirá acceder a la significación que adquiere la experiencia migratoria de esta comunidad en el contexto receptor establecida a partir del conjunto de interpretaciones que unos y otros realizan de la misma.

La presente sección consta de tres capítulos: **“Ellos, los coreanos”** (Capítulo 7), **“Los coreanos, un enigma que se convierte en leyenda urbana”** (Capítulo 8) y **“La imagen de los inmigrantes coreanos en el discurso periodístico”** (Capítulo 9). Los dos primeros parten del análisis de entrevistas realizadas a miembros de la sociedad argentina que han tenido algún contacto con los nuevos inmigrantes, aunque el Capítulo 8 se refiere específicamente al registro y análisis de un relato que surgió en el curso de la investigación.

El tercero, en cambio, se desarrolla a partir del material proveniente de los principales periódicos de circulación nacional en los que se registran referencias a la comunidad coreano argentina, publicado en el lapso en el que se llevó a cabo este trabajo.

Capítulo 7

ELLOS, LOS COREANOS

El análisis de material empírico proveniente de entrevistas a miembros de la sociedad mayor que interactúan con los integrantes de la comunidad coreana en ámbitos tales como el comercial, el vecinal y el educativo, es la base de donde emergen, predominantemente, las imágenes exógenas y del vínculo que construyen al coreano en su situación de inmigrante. En muchos casos, es posible contrastar dichas construcciones con las que han surgido de las imágenes endógenas, exógenas y del vínculo del discurso coreano, en relación con los mismos aspectos. También aquí la finalidad ha sido establecer las áreas de proximidad, distancia o ruptura entre unos y otros.

Para abordar lo relativo al área comercial fueron entrevistados empleados argentinos de comercios coreanos como así también clientes de comercios de dicha colectividad y comerciantes argentinos de origen judío que comparten con los nuevos inmigrantes la actividad textil y los mismos espacios urbanos (el barrio de Flores y el de Once). En sus construcciones discursivas es posible detectar imágenes exógenas que enfatizan determinados atributos asociados a pautas culturales de trabajo y otras que aluden más concretamente al vínculo, aun cuando ambas se encuentran interrelacionadas.

Así, ha sido posible observar que lo que se resalta principalmente es la capacidad de trabajo del grupo y su extrema laboriosidad, resultado de una modalidad propia. Estas cualidades, como se ha visto, se manifiestan también en el discurso coreano vinculadas a sus logros económicos en este país. Sin embargo, en el universo discursivo del argentino se observa un rechazo a esta relación ya que las nociones que aparecen asociadas a la imagen de grupo exitoso, protagonista de un ascenso social rápido y evidente son muy otras y, en cambio, aparecen ligadas a una percepción de ilegalidad y deslealtad en el modo de actuar del grupo, sobre todo a nivel comercial.

Tanto el discurso de los argentinos como el de los propios coreanos coinciden en caracterizar a la comunidad coreana como independiente económica y laboralmente respecto del contexto mayoritario, posición que ambos refieren a las prácticas endogrupales que caracterizan su inserción en este medio.

Sin embargo, la construcción que unos y otros efectúan de este rasgo indica un área de distanciamiento fruto de la distinta valoración que cada uno pone en juego: mientras que en el discurso coreano la independencia laboral del grupo se asocia con una suerte de orgullo de autosuficiencia y autovaloración, en el testimonio de los argentinos, se la considera relacionada con una actitud de autoexclusión y desinterés por la sociedad que los ha recibido, razón por la cual este rasgo aparece fuertemente cuestionado.

En las imágenes de su vínculo con los comerciantes coreanos, los clientes argentinos les atribuyen la falta de amabilidad en el trato cuando no un explícito rechazo. Una situación que se resalta como particularmente molesta es la imposibilidad de comunicarse con ellos, hecho que atribuyen a una deliberada resistencia a aprender el castellano. Resulta igualmente urticante para los argentinos el hecho de que entre sí y delante de ellos los comerciantes coreanos hablen exclusivamente en su idioma. La situación se relativiza, no obstante, cuando se elogia la actitud de incorporar empleados argentinos como mediadores, ya que se interpreta como un gesto que tiende a la aproximación, más allá de que tenga una razón instrumental y responda a una estrategia comercial.

En estas circunstancias, sin embargo, se advierte que los comerciantes coreanos se reservan para sí la responsabilidad de las cobranzas y la atención de la caja, excluyendo de esta tarea al argentino. Este rasgo de control sobre el dinero se resalta cuando se construye la imagen de este grupo ligada al interés primordial de obtener ganancias económicas.

Cuando el tema es la vinculación de los comerciantes coreanos con sus empleados argentinos, se puede comprobar que a los primeros se les endosan dos características que indican puntos de distanciamiento insalvables: la primera es la exigencia de un trabajo constante e ininterrumpido que no contempla la pausa. El rasgo aparece asociado a la configuración de la imagen endógena de un empleado permanentemente atareado y en continuo movimiento aun cuando las circunstancias no lo requieran. Lo que se adjudica en este caso al coreano, a su vez, es una modalidad de trabajo que asocia el hábito de la pausa, que los argentinos enfatizan como característica propia de la cultura laboral mayoritaria, con la inactividad o el incumplimiento.

La segunda característica es relativa a las remuneraciones: sin perjuicio de que el empleado argentino acuse al empleador coreano de pagar como norma bajos salarios,

se le adjudica además como una particularidad, una actitud de defraudación, manifiesta en promesas remunerativas que nunca llegan a cumplirse por causas consideradas arbitrarias, como por ejemplo, descuentos injustificados en los pagos o la falta de reconocimiento de las horas extras. De acuerdo con la visión del argentino, el trabajo fuera de hora es considerado por el dueño coreano como una demostración de la buena voluntad de sus empleados: el argumento lo libera del correspondiente reconocimiento remunerativo contemplado en las normas laborales.

Tal como se vio, en la escena comercial coreanos y judíos se recortan como protagonistas de una experiencia social, material y simbólica muy compleja. Sus respectivos discursos los configuran en tanto actores pertenecientes a grupos minoritarios con características étnicas particulares y también como partícipes del mismo proceso productivo. En el ámbito textil específicamente se establece una interacción entre coreanos y judíos sefaradíes provenientes principalmente de Siria (en el barrio capitalino de Flores) y ashkenazíes, originarios de Europa central (en el de Once), que han inmigrado en las primeras décadas del siglo.

Los comerciantes judíos construyen el vínculo con sus pares coreanos aludiendo a una progresiva situación de competencia⁵⁰, que en un inicio niegan haber percibido como tal, ya que unos y otros aparecen en su discurso asociados a ámbitos relativamente independientes, delimitados en función del mercado consumidor y del tipo de producción. A los coreanos les asignan de manera exclusiva la orientación hacia los sectores de escasos recursos de la sociedad argentina y una producción caracterizada por su bajo costo pero además, por su calidad inferior y un notorio alejamiento del gusto local. En esta instancia, los entrevistados judíos oponen la expresión “producir basura”, comportamiento que atribuyen a los coreanos, a la de “producir moda” actitud que se autoatribuyen marcando un profundo distanciamiento entre ambos. De modo que, de acuerdo con esta mirada, los nuevos comerciantes no aparecen como competidores aun cuando compartan el mismo rubro y hasta los mismos espacios comerciales.

⁵⁰ En relación con el contacto entre comunidades étnicas en el ámbito urbano y más específicamente en el ámbito laboral, Bayor (1988:2) refiere a conflictos entre grupos étnicos en la competencia por un mismo nicho ecológico, al sostener que: *"Hay dos elementos tanto en la competencia como en el conflicto:-intereses y valores- (...). Lo que puede transformar la competencia sobre cualquiera de esos factores en conflicto (...) es un sentimiento por parte de un grupo, de que el otro plantea una amenaza real o percibida sobre sus intereses y/o valores en la sociedad..."*. Green (1987:445) por su parte, da cuenta de cómo:... *"Negros y judíos se han sucedido y se han cruzado en los mismos barrios de las grandes ciudades o en las mismas industrias. Harlem por ejemplo", dice, "fue un barrio judío antes de ser un barrio negro, los trabajadores de la industria del vestido fueron sucesiva y simultáneamente judíos, italianos y negros, en tanto las fronteras entre especialidades étnicas se desplazaron sin cesar y cambiaron de traza"*.

Esta percepción, que coincide con los primeros momentos de la inmigración coreana, se va transformando en el mismo discurso conforme la interrelación se describe como más y más compleja y se incluye en ella la coyuntura socio-económica de la Argentina que, entre otros, afectó sobremanera al sector textil. Surge dicha entonces la competencia, al mismo tiempo que las imágenes de unos y otros se van reelaborando. Ya en esta nueva visión se ubica a comerciantes y fabricantes coreanos en una posición altamente ventajosa respecto de la de los pares judíos, hecho que se atribuye a determinados factores, como lo son la apropiación de un conocimiento del mundo textil aquilatado y desarrollado por los judíos durante su largo asentamiento en la Argentina, los mecanismos puestos en marcha por la comunidad que apelan a solidaridades familiares y étnicas para desarrollar la actividad y una concepción y una modalidad del trabajo ligadas a pautas culturales por completo diferentes a las del argentino.

Se destacan así la organización de la empresa familiar y la laboriosidad extrema como parte de la cultura del trabajo que, de acuerdo con esta mirada, prevalece de manera dominante en el grupo. Tales pautas son evaluadas como una desventaja para quienes no las comparten, dado que introducen modalidades y estrategias a las que no se les puede hacer frente cuando se pertenece al exogrupo. La razón es que las mismas se desarrollan exclusivamente dentro de la comunidad. A manera de ejemplo, se cita la asociación financiera de los comerciantes coreanos con el fin de optimizar la producción y volverla altamente redituable al abaratar los costos del producto final.

A estas estrategias y hábitos culturales se agrega, en este discurso, otra característica que se considera esencial en términos de competencia y de beneficios económicos para el coreano y a la que se le da un tinte de ilegalidad: se trata de la evasión impositiva que se les adjudica de manera exclusiva.

La combinación de todos estos elementos lleva a los fabricantes judíos a afirmar la posición de superioridad de los fabricantes coreanos. Que se ve, asimismo, reforzada cuando se les atribuye haber desarrollado una inteligente actitud de adaptación a las preferencias estéticas del público argentino. Sumado a este conjunto de factores aparece mencionada la coyuntura socio-económica del país, que ha generado una creciente depauperación de la clase media que, por esa razón, se ha volcado masivamente a la producción coreana de menor costo y gusto mejorado.

En lo que hace a su accionar comercial, los comerciantes judíos describen a los coreanos como extremadamente cohesionados, conformando un núcleo cerrado que los ha ido excluyendo paulatinamente del circuito comercial. Es de notar cómo en su discurso perciben al comerciante coreano como aquél que "lo es más" tanto en sentido positivo como negativo: así, el coreano "es más evasor", "es más deshonesto", "es más escurridizo" pero al mismo tiempo, "es más exitoso", "es más trabajador", "es más cumplidor". Así, y en términos generales, reconocen que no pueden hacer frente a estos nuevos vecinos que simbolizan para ellos el emprendimiento, el éxito y la eficacia.

Esta construcción discursiva se contrapone a la que utilizan cuando hablan de sí mismos y del conjunto de los comerciantes judíos, circunstancia en la que se colocan en un lugar de pérdida, frustración y fracaso, vinculado a circunstancias externas y sólo excepcionalmente ligado a la propia responsabilidad.

En este universo discursivo se advierten manifestaciones que dan cuenta de la confrontación y el sentimiento de los comerciantes de esa colectividad de haber sido invadidos, eliminados del mercado, víctimas del avance del coreano frente al repliegue progresivo de su propio grupo⁵¹, expansión que hacen extensiva a toda la sociedad argentina.

En la imagen que los entrevistados judíos elaboran respecto de los comerciantes coreanos se nota una percepción homogénea, uniforme, una construcción estereotipada cuya definición gira, como se ha visto, en torno a determinados rasgos como la laboriosidad, la competitividad desleal, la solidaridad étnica, la cohesión grupal y los comportamientos ilegales (estos últimos en relación específica con la evasión impositiva ya que no se hace referencia al trabajo en negro), todos ellos tendientes a ubicarlos en bloque en el lugar del éxito.

Estas categorizaciones confluyen finalmente en un contraste de "nosotros / los otros", donde el "nosotros" es a la vez sujeto étnico y sector socioeconómico (o de clase). Tanto en el discurso judío como en el coreano, en esta construcción del otro se

⁵¹ La vinculación entre judíos de antiguo asentamiento y nuevos inmigrantes coreanos en el ámbito laboral aparece también en un trabajo de Lewis (1994:iv) que da cuenta de un proceso de sustitución de los primeros en ámbitos urbanos de los Estados Unidos: "[...] Muchas de las pequeñas tiendas y negocios ahora propiedad de coreanos fueron previamente manejados por judíos. Cuando la segunda y tercera generación de judíos pasó a carreras profesionales, los coreanos estuvieron entre aquellos que los reemplazaron en la sucesión étnica. Y hoy la movilidad ascendente de los coreanos, como la de otros grupos antes de ellos, está engendrando un resentimiento que ocasionalmente se enciende en conflicto y violencia abierta."

observa como cada uno de los actores no se posiciona de manera individual en función de las leyes del mercado: no son sólo comerciantes que compiten, son miembros de una colectividad - la judía, la coreana- que se ven mutuamente en términos corporativos. Vale recordar en este punto que los coreanos diferencian de modo excluyente a los judíos respecto del conjunto de la sociedad argentina.

Por otra parte, también en el judío juegan y convergen rasgos que, en esta situación particular de interrelación, lo llevan a enfatizar sus orígenes étnicos. Precisamente, para marcar una distancia importante relacionada con la tarea específica de confección que comparte con el coreano, habla de sí mismo como formando parte del "paisanaje" que tiene su historia en la Argentina y que, preocupado por la calidad de lo que ofrece, contrasta con la imagen de desinterés y descuido del fabricante coreano, coherente con la caracterización de "empresario golondrina" y "ave de paso", que no duda en adjudicarle.

Las imágenes de los argentinos acerca de los vecinos coreanos

Al momento de llevar a cabo esta investigación, se advirtió en el universo discursivo de los argentinos, el predominio de una imagen altamente negativa del vecino coreano, cuyas características positivas destacables se veían limitadas a unos pocos rasgos generales como su laboriosidad, los deseos de progreso económico y una actitud general de respeto y no agresión hacia los argentinos, estableciendo una marcada distancia entre ambos grupos. Predominaba más bien el prototipo de un nuevo inmigrante identificado por aislarse en determinados barrios y llevar una vida intrafamiliar e intracomunitaria muy marcada, hablar en su propia lengua y exhibir su dificultad en la comunicación más como una estrategia tendiente a obtener un beneficio de la interrelación, que como un obstáculo que la perjudicaba. Todos estos atributos sirven para afirmar la percepción de alejamiento del coreano respecto del contexto mayoritario.

Esta imagen de reclusión y distanciamiento se refuerza cuando al grupo inmigrante en su conjunto se le adjudican comportamientos interpretados como excluyentes del argentino y que además resultan engañosos y tienden a la ocultación. Uno de los elementos aludidos es la utilización de edificios que, bajo la apariencia de viviendas particulares, funcionan como restaurantes para uso exclusivo de los miembros

de la comunidad sin que sus fachadas muestren algún signo que los identifique. Lo mismo se dice que ocurre con talleres de costura que se describen como clandestinos y en los que se desarrolla un trabajo eminentemente nocturno cuya finalidad es, según se considera, eludir los controles municipales e impositivos.

En estos nuevos vecinos se describen hábitos valorados de manera negativa, como el hecho de que miembros de la familia y empleados trabajen y habiten en el mismo ámbito, modalidad que, en el discurso argentino, se llega a calificar incluso de promiscua. Asimismo se les atribuyen pautas alimenticias diferentes que se señalan como extrañas y aún transgresoras para la cultura argentina, aspecto que se desarrollará más extensamente en el capítulo siguiente.

A la atribución de estos hábitos, se sumaron en un momento, expresiones discriminatorias que asociaron los casos de cólera surgidos en la Argentina en la década del 90 a la presencia coreana, debido principalmente a su alimentación típica y a un virus supuestamente traído del país de origen. Esto fue registrado tanto en el discurso cotidiano como en el de los medios de comunicación masivos y el de ciertos funcionarios argentinos que hicieron cargo también de esto a los inmigrantes bolivianos.

Este esquema de atribución de responsabilidades a un otro diferente responde al mecanismo de construcción de identidades estigmatizantes (Goffman 1989). En esa instancia, ante problemáticas de carácter estructural como la desocupación creciente, la evasión impositiva y la sobreexplotación, en el discurso mediático y en el oficial, tanto coreanos como bolivianos se constituyen frente al argentino como usurpadores, unos, de ganancias, otros, de espacios, ambos de trabajo (cfr. Bialogorski y Bargman 1995).

Así también se imputó al conjunto de los integrantes de la colectividad el hecho de haber instalado en la sociedad argentina un sistema laboral definido como “esclavista” y se los acusó de ser “explotadores” de inmigrantes bolivianos en sus talleres de costura.

En la actualidad, aunque todavía subsiste una distancia entre la comunidad coreana y su contexto de inserción, percibida tanto a nivel de la sociedad argentina como intragrupal, se advierte en el discurso mayoritario una disminución de esa brecha, fruto del incremento de las relaciones interpersonales que ha ido sucediendo en la convivencia cotidiana y de ciertas políticas comunitarias y oficiales tendientes a lograr una mayor proximidad.

Diversas miradas sobre los coreanos en el ámbito educativo

En este punto, el análisis toma en cuenta los testimonios de docentes, preceptores, regentes y personal de tutoría de dos escuelas, ambas caracterizadas por la presencia numerosa de alumnos coreanos. Se trata del Instituto Susini, de nivel primario y secundario ubicado en el barrio de Flores, y del Colegio Nacional de Buenos Aires, de nivel secundario, que depende de la Universidad de Buenos Aires. En los dos casos fue considerado asimismo el discurso institucional a partir del testimonio de sus máximas autoridades.

A partir de este universo discursivo se ha podido acceder a la construcción de las imágenes exógenas de los alumnos coreanos contrapuestas - de manera implícita la mayor parte de las veces- a las del alumno argentino. En una oportunidad solamente, el contraste aparece especificado en relación con alumnos pertenecientes a otro grupo asiático, el de los chinos.

Respecto de los alumnos coreanos tanto de nivel primario como de nivel medio, el discurso argentino que se ha analizado muestra posiciones polarizadas: por un lado, se niega categóricamente la existencia de problemas de conducta, al tiempo que se afirman cualidades positivas en el trato con los mayores como el respeto por los docentes, la corrección y la educación. En el otro extremo, en cambio, se encuentran expresiones que manifiestan comportamientos agresivos especialmente de parte de los varones, a quienes se tilda de “peleadores” y se los acusa de conformar “patotas” con sus pares coreanos con el fin de atacar físicamente y de palabra a compañeros argentinos.

También se dice advertir comportamientos agresivos entre los niños más pequeños: en este caso se los vincula con el tipo de juegos que implementan en los recreos, prácticas deportivas como el karate, el judo y el kun fu, que, se afirma, han adquirido fuera de la escuela y son incentivadas en el seno familiar.

La visión dicotómica vuelve a emerger ligada al concepto de aplicación al estudio. Se afirma de modo contundente de los alumnos coreanos la ausencia de un término medio: se enfatiza su excelencia, perseverancia y responsabilidad o, por el contrario, se destaca su ineptitud, su desinterés y su bajo rendimiento.

Esta percepción contrapuesta surge además, en referencia al modo en que los alumnos coreanos son valorados respecto de sus pares argentinos: en el plano de la aplicación, se los ubica tanto en una posición de inferioridad como de superioridad extremas respecto de la mayoría. No se han registrado en cambio, enunciados en que se los mencione en un plano de igualdad: en todos los casos se ha señalado la diferencia.

El rendimiento del alumno coreano está asociado con las diferentes áreas de aprendizaje, de modo tal que se ha construido una imagen que reconoce en él una elevada capacidad para las matemáticas y las actividades artísticas como el dibujo y la música. La facilidad y los buenos resultados obtenidos en el área de las matemáticas aparecen, en este discurso, ligados a dos aspectos: uno es la capacidad adjudicada a los padres en el desempeño de la actividad comercial en este contexto y en la que, se advierte, participan los hijos y el otro, la universalidad de ese lenguaje que, según se afirma, no requiere del conocimiento del castellano para su aprendizaje y captación. Respecto de las aptitudes para el dibujo artístico, las mismas se asocian con el tipo de escritura propia de la cultura coreana que les permitiría una percepción y un particular adiestramiento en los trazos.

Los mayores obstáculos que se señalan en los alumnos coreanos tanto de la escuela primaria como en la secundaria, surgen vinculados a la lengua y, en este sentido, a la actitud de los padres. A ellos se les adjudica el uso exclusivo y excluyente del idioma de origen en el seno familiar y por consiguiente, la dificultad y el rechazo de los hijos hacia el español. En el ámbito escolar esto permitiría explicar la falta de comunicación con pares y docentes argentinos y, fundamentalmente, los problemas de aprendizaje. En el nivel medio, las dificultades continúan manifestándose, lo que se atribuye a la complejidad y ampliación del vocabulario como también a la persistencia en el empleo de la lengua de origen, sobre todo entre pares.

En relación con el aprendizaje del castellano, surge el contraste entre la capacidad y la actitud de los alumnos coreanos con aquellos de origen chino, de quienes se destaca la voluntad y un esfuerzo denodado para incorporar la nueva lengua y por comunicarse con el entorno argentino, actitud que se niega en los coreanos.

En la escuela primaria, con respecto a las imágenes del vínculo entre los niños coreanos y sus pares argentinos, se menciona, por una parte, una relativa situación de proximidad que encuentra su fundamento en el hecho de que comparten actividades

sociales fuera de la institución, aunque se remarca, éstas sean limitadas en comparación con las que comparten entre sí los argentinos.

Más bien, se atribuye a los pequeños de la comunidad una actitud de repliegue y aislamiento permanente en su interacción cotidiana. Se marca así un punto de extrema distancia en la caracterización de esta relación.

En el nivel medio las imágenes del vínculo se configuran también en alusión al grado de cerrazón o apertura de los adolescentes coreanos con los pares argentinos, hecho que aparece ligado explícitamente con el uso del castellano y la predisposición a la comunicación intergrupala y con el hecho de realizar actividades conjuntas.

A los varones se les asigna un intercambio más fluido que a las mujeres, lo cual surge ligado a propuestas educativas como la práctica de un deporte – tal el caso del fútbol – que atrae a unos y otros, como también a las pautas culturales del endogrupo por las que, en el seno familiar, el varón goza de mayores libertades para contactarse con el mundo exterior, lo que en estas circunstancias, amplía sus posibilidades de acercamiento con el argentino. Esta misma razón es la que se esgrime para explicar la actitud de las jóvenes coreanas a las que se percibe como más sumisas y menos dadas a la interacción con sus compañeras argentinas.

Ahora bien, frente a una percepción de los adultos que tiende a la homogeneización del grupo coreano, se advierte que, cuando son los jóvenes argentinos quienes construyen las imágenes exógenas de sus pares orientales, hacen referencia a rasgos que los ubican más cerca de la cultura argentina. Estos rasgos, que incluyen gestos, modos de hablar y de actuar y tonos de voz, son vinculados a un conjunto de variables como el lugar de nacimiento y de transcurso de la infancia (si se produjo en el país de origen o en la Argentina), el ámbito barrial (étnico o no) en que desarrollan su vida los integrantes de la comunidad coreana, la circunstancia de su primera escolarización (en Corea o en la Argentina), las vinculaciones exgrupales que establecen los padres y el peso de las tradiciones culturales en el seno familiar. De todas ellas, ésta última es la que, en el discurso argentino, es percibida como la más difícil de superar, imponiéndose aún en las circunstancias de mayor proximidad.

En lo que respecta a la vinculación de los alumnos coreanos con los docentes, vuelve a aparecer en la mirada del argentino la alusión a la existencia de una barrera en la comunicación, atribuida ya no a la lengua sino a atributos de personalidad que se adjudican a la mayoría de los adolescentes coreanos como la introversión y la

consecuente renuencia al diálogo. Entre los más pequeños, en cambio esta barrera se advierte en las actitudes de rechazo ante las demostraciones de afecto que los maestros dicen experimentar en la interacción cotidiana.

En cuanto a la imagen de los padres coreanos, tanto en el discurso de los docentes de nivel primario como medio, ésta aparece dotada de ciertas características predominantes tales como la falta de comunicación, acercamiento y participación en las propuestas de la institución educativa y de los docentes. Estos comportamientos los asocian a una actitud de desinterés y despreocupación, tanto frente a los avances de los hijos como a sus dificultades en el aprendizaje y en la conducta.

En los docentes de nivel primario predomina la referencia a la barrera idiomática que los separa de los padres coreanos y afecta no sólo a la comunicación sino a la dinámica del aprendizaje de los niños. Concretamente se hace alusión a la falta de comprensión de las consignas solicitadas para llevar a cabo determinadas tareas escolares con apoyo de los mayores. Esta dificultad en el manejo del castellano se hace extensiva a la mayoría de los padres del grupo y es interpretada como una actitud deliberada de desatención y de reclusión, como también de rechazo al argentino.

En el otro extremo, aparece en la visión de los docentes locales un padre coreano exigente y preocupado por el rendimiento y la formación de sus hijos. Se alude así a la imposición, sobre todo a los pequeños, de obligaciones extracurriculares (clases de música, de inglés, de tae kwondo, de apoyo escolar) con el fin de complementar la educación formal. La exigencia también se ejemplifica haciendo referencia a una actitud de estricto control de las calificaciones y hasta de reacciones violentas frente a sanciones de conducta.

Si bien el discurso institucional del ámbito educativo destaca la ausencia de discriminación frente a los alumnos coreanos o de cualquier otra nacionalidad, se han podido encontrar referencias a casos puntuales de rechazo. En este sentido, se registraron alusiones a manifestaciones de corte despectivo de parte de docentes argentinos hacia alumnos coreanos y más aún, a actos severos de discriminación. En contraposición a estas referencias, acotadas a casos individuales, se mencionaron reacciones de alumnos y sobre todo, de las autoridades institucionales en defensa de la pluralidad. A tal posición se la remite de manera explícita a la ley antidiscriminatoria y a valores vigentes en la sociedad argentina de la democracia que fomentan un discurso pedagógico encuadrado en una perspectiva intercultural de valorización de la diferencia.

El alumno coreano en el Colegio Nacional de Buenos Aires

Un comentario aparte merece la imagen del alumno coreano en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Este establecimiento, que como se ha dicho depende de la UBA, presenta características peculiares que lo distinguen históricamente de otras escuelas de nivel medio. El discurso institucional lo define como un típico bastión de la intelectualidad porteña caracterizado por la policromía de razas, religiones, clases sociales e ideologías políticas. Se trata de un ámbito donde el nivel de excelencia educativa destaca tanto como el clima de libertad y respeto. Son constantes las referencias al sentimiento de pertenencia e identificación que genera la institución entre sus alumnos y al grado de compromiso, solidaridad y participación que los mismos desarrollan, más allá de las tareas curriculares.

Hemos considerado importante señalar estos rasgos ya que es en contraste con ellos que aparecerán construidas en el discurso argentino las imágenes exógenas, endógenas y del vínculo respecto de los alumnos coreanos. Los rasgos de identificación con que se configuran dichas imágenes refieren a la predisposición para el estudio y al rendimiento pero sobre todo, a la comunicación con los pares, docentes y/o tutores argentinos, a la participación en actividades extra curriculares y al compromiso e identificación con la institución.

En estas construcciones discursivas es posible advertir que, a diferencia de las registradas en otros ámbitos escolares, no se alude a la valoración de la conducta, positiva o negativa, como eje de caracterización del alumno coreano y aunque aparece la referencia a alguna experiencia puntual de tipo negativo, la misma no se hace extensiva al conjunto del grupo. Se mencionan en cambio, las áreas de aprendizaje en que se considera sobresalen los alumnos coreanos (coinciden con las que fueron anteriormente citadas: matemáticas, dibujo, música) y aquellas en las que presentan mayores dificultades (lengua, historia y geografía). En este último caso, sin embargo, se resalta una tendencia a superarlas y el deseo de destacarse en el estudio.

En cuanto a la construcción de la interrelación entre los jóvenes coreanos y sus pares argentinos, se advierte una especie de contrapunto permanente delimitando zonas de mayor o menor distancia respecto de actitudes y comportamientos atribuidos de

manera exclusiva a los primeros. Por un lado, se reconoce un activo intercambio entre estudiantes argentinos y coreanos aunque está limitado a la actividad del aula. La relación es descripta como de cooperación cuando está referida a tareas concretas de estudio. Pero esta proximidad se diluye en cuanto se alude a la escasa o nula participación que se adjudica a los compañeros coreanos en actividades de política estudiantil como el Centro de Estudiantes del mencionado colegio mientras que se vuelve abiertamente crítica cuando se les reprocha la creación, en ese mismo ámbito, de un centro paralelo, constituido por connacionales.

La autoexclusión y la tendencia a relacionarse endogrupalmente son dos elementos que aparecen en este discurso conformando una imagen de distanciamiento en el vínculo que no se logra superar, aún cuando se menciona una integración del joven coreano cada vez mayor a medida que se acerca el fin de su etapa secundaria.

Esta imagen se refuerza en referencia a las relaciones interpersonales y a la vida social extraescolar de la cual se reconoce, participan activamente los alumnos argentinos. Para ellos la relación de compañerismo implica generar redes de amistad, de las cuales perciben que sus pares coreanos se excluyen (si no todos, se sugiere, gran parte de ellos). Se les imputa, fundamentalmente, la actitud de no compartir proyectos ni de identificarse con causas comunes.

Si bien se encuentran expresiones que relativizan esta imagen y justifican la actitud de repliegue remitiéndola, sin demasiada especificación, a tradiciones culturales diferentes, se registran asimismo, posiciones extremas que niegan explícitamente la integración de los estudiantes coreanos con los argentinos incluso en el aula, resaltando una vez más, el carácter eminentemente intragrupal de las interacciones sociales de estos jóvenes. En términos genéricos, se observa la alusión a una relación contradictoriamente elaborada que logra, en todo caso, relativizar la imagen de un vínculo distante introduciendo algunos matices que tienden principalmente a evitar la generalización.

Ahora bien, cuando se configura la imagen del alumno coreano respecto de una de las actividades propuestas y altamente valorada por la institución, como es el caso de la tutoría, ésta resulta menos ambigua y la construcción discursiva marca más claramente un punto de alejamiento y una diferenciación sustancial con los argentinos. Definida institucionalmente en cuanto a su función, la tutoría es el ámbito destinado a trabajar la situación de integración de los jóvenes al Colegio, la organización del tiempo

para el estudio y el abordaje grupal de los temas de la actualidad. En tales instancias se ofrece a los alumnos la posibilidad de proponer problemáticas y/o transmitir inquietudes de orden personal.

Es, justamente, en este lugar de la vinculación en donde las diferencias de actitud entre coreanos y argentinos parecen advertirse con mayor profundidad. Frente a los argentinos a quienes se define, de manera genérica, como expansivos, comunicativos y espontáneos, los coreanos son descriptos como retraídos, formales en el trato y reservados en lo concerniente a manifestar sus conflictos, deseos e intereses. Si, tal como se sugiere a nivel de discurso institucional, la idea es establecer una relación personalizada con el estudiantado a fin de mejorar los vínculos interpersonales entre pares y con docentes, este objetivo se dice frustrado respecto de los alumnos coreanos.

Así como en relación con el Colegio Nacional de Buenos Aires, en los alumnos argentinos se generan fuertes lazos de pertenencia y permanencia, que continúan en el tiempo más allá incluso del período de escolaridad, la situación de los alumnos coreanos es percibida de manera totalmente contrapuesta. Más aún, en este sentido y en el discurso argentino, su relación es definida específicamente en términos de falta de integración, como aquella actitud de descompromiso y desinterés asociada además a una idea de transitoriedad respecto no sólo del contexto escolar sino del país.

Contrariamente al elevado grado de participación que se adjudica a los jóvenes locales en las actividades extracurriculares que ofrece el Colegio (talleres de periodismo, de cine o de fútbol) se marca en los coreanos una ausencia notoria de protagonismo en tal sentido. El discurso institucional evalúa esta tendencia en términos del bajo nivel de integración social experimentado por la colectividad en su conjunto. El decir de los pares argentinos, en cambio, la dota de un sesgo negativo, interpretándola como una actitud de desprecio hacia la institución. No sucede lo mismo cuando se alude a las obligaciones cotidianas en el estudio: en este caso, se enfatiza el alto grado de compromiso del alumnado coreano, su eficiente rendimiento y su tendencia a destacarse.

Sin embargo, en un contexto donde el discurso dominante privilegia los vínculos interpersonales y la identificación con la institución, la falta de participación del alumno coreano más allá de lo estrictamente formal y curricular lo coloca en una posición de exclusión y distancia extrema. Un lugar que se refuerza aún más cuando se le adjudica una imagen de participante transitorio, similar a la que se atribuye en

general al inmigrante de ese origen respecto de la sociedad receptora. En tanto estudiantes o inmigrantes, a ambos se les asigna un mismo objetivo: la utilización de la Argentina como “puente” hacia el exterior, sobre todo hacia los Estados Unidos y/o hacia su país de origen.

Precisamente, de acuerdo con la interpretación institucional, las razones por las cuales un gran número de integrantes de la comunidad coreana elige el Colegio Nacional de Buenos Aires, obedece a su nivel de excelencia, reconocido en las diversas universidades internacionales y que, por lo tanto, les facilita el ingreso a las mismas. Estas afirmaciones apuntan a destacar un proyecto de reemigración y una presencia coyuntural e instrumental, tanto en el país como en la institución. Los compañeros argentinos manifiestan su rechazo a estas tendencias: si bien no cuestionan los proyectos de estudio fuera del país, sí en cambio, critican la decisión – que endilgan particularmente a los alumnos coreanos – de no regresar a la Argentina una vez concluidos los mismos.

Dicha imagen de transitoriedad ligada a una tendencia a la no integración, vuelve a aparecer cuando se hace referencia a la elección de carreras universitarias atribuida a la mayoría de los alumnos coreanos. Se alude así a su escasa presencia en carreras sociales y, especialmente en Derecho que, se aclara, sólo puede ser ejercida en este contexto. Por el contrario, la elección de otras como Medicina, Odontología, Ingeniería y Ciencias Económicas es asociada a la posibilidad futura de inserción en otros países, intención que, en el discurso argentino, se atribuye a los jóvenes universitarios coreanos y marca así una distancia extrema entre este grupo y la sociedad mayoritaria.

Frente a estas posiciones se registra una construcción diferente del vínculo cuando lo que se resalta es la presencia y el interés manifiesto de estudiantes coreanos por la carrera de Diseño Textil. Quienes enfatizan esta elección, la asocian con el tipo de inserción laboral que ha adoptado la comunidad en nuestro país y con una intención por parte de los hijos, de mejorarla y continuarla. El referente que se atribuye aquí para el coreano es la sociedad receptora y el proyecto de vida, su permanencia en ella.

Las imágenes del inmigrante coreano

Si bien en el universo discursivo del argentino han sido registradas diferenciaciones entre coreanos más volcados a la sociedad receptora y otros más alejados y menos participativos, todas ellas se desdibujan cuando construyen la imagen del mismo en cuanto inmigrante, sobre todo, en su relación con el país receptor. En este sentido, predomina una caracterización negativa en la que se lo percibe como aquél que ha venido a “hacer uso” de la Argentina para obtener ventajas en el ámbito económico, lograr progresos materiales y utilizar las mejores instituciones educativas para sus hijos y que, en caso de no lograr lo esperado, abandona el país. Es un inmigrante percibido como carente de compromiso con la Argentina y al que se le reprocha el no haberla elegido como su destino definitivo sino como un medio para alcanzar otro, concretamente los Estados Unidos.

Este grupo inmigrante es catalogado a nivel de competencia económica, como un “rival desleal” y sus integrantes, descriptos como inmigrantes capitalistas a quienes se les endilga contar con un doble apoyo económico, el de su gobierno y el de la Argentina. Un grupo que no solamente viene a ocupar un espacio y a competir por trabajo con los argentinos (imagen que comparten con los inmigrantes limítrofes y otros latinoamericanos) sino que lo hace desde una posición mucho más ventajosa que aquéllos y aun que la de los propios receptores. Frente a todos ellos, en el discurso de los argentinos, el inmigrante coreano ocupa un lugar de privilegio al encarnar los valores economicistas extremos que circulan en la sociedad.

Pensemos que estas imágenes se construyen en una coyuntura de la sociedad argentina de profunda crisis socio-económica y en el marco de un modelo neoliberal de pauperización social. Además, hay que tener en cuenta que en el nuevo orden mundial la misma noción de inmigración adquiere un sentido y una valoración muy distintos respecto de la concepción clásica. El rasgo principal que caracteriza este cambio perceptual y conceptual, es la vinculación directa entre inmigración y conflicto social y político verificable en los distintos contextos de discursos a nivel nacional e internacional (cfr Mármora, 1997; Oteiza, Novick y Aruj, 1997).

Capítulo 8

LOS COREANOS, UN ENIGMA CONVERTIDO EN LEYENDA URBANA

Me pareció de interés hacer referencia en este punto, a un relato, con características de ‘leyenda urbana’ (Dégh y Vazsonyi 1976; Brunvand 1981; Klintberg 1983) recogido en Buenos Aires en el curso de la presente investigación ya que en él es posible advertir una metaforización del inmigrante coreano en la construcción de las imágenes exógenas que de este grupo realiza el argentino. En esta narración, vigente en el medio mayoritario, se ligan dos aspectos, el trabajo y la alimentación, para elaborar una caracterización peyorativa y discriminatoria de este grupo migrante a partir de un disvalor vinculado específicamente con su cultura laboral.

En su dimensión simbólica, el fenómeno de la alimentación encierra múltiples significaciones que, desde una perspectiva antropológica, pueden vincularse con distintos procesos de interacción social. Los hábitos alimenticios formalizados a través de la costumbre o la religión y asociados a otros aspectos de la cultura, son vistos por algunos autores como expresión de las relaciones que los individuos mantienen con su sociedad o las que establecen diferentes grupos entre sí (Douglas 1971; Powdemaker 1932; Kalcik 1974; Baer 1982). Esto es particularmente constatable cuando se trata de grupos inmigrantes que se incorporan a un nuevo contexto social, según lo han demostrado, en los últimos años, folkloristas que han registrado – sobre todo en leyendas migratorias–, tanto en los Estados Unidos como en Europa, la relación que se establece entre el terna de la alimentación y determinados conjuntos sociales minoritarios, generalmente inmigrantes de poca data y en especial asiáticos, ya sea que se refieran a su presencia en la sociedad por medio de restaurantes típicos, ya sea a sus hábitos alimenticios como expresión de relaciones simbólicas (Baer 1982; Klintberg 1983; Kallik 1974).

Al trabajar con la comunidad coreana de Buenos Aires y los miembros de la sociedad receptora que están en contacto con ella en el ámbito barrial o laboral, me llamó la atención un relato – concretamente una leyenda contemporánea –, que alude a ciertas peculiaridades alimenticias que el argentino atribuye a dicha comunidad.

Partiendo de convenir que todo discurso que produce una determinada sociedad construye la significación de otros fenómenos, es mi intención tomar en consideración

la leyenda mencionada a fin de explorar qué elementos de la interacción entre el grupo coreano y el argentino se expresan a través de ella y de qué manera puede revelar las posibles dificultades que tal interrelación plantea.

La leyenda en sí

Mientras realizaba entrevistas en la zona del barrio de Flores en donde conviven argentinos y coreanos, al hablar de sus vecinos de esa colectividad, una señora argentina contó una historia que me llamó verdaderamente la atención ya que coincidía, según lo había constatado bibliográficamente, con un relato que había sido recogido en otros países que, como el nuestro, habían recibido migración asiática.

"¡Uh! Por el Bajo Flores está lleno de negocios coreanos. Hay muchos por ahí. ¿Vos sabés que comen gatos?... Sí, se me comieron una gatita que yo tenía. La otra vez, cuando yo salía a trabajar, dejé a mi gatita que era gordita – le dábamos de comer siempre –, y estaba arriba del techo tomando sol. Y cuando volví ya no apareció. Y es el día de hoy que no volvió más. Se la comieron", sentenció.

Y para afirmar esta idea de que sus vecinos diferentes se alimentaban también en forma diferente, agregó:

"Un día, los chicos de al lado /coreanos/ tenían un perrito jugando. Y mi marido dijo: '¡Este va a desaparecer!' Y es verdad, no sé si lo dieron o qué, pero no lo volvimos a ver más... Para mí que se lo comieron también", concluyó.

A medida que la mujer avanzaba en la narración, era posible constatar que reunía algunos de los rasgos que permitían encuadrarla en lo que se denomina "leyenda contemporánea" (Dégh y Vazoni 1973 y 1976), como cuando la informante, para reforzar el relato de los gatos, continuó citando la versión de un supuesto testigo presencial: *"... Los gatitos chiquititos que caminaban por las medianeras se caían a esa casa y no aparecían más. Un vecino me contó que por la ventana de su casa veía en el jardín cueros de gatos tirados por el piso".* Y como para apartar cualquier dejo de duda aseguró: *"Tenemos un amigo que es arquitecto, Adrián, que le hizo una reforma a la casa de unos coreanos, y nos contó – y eso lo vio él–, que cuando los obreros de la construcción hacían el asado al mediodía, los coreanos pusieron un gato para ellos. Y eso lo vio él, ¡así que imaginate!"*

Los detalles se iban sumando, y así, en relación al modo en que se obtenían estos animales, la narradora comentó: *"Una vez, yo lo vi al señor de al lado /coreano/, un señor mayor, -a las seis de la mañana me asomé a la ventana- y vi cómo le tiraba una bolsa arriba de un gato, como si fuera una red, y se lo llevaba"*. Para terminar refrendando este caso con otro análogo: *"Me estoy acordando de una señora conocida que vive por Once, me contaba que el sereno de un garaje veía todas las noches cómo esta gente cazaba gatos"*.

Frente a esta alusión a la cacería, la informante agregó una referencia a otro modo de conseguir estos animales, un modo verdaderamente curioso ya que habla de un probable circuito de comercialización de los mismos en el cual también intervienen argentinos. Comenzó por decirme que: *"Este barrio, antes de la inundación estaba lleno de gatos salvajes, pero desde que llegaron los coreanos desaparecieron. No hay más gatos"*. Y frente a mi pregunta acerca de qué había sucedido con ellos, contestó inmediatamente: *"A mí me contó un señor del barrio... que venía un señor en una camioneta... ése no era coreano..., venía y se los llevaba. Después, decían que tenía un criadero y que los coreanos le compraban a él los gatos"*.

Se trata, como puede verse, de una narración que en apariencia pretende transmitir una información verídica, razón por la cual se suministran detalles concretos acerca de los lugares en dónde ocurrieron los hechos (los barrios capitalinos de Once y Flores), de cuándo sucedieron (refiriéndose a un pasado cercano) y de los protagonistas de los mismos que aparecen bien individualizados (el arquitecto amigo, el sereno del garaje, vecinos del barrio, y aun la misma narradora).

Ahora bien, al trabajar esta leyenda pude definir cuatro ejes conceptuales sobre los cuales estructurar el análisis, a saber: ajenidad, espionaje, ocultación/no ocultación y agresión, que luego fui considerando uno por uno.

Ajenidad

El hecho de elegir el tema de la alimentación con gatos para referirse a una característica de la comunidad coreana, está mostrando el sentido de ajenidad que despierta este grupo en el argentino. Porque como puede verse, se trata de un relato en el cual se pone de manifiesto una diferencia ligada estrechamente a un código vigente en la sociedad argentina según el cual el gato está excluido del ámbito alimenticio. Por

lo tanto, la no contemplación de esta pauta marca un rasgo de distanciamiento, que además, se asocia con un disvalor ya que implica atentar contra ese orden establecido y al mismo tiempo, llevar a cabo una práctica fundamentalmente rechazada.

Espionaje

En la narración se advierte la alusión a un "ver" o a un "asomarse para ver por la ventana", de lo cual se puede inferir que hay en el argentino una intención de espiar a esos vecinos que son diferentes y con quienes es dificultosa la comunicación, no únicamente por la lengua sino también por la actitud de replegarse sobre sí mismo que se le adjudica al grupo en relación con la vida familiar y laboral que desarrolla en su vivienda, a la que los argentinos no tienen fácil acceso. En los puntos anteriores ha sido posible constatar esta visión, sostenida por los entrevistados argentinos, de comunidad 'cerrada' y 'autosuficiente', que establece un contacto limitado con el resto de la sociedad, un hecho que de alguna manera despierta curiosidad y parece justificar esa necesidad de observar disimuladamente. Esta actitud de espionaje les permite precisamente, corroborar esa particularidad que le asignan al grupo coreano en términos de hábitos alimenticios.

Ocultación/ no ocultación

Es interesante destacar que en el relato se encuentran referencias al modo en que se obtienen los gatos y a lo que posteriormente se hace con ellos (concretamente, a la cacería del animal y al consumo de su carne). Se advierte que hay entre ambas acciones una contraposición en función de lo que denominamos "ocultación/no ocultación" puesto que hay algo que se oculta y algo que no. Así, se esconde la manera en que se atrapan los gatos (recuérdense las alusiones a la cacería con bolsas, redes o en algún vehículo, todo llevado a cabo durante la noche, mientras prevalece la oscuridad) mientras que por el contrario, se muestra la alimentación misma con la carne de este animal. Debe registrarse en tal sentido, la referencia a que la suelen colocar en la misma parrilla en que los obreros de la construcción cocinan la carne "permitida". Incluso, la imagen de los cueros esparcidos en el jardín remite a un no ocultamiento de los restos de esa alimentación.

Agresión

Ya en el comienzo del relato, que es cuando la entrevistada establece su vinculación con los vecinos coreanos, se advierte una dimensión de resentimiento y desconfianza hacia aquéllos que, según ella, le han robado y comido su mascota, justamente por ser éste un objeto que encierra una valoración particular para quien lo posee. Pero este sentimiento de desposeimiento, y por lo tanto de agresión, excede el caso individual: tal como se ha visto, la apropiación ha involucrado a muchos de estos animalitos aun cuando no pertenecieran específicamente a un dueño, sino, podría decirse, a la sociedad en su conjunto.

La leyenda y su vinculación con la actividad laboral

En el contexto de las entrevistas esta leyenda aparece vinculada a comentarios sobre la forma de trabajar del coreano y a través de ella me resultó posible establecer como hipótesis, que las características mencionadas acerca de la alimentación con gatos son semejantes a la que plantea la modalidad laboral de dicho grupo, según la percepción del argentino. Es decir que aquello que el testimonio del argentino reprocharía desde el punto de vista de la alimentación, sería una metáfora de lo que está criticando en la manera de trabajar del coreano y sus consecuencias. Así, en la construcción simbólica del argentino acerca de esta modalidad laboral particular, se ha registrado la aparición de rasgos semánticos afines con los de la leyenda en cuestión ya que se reiteran allí, como se verá, los cuatro ejes señalados en el análisis de la misma.

Ajenidad

Este rasgo puede ser advertido en las referencias que la informante que ha relatado la leyenda realiza sobre cierta modalidad del trabajo de sus vecinos coreanos en cuyas viviendas funcionan talleres de costura, modalidad que se centra básicamente en la cualidad del trabajo constante, continuo. Al respecto, dice: *"Son como hormigas. Trabajan día y noche. Yo me acostaba con el ruido de las máquinas y a la mañana me levantaba, y seguían, seguían"*.

Para agregar más adelante: *"Los coreanos de al lado /hablan muy poco, trabajan todo el tiempo. Pero no tienen una industria, serán unas cinco máquinas, pero le dan día y noche... Enfrente de casa hay también hay una familia coreana que también cose, cose, todo el día".*

Vemos en estas citas un reconocimiento a esa laboriosidad constante, ininterrumpida, pero que justamente por su carácter exagerado podría convertirse en un elogio crítico, ya que se distancia de los cánones argentinos de trabajo. Es por eso que la informante resalta este rasgo, insistiendo incluso sobre la nocturnidad como un elemento reforzador de un énfasis que marca la diferencia.

Espionaje

Esta modalidad de trabajo continuo que puede constatarse en forma directa, es no obstante corroborada por la entrevistada mediante lo que se había denominado "espionaje", cuando dice: *"Desde la ventana de mi dormitorio... se ve la casa de ellos /de los coreanos/ donde trabajan...Inclusive vi yo misma como uno de los coreanos -un señor mayor- trabajaba en la máquina, y una de las chicas le daba de comer arroz o algo así en la boca, para que no deje de trabajar".*

Es importante señalar aquí que, la asociación entre trabajo y alimentación que establece la informante para dar cuenta del carácter constante del trabajo, que aún cuando no sea específicamente con gatos, es realizada por medio de un ejemplo que para el contexto argentino puede llegar a ser éticamente criticable. ¿Por qué? Porque implica un cambio de valor, ya que en la sociedad argentina en principio, los ancianos están excluidos del ámbito laboral, y si bien pueden trabajar, no se les exige formalmente que lo hagan. Además, se supone para las personas de mayor edad, y sobre todo si son de la propia familia, una contemplación especial en el trato, aún en la situación de una actividad laboral compartida. Por otra parte, la referencia al hecho mismo de dar de comer en la boca con el fin de que quien trabaja no pierda tiempo, constituiría un modo de atribuir a este grupo diferente un rasgo de inhumanidad. Vinculando de esta manera el trabajo con un disvalor que involucra a la estructura familiar y afecta esencialmente al individuo, la crítica a esa extrema laboriosidad se plantea con más firmeza.

Ocultación/no ocultación

El trabajo continuo, por otro lado, trae como consecuencia el aislamiento de la familia, cuyos miembros, dice la informante: *"Prácticamente están metidos todo el día en la casa y no salen para nada...siempre están adentro cosiendo"*. El hecho de que no salgan ni siquiera para procurarse la materia prima para las prendas ni para entregarlas una vez terminada su confección se verifica cuando agrega: *"Para traer la mercadería viene un auto cargado y las bajan en la puerta... También las vienen a buscar /otros coreanos/. Ellos /los vecinos/ no salen para nada"*.

Esta imagen de aislamiento a nivel barrial se asocia a uno similar que toda la comunidad coreana mantiene respecto de la sociedad receptora, en términos de un autoabastecimiento comercial: *"Ellos – comenta la entrevistada refiriéndose a los coreanos del barrio – trabajan para afuera, para negocios de Avellaneda, que también son de coreanos"*.

Habría entonces como una fase del circuito comercial que en apariencia, se le oculta al argentino, en el sentido de que se le impide participar en él. ¿Cómo obtienen los coreanos las materias primas? Como se desprende de las citas, aquellas sólo se compran y venden intragrupalmente, con lo cual se excluye al argentino de la posibilidad de participar en las ganancias que la provisión de material puede producir.

Por otra parte el hecho de que la elaboración de las prendas se realice en el interior de los talleres familiares de acceso sumamente restringido, hace que el argentino atribuya a este grupo, cierta intención de ocultamiento a nivel laboral. Claro está que lo que no se oculta es el producto de este trabajo que, si bien se comercializa en negocios coreanos, está dirigido a todo tipo de público.

Agresión

Así, el trabajo continuo, que se desarrolla día y noche puertas adentro, en el seno de la familia e intragrupalmente, implicaría de alguna manera un no compartir beneficios con el argentino, lo que llevaría a este último a sentirse excluido, desposeído y en consecuencia, agredido.

Llegado a este punto resulta interesante efectuar un esquema de las características semánticas afines entre la alimentación con gatos y la modalidad de trabajo del coreano, vistas desde el punto de vista argentino:

Ejes analíticos	Alimentación con gatos	Modalidad de trabajo
Espionaje (provocado por aislamiento).	El argentino espía al coreano que se aísla cazando gatos.	El argentino espía el modo de trabajar del coreano que se aísla en su actividad familiar e intragrupal.
Ocultación/	Se oculta el modo de cazar.	Se oculta la obtención de materias primas y la elaboración de la mercadería
No ocultación	No se oculta el producto de la cacería.	No se oculta el producto del trabajo.
Ajenidad	El gato excluido de la alimentación del argentino.	El anciano excluido del trabajo en la sociedad argentina.
	Nocturnidad (cacería).	Nocturnidad (trabajo constante).
Agresión	Por desposesión de un objeto propio que no entra en el juego de los valores alimenticios.	Por desposesión de la posibilidad de participar de trabajo y de obtener beneficios.

Luego del análisis efectuado, creo que la leyenda acerca de que los coreanos cazan y comen gatos, puede ser pensada como una metáfora de la modalidad laboral que adopta este grupo, según es construida por quienes interactúan cotidianamente con ellos.

Quisiera destacar que, si bien tomé en cuenta aquí una sola versión de la leyenda recogida en diferentes entrevistas con una persona, he podido constatar su difusión en Buenos Aires a través de charlas informales con otras, relacionadas con la comunidad coreana. Quedaría sí planteada la cuestión de continuar investigando si se reitera la vinculación entre leyenda y trabajo que se ha desarrollado en esta oportunidad.

Cabe señalar también, como se dijo al comienzo del capítulo, que este relato se asemeja a otros diseminados en diferentes países europeos y en los Estados Unidos, hecho que me ha llevado a considerarlo una leyenda migratoria. Tal similitud está dada por la referencia a grupos minoritarios migrantes en conexión con la temática de la alimentación, se trate tanto de grupos asiáticos – hindúes, chinos, vietnamitas, en los Estados Unidos, Escandinavia o Alemania –, como no asiáticos – italianos en Estocolmo, griegos en Rodas– (Bengt and Klintberg, 1983). Estas narraciones aluden concretamente a restaurantes típicos a los que se les imputa falta de higiene, elaboración de platos exóticos con animales tabuados para la cultura local y, muchas veces, el engaño a través del ofrecimiento de determinada comida, cuando en verdad se trata de otra similar pero de menor calidad. Narraciones éstas que pueden interpretarse como una manera entre otras de demostrar rechazo y discriminación. En el mencionado caso, el relato no remite al tema de los restaurantes, pero sí a un hábito alimenticio que la sociedad mayoritaria endilga críticamente a un grupo inmigrante asiático frente al cual se distancia en función de valores contrapuestos.

Así, la leyenda analizada permite advertir cómo el argentino crea una cierta imagen del coreano que lo lleva a ubicarse en una posición diferencial basada en un recorte valorativo. Trabajo y alimentación se presentan como un disvalor: hay una cultura que incluye al gato en el espectro de lo alimenticio, frente a otra que lo excluye, y hay una cultura que estructura su vida en torno al trabajo continuo, constante, ininterrumpido, que lleva a privilegiar la eficacia y el criterio utilitario – recuérdese la referencia al anciano –, frente a otra que rechaza tal modalidad quizás por que la asocia a cierto valor de inhumanidad.

Finalmente, es posible ver de qué manera elementos aparentemente disímiles como el trabajo y la alimentación, se van imbricando para dar cuenta de cómo un grupo social ve a otro con el cual interactúa, identificándose y diferenciándose a través de estas percepciones. Mitos, leyendas urbanas, rumores. La discriminación adquiere múltiples formas que en este caso, se vinculan con esos sentimientos de ajenidad, temor a lo diferente y desconfianza frente a lo que supuestamente pone en riesgo la propia seguridad y altera el orden establecido.

La xenofobia admite un abanico de motivaciones y matices. La experiencia inmigratoria no es nueva en este contexto, pero las relaciones entre coreanos y argentinos tienen una corta historia que se está construyendo día a día. Pareciera que los sentimientos detectados no hacen sino poner entre signos de pregunta la tradicional imagen de la “hospitalidad” argentina.

Capítulo 9

LA IMAGEN DE LOS INMIGRANTES COREANOS EN EL DISCURSO PERIODÍSTICO

La inmigración coreana, en particular la que llegó a nuestro país en los años 80, se hizo visible para aquel sector de la población con el que no mantenía ninguna relación de necesaria proximidad, fundamentalmente a través de la prensa escrita. Es el momento, entonces, de analizar cómo resultó construida en ese discurso la identidad de los nuevos integrantes de la sociedad argentina.

En este caso y solamente a fines de contraste, este estudio se ha limitado a hacer referencia a aquellos rasgos registrados en el universo discursivo de los propios inmigrantes y en el de los distintos integrantes del contexto mayoritario, rasgos a través de los cuales en el discurso mediático mencionado se configura la imagen del coreano en esa instancia de su presentación ante la sociedad argentina⁵².

El corpus de información analizado consistió en material proveniente de *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página 12*, los principales periódicos que circulaban en la Argentina entre 1988 y 1993, período en que comenzó a producirse una notoria aparición, con momentos de mayor o menor intensidad, de noticias referidas a la comunidad coreana. Las mismas encaraban distintas temáticas construyendo, por un lado, imágenes exógenas del grupo y por otro, imágenes del vínculo con el contexto mayoritario. En el primer caso, se trataba de informes que se ocupaban de ofrecer datos generales sobre esta nueva inmigración, el país de origen y la cultura oriental. En el segundo, en cambio, se hacía foco principalmente en las relaciones laborales ilegales que en el ámbito textil los inmigrantes coreanos establecían con pares latinoamericanos (peruanos) y en particular, de países limítrofes (bolivianos, paraguayos y brasileños).

Se observó entonces que la imagen del inmigrante coreano aparecía construida alrededor de determinados aspectos puntuales tales como sus ámbitos de asentamiento en la ciudad de Buenos Aires, sus tradiciones, su idioma, sus hábitos alimenticios y su inserción laboral.

⁵² Un análisis de otra índole podría hacerse según los lineamientos de Teun Van Dijk (1987, 1997) o de Eliseo Verón (1987, 1988)

Asentamiento urbano

Cuando en el discurso periodístico se hace mención al asentamiento urbano de los inmigrantes coreanos tanto en el barrio de Flores Sur como en el de Once, se observa que, insistentemente, el primero es identificado como “Koreatown”, la “Pequeña Corea” o el “Barrio Chino del Bajo Flores” mientras que se alude al segundo como “el Once coreano”. Estas denominaciones surgen asociadas, por un lado, al hecho de ser una zona de concentración residencial y comercial que la propia comunidad señala y, por otro, al proceso de transformación que experimentó el contexto argentino frente a esta nueva presencia y que, según esta visión, alteró radical y bruscamente la fisonomía de estos vecindarios, sobre todo, el de Flores Sur. Es recurrente la mención a los numerosos comercios destinados al mercado interno comunitario con carteles en hangul, que carecen de traducción al español o bien llevan nombres orientales, las distintas iglesias comunitarias y los restaurantes y almacenes con sus comidas típicas en exhibición. El exotismo es un rasgo que aparece explícitamente mencionado en estas descripciones.

Al referirse a este proceso de transformación barrial, el discurso de los medios menciona además la modalidad de instalación de los nuevos inmigrantes a quienes se les imputan las características de haberse apropiado de un espacio ajeno, haberle impuesto una identidad y una dinámica laboral y cultural propias, haber desplazado de él a los argentinos y haber recreado un ambiente familiar que a la vez que contiene al endogrupo, lo aísla y marca una frontera con el entorno mayoritario.

Este discurso genera una imagen del inmigrante coreano que ha logrado imponer su impronta desde el momento mismo de su llegada y lo ha hecho con tal fuerza que ha borrado por completo la del argentino. A estos habitantes extraños, con rostros distintos, que conservan su lengua, su grafía y muestran una iconografía propia, se los describe conformando un núcleo comunitario definido como hermético, del que se excluye al argentino. A punto tal que según se dice, han logrado que éstos se sientan ellos mismos, extraños en su propio país.

Tradiciones

Otro aspecto aludido en el discurso de los medios que conforma la imagen del coreano, es un conjunto de tradiciones vinculadas fundamentalmente a la familia y al trabajo, que se consideran originadas de manera genérica en la cultura oriental. Y aunque no se especifica si se conservan o no en el nuevo escenario, la alusión a las mismas contribuye a conformar una imagen de la comunidad ciertamente distanciada del argentino.

Estas tradiciones hacen alusión a un trato entre padres e hijos en el que está ausente el tuteo, a la valoración del respeto más que del amor en la relación filial, a la persistencia de los matrimonios convenidos por los mayores en el país de origen, al rechazo y la sanción social al noviazgo entre adolescentes y al lugar de subordinación de la mujer en la familia. Con respecto al trabajo, la impronta de la tradición aparece en la afirmación del mismo como valor existencial y en la cultura que niega la importancia del placer.

Esta construcción de las imágenes exógenas del coreano, se contraponen de manera explícita, a la conformación de las imágenes endógenas del argentino, de quien se resalta, por el contrario, la ausencia de una jerarquización en los vínculos sociales, la posición de igualdad de la mujer y el poder de decisión de los jóvenes en el ámbito afectivo, así como el amor antepuesto al respeto y el placer al trabajo.

Lengua

La predisposición frente a la aceptación o el rechazo por el aprendizaje y uso del idioma castellano es un rasgo utilizado de manera recurrente para caracterizar la actitud de esta comunidad inmigrante y su grado de comunicación con el contexto mayoritario. El hecho de no incorporar el español aparece con insistencia en los enunciados que afirman que éste es el obstáculo fundamental a la integración del coreano. Obstáculo que, se sostiene, no desea ser salvado por quien es definido como un sujeto que difícilmente extiende sus relaciones más allá de la propia comunidad. Se le atribuyen de este modo rasgos de aislamiento, desinterés e incomunicación con el argentino.

Esta imagen se refuerza cuando se le endosa a la generalidad del grupo el manejo del español a fines únicamente comerciales y aun así, en un nivel rudimentario.

Hábitos alimenticios

Otro aspecto que la prensa escrita considera en la construcción de la imagen del nuevo inmigrante se vincula con sus hábitos de alimentación. Por una parte se suelen mencionar las particularidades alimentarias de la comunidad adjudicándole, sobre todo, el conservar sus propias costumbres sin incorporar las del argentino, rechazar las pautas del ámbito en el cual se han incluido y mantener su individualidad en una suerte de micro universo hermético tanto a nivel simbólico como material.

Estos hábitos de consumo propios, a los que se observa conservar y defender, surgen en esta mirada, no sólo diferenciándose de aquellos propios de los argentinos sino, en algunos casos, directamente rechazados en este contexto (se alude por ejemplo, a la carne de víbora), tanto por una cuestión cultural – que obedece a su exotismo – como por el modo ilícito en que se describe su obtención.

Por otro lado, los hábitos de alimentación del coreano emergen cuando éste aparece como protagonista de relaciones laborales ilegales que involucran a otros inmigrantes. En esos casos, se destaca como signo de mal trato, junto con las largas jornadas de trabajo y los magros salarios, la baja calidad de los alimentos que ofrecen a los empleados con los cuales conviven en los talleres de costura. Esto, que podría interpretarse como una falta de interés y de cuidado hacia los otros, es mostrado por el periodismo como una característica que se da también hacia el interior del propio grupo. En este caso la referencia a la mala alimentación surge ligada a una actitud exacerbada de ahorro, tendiente a favorecer su progreso económico. Conviene recordar que esta imagen se contrapone a la que el coreano ha forjado del argentino en quien por el contrario enfatizaba su tendencia a consumir (comida) antes que a invertir (en el comercio).

Trabajo

En este aspecto, la comunidad aparece sumamente laboriosa, esforzada, tan ahorrativa como competitiva y obsesionada por el ascenso social y el logro de bienes

materiales, rasgos que, en esta visión, se ligan a una cultura del trabajo enraizada en su tradición cultural. Así, se describe a los inmigrantes coreanos como exitosos en una economía en crisis en la que por el contrario, los argentinos se ubican en la posición de pérdida y fracaso.

Este éxito, sin embargo, no aparece asociado con las capacidades laborales que se les adjudican al grupo sino con otros factores: el primero de ellos es la posibilidad de contar con un capital inicial, mientras que en segundo lugar, aparecen las conductas ilegales tales como el incumplimiento de leyes sociales al eludir el pago de las cargas sociales y los impuestos. En tercer lugar se incluye la modalidad de contratación de mano de obra del grupo, especialmente para sus talleres de confección y tejido: en este caso se les imputa el reclutamiento de inmigrantes indocumentados a los que se contrata en condiciones precarias.

Dicha precariedad es destacada en este discurso, que describe con detalle las condiciones de vida y trabajo de estos empleados, cuando enfatiza en ellas la falta de higiene, la contratación en negro y con bajos jornales, la exigencia de extensas jornadas de trabajo y el hacinamiento. De tal modo, se los define como “explotadores” y se los acusa de “reducir a servidumbre” y hasta de dar “castigos corporales a los obreros”.

Es posible ver cómo, cuando se alude al comportamiento de este grupo inmigrante en el campo laboral se hace hincapié en pautas que se hallan claramente en contravención con el consenso social y la normativa vigente en el contexto argentino, sin embargo, no aparece ninguna mención al hecho de que dichas pautas no son privativas del grupo.

En la construcción de las imágenes de este vínculo resulta evidente el fuerte contraste entre los inmigrantes coreanos y los latinoamericanos. Las aspiraciones de trabajo y progreso que les atribuyen a estos últimos aparecen, según esta mirada, concretadas exclusivamente por el coreano, y ello debido a la organización de un sistema ilegítimo en el cual, además, victimizan al resto.

El análisis de los medios de prensa permite advertir que éstos se han hecho eco de la presencia de la inmigración coreana y la han convertido en un elemento visible frente al conjunto de la sociedad receptora. Sin embargo, al tiempo que le ha otorgado difusión y reconocimiento, se advierte que le sustrajo riqueza, configurando un prototipo del inmigrante que reduce su multiplicidad y muestra, en consecuencia, una imagen sumamente empobrecida, homogénea y generalizada del grupo. Esta imagen

prototípica aparece conformada por un haz de rasgos que se enumeran a continuación y que caracterizan al inmigrante coreano como aquel que:

- se aísla a nivel barrial y de comunicación
- se autoabastece
- prescinde del argentino
- no incorpora las pautas de la sociedad argentina
- no se integra al contexto receptor
- es exitoso económicamente pero a costa de ser explotador y eludir cargas sociales
- desarrolla un ascenso económico rápido y notorio pero ilegal
- es sumamente laborioso y supera el estándar de trabajo argentino
- tiene como único objetivo ganar dinero y alcanzar un alto status social
- es competitivo en extremo
- es más exitoso que los argentinos y que otros grupos migrantes insertos en el país.
- es invasor y expoliador
- mantiene costumbres y hábitos ajenos y rechazados por la sociedad argentina

Tal como fue visto a lo largo del trabajo, muchos de estos rasgos aparecen también contruidos en el universo discursivo del grupo mayoritario y de la propia comunidad coreana, aunque matizados y con diferentes valoraciones.

Si bien uno de los objetivos de los medios de comunicación es lograr un contacto más eficaz, sintético y directo con su público, se observa que en la búsqueda de mayor eficiencia, se tiende a resaltar lo que – se supone – resulta más característico de este inmigrante y al mismo tiempo, lo que presenta, supuestamente también, un mayor contraste con el entorno argentino. En el discurso considerado se ha construido un "se dice" estandarizado que procura constantemente enfatizar lo distinto, lo curioso y, en algunos casos, lo que se afirma rechazado en la sociedad.

Es posible registrar de este modo una tendencia a colocar a este grupo inmigrante en un espacio de ajenidad en las diversas dimensiones culturales aludidas, que no se restringe a una demarcación de campos diferenciales sino que adquiere, por

su mismo carácter ultrageneralizador (Heller 1970), la forma del prejuicio y la discriminación. El inmigrante coreano aparece, en este discurso, asociado a las nociones de exotismo y misterio: el exotismo está vinculado con sus rasgos fenotípicos, pero sobre todo, con su cultura y su idioma, descriptos ambos como incomprensibles para el argentino. Su misterio, en cambio, se relaciona con una presencia que no es cuantificable y menos aún, previsible. No es cuantificable en cuanto se advierte la inexistencia de un registro oficial que dé cuenta del movimiento migratorio coreano que se percibe como constante, continuo e incontrolable. Y resulta imprevisible en tanto oculta sus proyectos de permanencia en este país y por ende, sus intenciones.

Prevalece aquí una percepción del coreano en la que se enfatizan y extreman las diferencias respecto del argentino, las cuales, además, se valoran negativamente, ubicándolo en una zona de extrema distancia. En el discurso mayoritario si bien este prototipo no está ausente, se nota una mayor diversidad en la configuración de las imágenes exógenas del grupo.

Por su parte en el discurso coreano, algunos de estos rasgos aparecen explícitamente rechazados, otros ignorados y otros, que se aceptan, son incluso, valorados positivamente.

En cuanto a construcciones prototípicas, las que producen los medios pueden ser comprendidas como parte de un código institucionalizado vigente en la sociedad. Tanto coreanos como argentinos toman esos modelos de referencia, los reelaboran y reinterpretan aceptándolos, rechazándolos o contradiciéndolos y en el proceso se va determinando la imagen que de este inmigrante coreano tiene la sociedad argentina.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A partir de nuestro trabajo de investigación, hemos logrado establecer un conjunto de rasgos y relaciones posibles con los que resultó configurado el fenómeno inmigratorio para la comunidad coreana en nuestro país en un momento determinado de su historia. Ello nos ha permitido acceder a un modelo de su identidad plural en la Argentina, un modelo construido a posteriori al que arribamos como producto del análisis implementado y no a partir de categorías previas.

Para conformar dicho modelo tomamos en cuenta la elaboración de las imágenes endógenas y por lo tanto, la de la subjetividad; las imágenes exógenas, es decir, la identidad atribuida a los otros no coreanos teniendo en cuenta cómo esa adjudicación de identidades atribuida, construía a la vez la propia subjetividad. Imágenes endógenas y exógenas, subjetividad e identidades que se relacionan dialécticamente en la instancia de la construcción de las imágenes del vínculo y permiten delimitar áreas de proximidad, distancia o ruptura con el argentino en función de los lugares en los que se ubican los actores sociales.

Procuramos dar cuenta así del proceso de constitución de la identidad coreana. Una identidad que *no es coherencia sino dispersión*, producto de las posiciones que los sujetos van tomando en el contraste con el otro (a quién/es habla, desde dónde, a qué otros discursos se contraponen) y que implican maneras diferentes de construir un mismo fenómeno. Convendría hablar entonces, de *las identidades coreanas, relacionales y diferenciales*, que se recortan hacia la interioridad del grupo coreano como tal. *Identidades plurales* que contrastan con las *identidades también plurales* que se conforman en el seno de los diversos conjuntos sociales que constituyen el escenario argentino. No hablamos de *la diferencia* de cada uno como unidad, entre sí y con la sociedad mayor (coreanos y argentinos, coreanos y judíos, coreanos y bolivianos), sino más bien de *juegos de diferencias* que adquieren sentidos y significados diferentes que especifican cada par relacional.

Estas construcciones se realizan en la combinación de distintos fragmentos de discurso (institucionales, mediáticos, cotidianos, históricos, jurídicos) que en tanto componentes de una sintaxis particular y de una semántica diferencial construyen la

significación del fenómeno migratorio estudiado y que en el caso que nos ocupa, nos interesó ver materializada en el discurso verbal. Esta significación no se establece de una vez y para siempre, sino que se va transformando en tanto van cambiando las formaciones discursivas y el juego de relaciones entre ellas, lo cual es posible ver en correlación con cambios históricos y acontecimientos sociales. Si bien nosotros hemos registrado un momento del análisis en la investigación del caso coreano, lejos de ser estático, dicho análisis está constantemente abierto a constatar si y cómo cambian las relaciones entre los grupos sociales que están construyendo sus distintas categorías. O sea que, quienes construyen la subjetividad y la identidad no siempre lo hacen con los mismos elementos ni enfrentando el mismo discurso del otro. El discurso de las subjetividades cambia y también las circunstancias en las cuales se apoya. Esto implica, no obstante, que pueden coexistir de manera competitiva propuestas diferentes y aún contradictorias, que den significación a un fenómeno. El proceso de cambio de la significación de la experiencia migratoria en el grupo coreano en la Argentina podría establecerse pues, registrando su persistencia o transformación en función de las formaciones discursivas en permanente tensión y competencia.

Podríamos decir que para abordar el estudio de la comunidad coreana en nuestro país, optamos en este trabajo por no encuadrarlo en el marco de los estudios étnicos y por lo tanto, no utilizar las nociones de etnicidad, grupo étnico e identidad étnica. En principio, porque nuestra propuesta consistió en no partir de categorías teóricas definidas a priori que nos orientaran la búsqueda. Por otro lado, porque nos interesaba en todo caso, ver en el análisis del material empírico, si dichas nociones en algunas de sus enunciaciones teóricas (o en su combinación) aparecían construidas y nos permitían de algún modo, repensarlas en su eficacia, dada la particularidad de esta comunidad migrante.

Hemos observado en la configuración de las imágenes endógenas, en las imágenes del vínculo y por ende, en las exógenas, que el grupo coreano parece constituirse a sí mismo desde un lugar de minoría, étnica y culturalmente diferenciada de la mayoría y de otros grupos minoritarios. Las diferencias con el exogrupo se marcan en función de la construcción de una homogeneidad racial y cultural, que implica la lengua, ciertos valores asociados básicamente con el trabajo, una mentalidad típica y hasta una identidad esencial. Aún a las diversas adscripciones religiosas que se atribuyen al grupo coreano en el contexto argentino se las subsume en esa imagen de

homogeneidad. Hay categorías sociales como el matrimonio que son configuradas de manera tal que refuerzan esta percepción de unidad, a través de la atribución a la generalidad del grupo de pautas endogámicas y del deseo de conservarlas. La presentación de la comunidad coreana ante la sociedad mayoritaria como altamente organizada a nivel institucional interno y, especialmente, la manera de posicionarse al referir su inserción en la estructura económica del país y en la elección del tipo de actividad desarrollada prevalentemente (comercio e industria textil), conforman una imagen con rasgos que bien podría aproximarla a la categoría de grupo étnico integrando una concepción amplia de la etnicidad, tanto en algunos elementos de su versión primordialista como instrumentalista, materialista y/o formalista (cfr. Briones 1998).⁵³ Así, cuando describen su interrelación con quienes identifican como judíos (y no como argentinos), puede verse cómo el contraste lo efectúan en tanto miembros de una colectividad que se autopercibe y percibe a esos otros en términos corporativos, enfatizando por ejemplo, la puesta en marcha de mecanismos que apelan a solidaridades particularistas y familiares (cfr. Bialogorski y Bargman 1995).

Sin embargo, en cuanto los integrantes de la comunidad comienzan a construir estos y los otros aspectos y categorías relacionados con su concreta vivencia como grupo migrante en el escenario argentino, empieza a advertirse el **proceso de dispersión** y comienzan a desdibujarse y relativizarse aquellos rasgos y por lo tanto, la **percepción de una imagen unitaria**. A ésta, que apuntaría en teoría a una identidad étnica, se contraponen la configuración de una **identidad plural** que emerge de formaciones discursivas simultáneamente vigentes y contrastantes en las que se registra una construcción recurrente de la **diferencia** hacia la interioridad del grupo⁵⁴. Como hemos visto en nuestro análisis, se alude a **fragmentaciones** entre los propios migrantes

⁵³ De modo muy esquemático podemos decir que los enfoques primordialistas de la etnicidad refieren a los lazos de raza, lengua, religión, costumbres y región que ligan a los miembros de un grupo. Los enfoques instrumentalistas de la etnicidad son aquellos que la conciben “*como un arma para la competencia social, como un factor que por lo tanto es político, contingente, situacional y circunstancial*” (Briones 1998:79). Los enfoques materialistas la vinculan con etnia y clase. Los formalistas consideran a los grupos étnicos como categorías nativas de adscripciones e identificación y no como unidades discretas recortadas a partir de rasgos culturales (Cfr. Briones, op.cit.).

⁵⁴ Si bien en el abordaje de la problemática étnica se reconocen variaciones hacia el interior de los grupos étnicos (cfr. Barth 1976) y hasta de una pluralidad de identificaciones (cfr. Rodríguez1988), y aún cuando se adviertan los riesgos de los “esencialismos estratégicos” en la construcción de nociones como las de “pueblitud” o “aboriginalidad” que tiendan a negar diferencias que se reconocen dentro de un colectivo de identificación (Briones 1998:235), esta heterogeneidad sin embargo no ha sido tratada en el campo de los estudios étnicos, como una dimensión sistematizable de la identidad grupal. Una aproximación al estudio sistemático de la variación y del cambio en su configuración formal y simbólica se intentó desde la folklorística, con la noción de “competencia comunitaria” (Cfr. Cousillas 1989:16).

como tales, entre generaciones, entre miembros de instituciones comunitarias (laicas y religiosas) y, lo que es fundamental, se da cuenta de segmentaciones en cada fragmento, Estas diferencias se han construido en función de determinadas entidades sociales como trabajo, cultura, inmigración, familia, lengua y educación. Cada una de ellas, con sus conceptos asociados: *particularismo/integracionismo (total o parcial)*, *compromiso/descompromiso con el país receptor/ con la comunidad de pertenencia (total o parcial)*, *con otros contextos virtualmente receptores (total o parcial)*, *participación/aislamiento en la sociedad argentina/en la propia comunidad (total o parcial)*, *individualismo/colectivismo (en la búsqueda de beneficios) (total o parcial)*. Todos ellos a su vez, con sus múltiples vinculaciones y gradaciones. Hemos visto que en la mayoría de los testimonios coreanos no hay sólo un corte de opiniones contrapuestas sino que se trata de un gradiente que se va desplegando de un extremo a otro demarcando puntos de mayor o menor proximidad o distancia respecto del argentino y del propio grupo de pertenencia.

Vemos que en la construcción de las imágenes endógenas prevalece un contrapunto entre una comunidad que se define por su homogeneidad cultural, una identidad esencializada y una cohesión en torno al trabajo, a la pertenencia a asociaciones comunitarias y religiosas, y una comunidad que, por el contrario, se percibe atomizada en múltiples haces de diferencias. Y si bien advertimos la ausencia del uso de un “nosotros” inclusivo en referencia a lo argentino estableciendo una distancia simbólica con el entorno, notamos que el “nosotros” coreano tampoco representa un todo coherente.

Respecto de la modalidad de inserción en el mercado laboral, se reconoce y resalta la priorización de la dimensión familiar y comunitaria con la confluencia de recursos materiales y étnicos. Sin embargo, esta imagen también se resquebraja. Competencia intragrupal definida como exacerbada, cuestionamiento a la especialización en un solo rubro de la actividad económica y a la participación de los jóvenes en la empresa familiar, búsqueda de beneficios y metas individuales una vez alcanzado cierto nivel de progreso económico con un consiguiente descompromiso hacia la comunidad de origen, señalan líneas que atraviesan un discurso centrado en una concepción étnica de la experiencia para vincularse, en algunos casos, con discursos dominantes más allá de las fronteras del endogrupo. Proyectos de estudio y de perfeccionamiento profesional, exploración de nuevos ámbitos de inserción y desarrollo

personal que no se encuentran en el contexto argentino, discursos que provocan el efecto de una permanente movilidad (aunque sea virtual) marcarían esa tendencia. Una tendencia en la que, además, coincidirían las imágenes exógenas, endógenas y del vínculo del coreano con las del nuevo argentino emigrante.

En términos de la dinámica de la historia de los procesos migratorios, la dispersión de intereses que hemos ido señalando respecto del inmigrante coreano y que surge de la construcción fragmentaria de las imágenes exógenas, endógenas y del vínculo, nos estaría mostrando el esbozo de una etapa diferente a partir de la emergencia de una nueva mentalidad del migrante. Un migrante con contradicciones, distanciamientos y rupturas que lo apartarían tanto de una explícita voluntad de mantener la cohesión cultural originaria como de un explícito compromiso con el contexto (coyunturalmente) receptor. Se perfila la creación de nuevas redes de relación entre los migrantes no sólo en un mismo espacio sino como consecuencia de la generación de otros espacios tanto de experiencias concretas como de simbolización y resemantización de los mismos, en donde intervienen además, tal como lo estamos comprobando hoy día, formas actuales de comunicación surgidas a partir de los recursos informáticos (e-mail, página Web). Estos espacios se construyen entre connacionales en el país receptor, con connacionales en el país de origen y fundamentalmente, entre connacionales insertos en distintas sociedades (coyunturalmente) receptoras.

Para encarar el análisis de estas tendencias desde una perspectiva antropológica y en función del resultado de este estudio, entendemos que nociones como grupo étnico, identidad étnica y etnicidad se presentan aún como muy abarcativas. Ello nos sugiere como propuesta tentativa, la posibilidad de ahondar en el abordaje de la problemática de grupos migrantes a partir de operaciones rigurosas e identificables en la coyuntura socio- histórica, ya utilizadas en este trabajo, que permitan la emergencia de relaciones quizás no contempladas por dichas categorías vigentes y enfatizen, en su tratamiento, la configuración de las diferencias. Un objetivo que dejamos planteado para una futura investigación.

BIBLIOGRAFÍA

Acerca de la inmigración coreana

- BARELA, Liliana, MIGUEZ, Mercedes, CREMONTE, Martín y MILSTEIN, Diana (1998) "¿Feos, sucios y malos? Notas sobre la construcción de la alteridad en un barrio". *Voces Recobradas, Revista de Historia Oral*, Año 1, Nro.0. Argentina.
- BIALOGORSKI, Mirta (1991). "¿Vos sabés que comen gatos?: Una leyenda vinculada a la comunidad coreana de Buenos Aires". *Revista de Investigaciones Folklóricas* 7:14-18.
- BIALOGORSKI, Mirta (1992). "Relación laboral de un grupo inmigrante con el contexto mayor: la comunidad coreana en la Argentina". *Publicação Da Associação de Folclore e Artesanato*, Guarujá, Brasil, pp.22-3.
- BIALOGORSKI, Mirta (1993). La Argentina y la nueva inmigración: la comunidad coreana. Inserción y síntomas de conflicto. *Revista de Investigaciones Folklóricas*. Universidad de Buenos Aires, 8, pp. 42-9.
- BIALOGORSKI, Mirta y BARGMAN, Daniel (1996). "Articulación interétnica en medio urbano: judíos y coreanos en Buenos Aires". *Estudios Migratorios Latinoamericanos*. Nro.32. Buenos Aires. Argentina, pp.111-33.
- BIALOGORSKI, Mirta y BARGMAN, Bargman (1997). "La mirada del otro: coreanos y bolivianos en Buenos Aires". *Discriminación y racismo en Latinoamérica*. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires. Argentina, pp.95-106.
- BONACICH, Edna, LIGHT, Ivan and CHOY WONG Charles. (1977) "Koreans in Business". *The New Immigrant Wave*. Society. University of California Press, pp.54-59.
- CHANG, Edward T. (1993), "The Los Angeles Riots: A Korea American perspective". *Korean and Korean-American Studies Bulletin*. Vol.4, Nro3, pp.3-13.
- DE VOS, George and EUN-YOUNG Kim (1993). "Koreans in Japan and the United States: Attitudes toward Achievement and Authority". *Immigration and Entrepreneurship. Culture, Capital and Ethnic Networks*. Edites by Ivan Light and Parminder Bhachu. Transaction Publishers, New Brunswick (U.S.A.) and London (U.K.), pp.205-41.

- DON CHANG LEE and EUN HO LEE (1990). "Korean Immigrant Families in America: Role and Value Conflicts". *Korea Observer*, Vol.XXI, pp.41-51
- IN-JIN YOON (1991). "The Changing Significance of Ethnic and Class Resources in Immigrant Business: The Case of Korean Immigrant Business in Chicago". *International Migration Review*. Vol.25, Nro.2. New York, pp.303-32.
- KWANG CHUNG Kim y WON MOO Hurth (1993). "Beyond Assimilation and Pluralism; Syncretic Sociocultural Adaptation of Korean Immigrants in the United States" *Ethnic and Racial Studies*. Vol.16, Nro.4, pp.690- 712
- LEE KYO Bum (1990). *La historia de la emigración coreana a la Argentina*. Ed.Sun Young. Pusan. Corea del Sur.
- LIGHT, Ivan y BONACICH, Edna (1988). *Immigrants Entrepreneurs. Koreans in Los Angeles 1965-1982*. University of California Press. Berkeley y Los Angeles. California.
- LIGHT, Ivan (1984). "Immigrant and ethnic enterprise in North America". *Ethnic and Racial Studies*. Vol.7 Nro.2, pp.195-215.
- MARTÍN SARAIVA, Rodolfo (1988). "La emigración coreana en la Argentina", *Corea, antigüedad y actualidad*. Liliana Daris (comp.) EUDEBA. Buenos Aires, pp.179-99.
- MERA, Carolina (1995). La inmigración coreana en la Argentina. El caso de Buenos Aires. *V Jornadas sobre Colectividades*, IDES, CEMLA, Museo Roca Buenos Aires.
- MERA, Carolina (1998). *La inmigración coreana en Buenos Aires. Multiculturalismo en el espacio urbano*. EUDEBA.
- PANAIA, Marta (1995). "Inserción laboral coreana en el mercado de trabajo argentino". *V Jornadas sobre Colectividades*. IDES. CEMLA. Museo Roca.
- PITLUK, Mario (1993). "Peritación antropológica en un caso de homicidio". *Revista de Antropología*. Año VIII, Nro. 14. Buenos Aires. Argentina.
- PITLUK, Mario (1995). "Tensión en la cultura: el caso de la comunidad coreana". *Revista de Investigaciones Folkloricas*, Nro.10, pp.56-64.
- PYONG GAP Min (1990). "Problems of Koreans Immigrant Entrepreneurs". *International Migration Review*. Vol.24, Nro.3. New York, pp.436-56.

- PYONG GAP Min (1992). "The Structure and Social Functions of Koreans Immigrant Churches in the United States". *International Migration Review*. Vol.XXVI, Nro.4. New York, pp.1370-1394
- TAKAKI, Ronald (1990). "Struggling Against Colonialism: Koreans in America". *Strangers From A Different Shore: A History of Asian Americans*. R.Takaki. Penguin Books. New York, pp.270-93.
- WON MOO Hurh and KWANG CHUNG Kim (1990). "Adaptation stages and Mental Health of Korean Male Immigrant in the United States". *International Migration Review*, Vol.24, Nro.2, New York, pp.456-62.
- WON MOO Hurh, HEI CHU Kim, KWANG CHUNG Kim (1990). "Cultural and Social Adjustment Patterns of Korean Immigrants in the Chicago Area". *International Migration Review*, Vol. XXVI, Nro.4.
- YOON Gene and SANG CHIN Choi (Ed.) (1994). *Psychology of the Korean People. Collectivism and Individualism*. Dong-A Publishing & Printing C., Ltd. Seul. Korea.
- YOUNG-BUM Park (1994). "The Turning Point in International Migration and Economic Development in Korea". *Asian and Pacific Migration Journal*, Vol.3, Nro.1.

Aproximación a la problemática del contacto grupal y de la inmigración en los estudios étnicos

- ABAD MARQUEZ, Luis (1993). "Nuevas formas de inmigración: un análisis de las relaciones interétnicas". *Política y Sociedad*. Revista de la Universidad Complutense.Nro.12. Ed. Complutense, pp.45-58
- BARGMAN, Daniel (1992). "Un ámbito para las relaciones interétnicas: las colonias agrícolas judías en Argentina". *Revista de Antropología*. Año 7. Nro.11. Buenos Aires. Argentina, pp.11-6
- BARGMAN, Daniel (1997). "Acerca de la legitimación de la adscripción étnica. Dentro, fuera y sobre los límites del grupo judío en Buenos Aires". *Judaica Latinoamericana III*. AMILAT. Jerusalen. Israel.

- BARTH, Fredrik (1974). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Fondo de Cultura Económica, Méjico.
- BARTOLOMÉ, Leopoldo (1977). "Sistemas de actividad y estrategias adaptativas en la articulación regional y nacional de colonias agrícolas étnicas: el caso de Apóstoles (Misiones). *Procesos de articulación social*, L. Bartolomé y E. Hermitte (comp.), Amorrurtu, Buenos Aires, pp.257-81.
- BARTOLOMÉ, Leopoldo (1980). "Sobre el concepto de articulación social". *Desarrollo Económico*, Vol.20, Nro. 78, pp.282-304
- BAYOR, Ronald H. (1988). *Neighbors in Conflict. The Irish, Germans, Jews and Italians of New York City, 1924-1941*. University of Illinois Press- Urbana and Chicago. Baltimore.
- BATALLA BONFIL, Guillermo (1989). "La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos". *Teoría. Arinsana*, Nro.10, Caracas, pp.5-36.
- BIALOGORSKI, Mirta y BARGMAN, Daniel (1996). "Articulación interétnica en medio urbano: judíos y coreanos en Buenos Aires". *Estudios Migratorios Latinoamericanos*. Nro.32. Buenos Aires. Argentina, pp.111 133
- BIALOGORSKI, Mirta y BARGMAN, Daniel (1997). "La mirada del otro: coreanos y bolivianos en Buenos Aires". *Discriminación y racismo en Latinoamérica*. Grupo Editor Latinoamericano. Pp.95-106. Buenos Aires. Argentina.
- BRIONES, Claudia (1998). *La alteridad del "cuarto mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Ed. del Sol. Buenos Aires.
- CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto (1971). "Identidad étnica, identificación y manipulación". *América Indígena*, Vol. 31, Nro.4, pp.923-953
- CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto (1976). *Identidad, etnia e estructura social*. Livraria Pioners Editora. Sao Paulo.
- COHEN, Abner (1974). "The Lesson of Ethnicity". *Urban Ethnicity*, A.Cohen ed. Tavistock, .London. IX- XXIV.
- COUSILLAS, Ana M. (1989). "El concepto de competencia comunitaria: una alternativa para el tratamiento de la variación en la configuración de las identidades grupales" *Revista de Investigaciones Folklóricas*. Nro.4. Universidad de Buenos Aires, pp.16-20.
- DIAZ POLANCO, H. (1981). "Etnia, clase y cuestión nacional". *Cuadernos Políticos* Nro. 30, Méjico.

- GLAZER, Nathan y MOYNIHAN, Daniel (1963). *Beyond the Melting Pot: The Negroes, Puerto Ricans, Jews, Italians and Irish of New York City*. Cambridge, Mass: MIT Press.
- GREEN, Nancy L. (1987). "Juif et Noirs aux Etats Unis. La rupture d'une "Alliance Naturelle". *Annales Economies, Sociétés, Civilisations*, Nro.2, pp.445-64.
- GUBER, Rosana (1984). *La construcción de la identidad étnica. Integración y diferenciación de los inmigrantes judíos Ashkenazim en la Argentina*. Ed. Belgrano. Buenos Aires. Argentina.
- HANNERZ, Ulf (1974). "Ethnicity and Opportunity in Urban America" *Urban Ethnicity*, Abner Cohen ed. Tavistock publications. London, 1974, pp.37-76
- HIDALGO, Cecilia y TAMAGNO, Liliana (comp.) (1992). *Etnicidad e Identidad*. CEAL, Buenos Aires.
- JULIANO, Dolores (1987). "El discreto encanto de la adscripción étnica voluntaria". *Procesos de contacto interétnico*. Búsqueda. Buenos Aires, pp.83-112
- LAUMONIER, Isabel (1987). "Panorama histórico de la Colectividad japonesa" *Cuadernos de la Dirección Nacional de Migraciones*. Vol. II. Buenos Aires.
- LAUMONIER, Isabel (1989). "Japoneses, esa otra inmigración" *Revista Todo es Historia*. Nro.263. Argentina.
- LAUMONIER, Isabel (1995). Los Dekasegi. Vivir a las orillas de la legalidad. *V Jornadas sobre Colectividades*. IDES. CEMLA. Museo Roca.
- NEUFELD, Maria Rosa y THISTED, Jens A. (comp.) (1999). "El crisol de razas hecho trizas: ciudadanía, exclusión y sufrimiento". *"De eso no se habla..." Los usos de la diversidad sociocultural en la escuela*. EUDEBA.
- REDONDO, Adriana M. (1985). "Análisis de la integración cultural de refugiados laosianos en la Argentina" *Estudios Migratorios Latinoamericanos*. Nro.3 Buenos Aires, Argentina, pp.91-111
- RINGUELET, Roberto (comp.) (1987). *Procesos de contacto interétnico*. Búsqueda/Bermejo-CONICET, Buenos Aires.
- RINGUELET, Roberto (1992). "Etnicidad y clases sociales" *Etnicidad e Identidad*. CEAL, Buenos Aires, pp.121-142.
- RODRÍGUEZ, Graciela (1988). "Identidad y autoconciencia en una situación de contacto interétnico". *Identidad e identidad étnica. Cuadernos de Antropología*, Universidad Nacional de Luján, Nro.2, pp.21-39

- RUBEN, Guillermo (1992). "A teoria da identidade na antropologia: um exercício de etnografia do pensamento moderno". *Roberto Cardoso de Oliveira: homenagem*. Mariza Correa e Roque Laraia, organizadores. Campinas: UNICAMP/IFCH, pp.75-92
- SABAROTS, Horacio (1987). "La identidad étnica en los migrantes japoneses de la denominada zona Sur (Pcia.Buenos Aires)" *Procesos de contacto interétnico*. Ringuelet, R. (comp.) (1987) Búsqueda/Bermejo-CONICET, Buenos Aires, pp.147-165.
- SMOLENSKY, Eleonora y JARACH, Vera (1999). *Tantas voces, una historia*. Temas. Buenos Aires.
- TAMAGNO, Liliana "La construcción social de la identidad étnica". *Identidad e identidad étnica. Cuadernos de Antropología*, Universidad Nacional de Luján, Nro.2, pp.48-60
- TRINCHERO, Héctor Hugo (2000). *Los dominios del demonio. Civilización y barbarie en las fronteras de la Nación*. EUDEBA.
- VAZQUEZ, Héctor (2000). *Procesos identitarios y exclusión sociocultural. La cuestión indígena en la Argentina*. Ed.Biblos. Buenos Aires. Argentina.
- ZENNER, Walter (1987). "Middleman Minorities and Genocide". *Wallimann & Dobkowski (eds.) Genocide ante the Modern Age*. Greenwood Press, pp.583-594
- ZENNER, Walter P. (1991). *Minorities in the Middle. A Cross-Cultural Analysis*. State University of New York Press.

Perspectivas teóricas en los estudios sobre inmigración y sobre la historia de la inmigración en la Argentina

- DEVOTO, Fernando (1992). *Movimientos migratorios: Historiografía y problemas*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- GORI, Gastón (1988). *Inmigración y colonización en la Argentina*. EUDEBA. Argentina.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1987/1998). *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Ed. Sudamericana. Buenos Aires. Argentina.

- LEIVA, María Luján (1994). "La inmigración en la Argentina de posguerra". *Todo es Historia*, pp. 8-23.
- MÁRMORA, Lelio (1997). *Las políticas de migraciones internacionales*. OIM. Alianza Editorial. Madrid- Buenos Aires.
- MASSEY, Douglas S., ARANGO, Joaquin, GRAEME, Hugo, KOUAUOUCI Ali, PELLEGRINO, Adela, TYLOR, J. Edward (1993). "Theories of International Migration: A Review and Appraisal". *Population and Development Review* 19, Nro.3, pp.431-466.
- NOVICK, Susana (1992). *Política y población/1 Argentina 1870-1989*. Centro Editor de América Latina. Argentina.
- ROMERO, José Luis (1983). *Breve historia de la Argentina*. Huemul. Buenos Aires. Argentina.
- SOLBERG, Carol (1970). *Immigration and Nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914*. Austin & London, University of Texas Press.
- RUSSELL, King (1994). "Migration in a Historical Perspective". *School of European Studies*. University of Sussex. Brighton, UK., pp.1-45.

Perspectivas teórico-metodológicas

- AUGÉ, Marc (1993). *Los "no lugares". Espacios del anonimato*. Gedisa. Barcelona.
- AUGÉ, Marc (1996). *El sentido de los otros*. Paidós. Barcelona-Buenos Aires-Méjico.
- AUGÉ, Marc (1996). *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Gedisa. Barcelona.
- BAUMAN, Richard (1972). "Diferencial Identity and Social Base of Folklore".
 PAREDES, Américo y BAUMAN, Richard (Eds). *Toward New Perspectives in Folklore*. American Folklore Society. The University of Texas Press. Austin and London.
- BENVENISTE, Emile (1985[1966]). *Problemas de Lingüística General I*. Méjico, Siglo XXI.
- BIALOGORSKI, Mirta (1995). "La construcción de "mundos semióticos posibles"(MSPs) en la comunidad coreana: una propuesta metodológica al abordaje de la alteridad". *Publicar En Antropología y Ciencias Sociales*, Revista del Colegio de Graduados en Antropología. Año IV, Nro.5, pp.115-118 Buenos Aires.

- BIALOGORSKI, Mirta (1995). "La implementación de mundos semióticos posibles en un estudio de interrelación grupal". *Revista de Investigaciones Folklóricas*, Fundación Argentina de Antropología. Buenos Aires, Nro.9, pp.52-5.
- BIALOGORSKI, Mirta y PALLEIRO, María Inés (2000 a). "La reconstrucción textual de la memoria de un grupo inmigrante en la Argentina. Una aproximación metodológica". *Narrando identidades y memorias. Estructuras y procesos en la Narrativa Folklórica*, Santa Rosa, La Pampa (en prensa).
- BIALOGORSKI, Mirta y PALLEIRO, María Inés (2000 b). "La construcción discursiva de la memoria en un grupo inmigrante a través de un archivo". *Publicación del Instituto Nacional del Arte (I.U.N.A)*. Departamento Transpartamental, Buenos Aires (en prensa).
- BIALOGORSKI, Mirta y PALLEIRO, María Inés (2001). "Lineamientos de edición de un dossier sobre inmigración coreana en la Argentina". *Discurso, oralidad y memoria*. Biblos (en prensa).
- BLACHE, Martha y MAGARIÑOS de MORENTIN, Juan Angel (1980). *Enunciados fundamentales tentativos para la definición del concepto de Folklore*. Cuadernos del Centro de Investigaciones Antropológicas 3, pp. 3-15.
- BLACHE, Martha y MAGARIÑOS de MORENTIN, Juan Angel (1992). "Enunciados fundamentales tentativos para la definición del concepto de Folklore: 12 años después" *Revista de Investigaciones Folklóricas* 7, pp. 29-34.
- BONACICH, Edna (1973). "A Theory of Middleman Minorities". *American Sociological Review*, Vol.38, pp. 583-94. University of California, Riverside.
- BOURDIEU, Pierre (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama. Barcelona.
- CHARTIER, Roger (1996). *El mundo como representación*. Gedisa, Barcelona.
- CHAMBERS, Iain (1995). *Migración, cultura, identidad*. Amorrurtu, Buenos Aires.
- DIAZ, Esther (ed.) (1996). *La ciencia y el imaginario social*. Biblos. Buenos Aires.
- DUCROT, Oswald y TODOROV, Tzvetan (1978[1972]). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Siglo XXI, Méjico.
- FAIRCLOUGH, Norman (1992). *Discourse and Social Change*. Polity Press.
- FAUCAUNIER, Gilles and TURNER, Mark (1998). "Conceptual Integration Networks". *Cognitive Science* Vol 22 (2), pp.133-87.

- FALCONNER, Graham (1988). "Dónde están los estudios genéticos literarios? *Texte* Nro. 7.
- FAUCONIER, Gilles (1991). "Subdivisión Cognitive". *Communications. Sémantique Cognitive*. 53. Seuil, pp.229-48.
- FOUCAULT, Michel (1970). *El orden del Discurso*. Tusquets Editores, Barcelona.
- FOUCAULT, Michel (1973). *La arqueología del saber*. Méjico. Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel (1985). *El discurso del poder*. Ed. Folios. Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel (1985). *Saber y verdad*. Ed. de La Piqueta. Madrid.
- GARDNER, Howard (191987/1996). *La nueva ciencia de la mente*. Ed. Paidós. Barcelona- Buenos Aires- Méjico.
- GOFFMAN, Erwin (1989). *Estigma, la identidad deteriorada*. Amorrurtu editores. Buenos Aires.
- GREIMAS, Algirdas- Julien (1970). *Du sens*. Paris. Ed. du Seuil.
- GREIMAS, A.J. et COURTES, Joseph (1979). *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*. Paris. Hachette.
- GRÉSILLON, Almuth (1994). "Qué es la crítica genética", *Filología* XXVII, 1-2, pp. 25-52.
- HALL, Stuart y DU GAY, Paul (1996). *Questions of Cultural Identity*. Sage Publications.
- HAY, Louis et al. (1993). *Les manuscrits des écrivains*. Paris. Ed. CNRS.
- HELLER, Agnes (1970). *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. Enlace-Grijalbo, Méjico-Buenos Aires-Barcelona.
- HERRAN, Carlos y MEDRANO, Silvia (1996). "Desvillarizarse: relocalización y crisis de identidad en sectores sociales marginalizados". *Actualidad Psicológica*. Buenos Aires, pp.10-14.
- JACKENDOFF, Ray (1983). *Semantics and Cognition*. Cambridge. Mit Press.
- JANSEN, Wm. Hugh (1959). "The Esoteric-Exoteric Factor in Folklore". *Fabula* 2, pp. 205-11.
- KERBRAT-ORECCHIONI, Catherine (1993). *La enunciación*. Edicial. Buenos Aires.
- KOSKO, Bart (1995). *Pensamiento Borroso*. Crítica. Grijalbo. Barcelona.
- KYMLICKA, Will (1996). *Ciudadanía multicultural*. Paidós. Méjico.
- LANGAKER, Ronald W. (1991). *Foundations of Cognitive Grammar. Descriptive Application*. Vol.II. Stanford University Press.

- LYONS, John (1977). *Semantics*, 2 vol. Cambridge. Cambridge University Press.
- LYOTARD, Francois (1986). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Cátedra. Madrid.
- MAGARINOS DE MORENTIN, Juan A. (1996). *Los fundamentos lógicos de la semiótica y su práctica*. Edicial. Argentina.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan A. (1998). "Manual operativo para la elaboración de definiciones contextuales y redes contrastantes". *Signa*. Revista de la Asociación Española de Semiótica. Nro.7, pp.233-53.
- MAINGUENEAU, Dominique (1980). *Introducción a los métodos del análisis del discurso*. Hachette. Buenos Aires.
- MANDELBLIT, Nili and ZACHAR, Oron (1998). "The Notion of Dynamic Unit: Conceptual developments in Cognitive Science". *Cognitive Science*, Vol.22 (2), pp. 229-68.
- MARANDIN, Jean-Marie (1979). "Problemes d'analyse du discours". *Langages* 55, pp. 17-88.
- MENENDEZ, Eduardo (1998). "Continuidad/discontinuidad en el uso de conceptos en Antropología Social". *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*, NEUFELD, M.R., GRIMBERG, M., TISCORNIA, S., WALLACE, S. (comp.) EUDEBA.
- OLIVE, León (1999). *Multiculturalismo y pluralismo*. Paidós. Méjico.
- OTEIZA, Enrique, NOVICK, Susana y ARUJ, Roberto (1997). *Inmigración y discriminación. Políticas y discursos*. Grupo Editor Universitario. Buenos Aires.
- PEIRCE, Charles (1931/1965). *Collected Papers*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
- POTTER, Jonathan (1998). *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Paidós. Buenos Aires.
- PRESWERK, Roy y PERROT, Dominique (1979). *Etnocentrismo e historia*. Nueva Imagen.
- SEARLE, John (1997). *La construcción de la realidad social*. Paidós, Buenos Aires.
- VAN DIJK, Teun (1984). *Prejudice in Discourse*. Amsterdam, Benjamin.
- VAN DIJK, T. (1997). *Racismo y análisis crítico de los medios*. Paidós. Barcelona-Buenos Aires- Méjico.

- VERÓN, Eliseo (1987). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Buenos Aires. Gedisa
- VERÓN, Eliseo (1988). El discurso político. Lenguaje y acontecimientos. Buenos Aires. Hachette
- WIEWIORKA, Michel (1982). *El espacio del racismo*. Paidós, Barcelona- Buenos Aires- Méjico.

Inmigración y narrativa oral

- BAER, Florence, (1982). "Give, me... your huddled masses-: Anti-Vietnamese Refugee Lore and the Image of Limited Good". *Western Folklore*. Vol, 41, Nro. 4, pp. 275-91.
- BRUNVAND, Jan (1981). *The Vanishing Hitchhiker. American Urban Legends & their Meanings*. W. W. Norton & Company. New York-London.
- DEGH, Linda and VAZSONYI, Andrew (1973). "The Dialectics of the Legend". *Folklore Preprint Series*. Vol.1 Nro.6. Bloomington, Indiana, pp. 1-65.
- DEGH, Linda and VAZSONYI, Andrew (1976). "Legend and Belief". *Folklore Genres*. Ed. by Dan Ben-Amos. Austin, University of Texas Press, pp. 93-123.
- DOUGLAS, Mary (1971). "Deciphering a Meal". *Myth, Symbol and Culture*. Ed. Clifford Geertz, New York, Norton.
- KALCIK, Susan (1974). 'Ethnic Foodways in America: Symbol and the Performance of Identity'. *Ethnic and Regional Foodways in the United States. The Performance of Group Identity*. Linda Keller Brown and Kay Mussell edit. Knoxville, The University of Tennessee Press, pp. 37-65.
- KLINTBERG, Bengt af (1983). "Modern Migratory Leds in Oral Tradition and Daily Papers". *ARV Scandianavian Yearbook of Folklore*. NQ 37, Estocolmo, pp.153-160.
- MIRSKY, Richard (1981). "Perspectives in the Study of Food Habits". *Western Folklore*. N° 1. California Folklore Society, pp. 125-133.

Fuentes y publicaciones consultadas

- Permisos de Ingreso por Año según Origen. Información del Ministerio del Interior, Dirección Nacional de Migraciones, República Argentina. Información Año 1991 al 6/01/1993 y Año 1992 al 29/03/1993
- "Acta de Procedimiento de Egreso e Ingreso de los Inmigrantes Coreanos entre la República de Corea y la República Argentina". República Argentina, Ministerio del Interior, Dirección Nacional de Migraciones, Buenos Aires, 30 de abril de 1985.

Publicaciones

- Ministerio del Interior: La población extranjera en la Argentina. su evolución reciente y su importancia cualitativa. Buenos Aires, 1990.
- Informe 1992 sobre Desarrollo Humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- Datos sobre Corea. *A Handbook of Korea* (1990) Seul. Corea. Servicio Coreano de Información al Exterior.
- Datos sobre Corea. Servicio Coreano de Información Exterior. Seúl, República de Corea, septiembre 1992.
- INDEC. "La población no nativa en la Argentina" 1869-1991, Cap.II. Pp.15-21.
- Información otorgada por instituciones de la colectividad coreana tales como la Asociación Coreana Argentina y a la Asociación Coreana de Empresarios de Avenida Avellaneda.

Medios de comunicación comunitarios

- Semanario *El Coreano*
- *Korea Time*
- *Diario Cristiano*

Medios de comunicación argentinos

(periódicos y publicaciones de circulación nacional (1989 a 1997))

- *Clarín*
- *La Nación*
- *Página 12*
- *Ámbito Financiero*
- *Revista Gente* (Editorial Atlántida).